
HARLEQUIN
Jazmín
Donna Clayton
En busca de una princesa

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

En busca de una princesa, n.º 1702 - octubre 2015
Título original: In Pursuit of a Princess
Publicada originalmente por Silhouette® Books.
Publicada en español 2002

I.S.B.N.: 978-84-687-7312-4

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Créditos
Índice
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Epílogo

Capítulo 1

Dejemos que la misión comience.

La princesa Ariane de Bergeron miró a su alrededor mientras caminaba por el laberíntico pasillo del castillo. Cualquiera que la hubiera escuchado hablar sola habría dudado de su inteligencia, pero, ¿no era eso lo que ella quería? Sí, dejaría que los ciudadanos de ese país creyeran que era algo tonta.

Estaba en un país extraño y, aunque el paisaje de Rhineland era casi tan bello como el de su propio país, no tenía que olvidarse de que allí había personas que estaban planeando anexionarse su querido St. Michel.

Ariane estaba tan preocupada por sus compatriotas, que había ido allí con la excusa de responder al interés que el príncipe Etienne Kroninberg había mostrado hacia ella. Unos seis meses antes, el príncipe había viajado a St. Michel y la había invitado a acompañarlo a la ópera. Todos se habían dado cuenta entonces del significado de su visita. Etienne había ido porque estaba interesado en la princesa Ariane. Y el padre de esta, el rey Philippe, había estado completamente de acuerdo en que las dos familias deberían unirse.

Ariane había aceptado la invitación, forzada por el protocolo real, pero para ella la ópera era el espectáculo más aburrido de todos los que conocía. Y si al príncipe de Rhineland le gustaba la ópera, seguramente sería porque él era muy aburrido también. Ella, para divertirse durante la velada, había invitado a varios amigos. De hecho, había invitado a tanto, que apenas le había quedado tiempo para estar a solas con el príncipe. Si él se hubiera enterado de lo que había hecho, se habría sentido seriamente ultrajado.

Ariane sonrió al recordar su travesura. Pobre hombre. Era evidente que el príncipe no sabía a quién se enfrentaba. Si la hubiera invitado a escalar montañas o a hacer parapente, quizá entonces ella habría querido conocerle. Pero como no fue así… Lo cierto fue que se marchó al comienzo de la ópera y luego volvió

justo antes de que terminara. Afortunadamente, el príncipe Etienne no se enteró.

De todos modos, había sido una suerte para ella, y para todo su país, que Etienne mostrara interés por ella. Porque bajo la excusa de aceptar su invitación, Ariane planeaba mantener los ojos y oídos bien abiertos para recabar toda la información posible sobre quiénes eran las personas que estaban conspirando contra St. Michel.

Mientras descendía la escalera de caracol, miró al enorme reloj que había en el vestíbulo. Las cuatro y doce minutos. Perfecto. La abuela de Ariane, la reina y duquesa Simone de Bergeron, le había avisado de que cuando alguien era el invitado de honor de una fiesta, era adecuado llegar un poco tarde para permitir que los invitados tuvieran tiempo de hablar antes entre ellos.

La anunciaron y ella se detuvo un momento en la entrada, como le habían enseñado a hacer de pequeña. Todos se volvieron hacia ella.

Ariane estaba segura de que su vestido era apropiado para su posición. Un traje de seda sin tirantes y de un color azul oscuro muy parecido al de sus ojos. El cabello lo llevaba recogido, pero varios mechones rizados le caían alrededor del rostro. Las joyas de su tiara brillaban tanto como los diamantes del collar y los pendientes. Su padre se habría sentido muy orgulloso de ella.

La invadió tal tristeza, que tuvo que hacer un gran esfuerzo para contener las lágrimas. No era momento de sucumbir a la emoción, no cuando toda una sala llena de personalidades observaba cada uno de sus movimientos. Así que esbozó una sonrisa y se acercó a los anfitriones.

–Su alteza –saludó Ariane al rey de Rhineland, haciendo una reverencia.

Pero fue la reina quien contestó.

–Oh, Ariane, no nos hables con esa formalidad. Llámale Giraud –explicó, señalando a su marido–. Y a mí llámame Laurette, por favor.

El rey rió jovialmente.

–Tendrás que hacer lo que te dice. Yo soy quien lleva la corona, pero Laurette es quien en realidad gobierna.

Todos se echaron a reír y Ariane pensó inmediatamente que se

iba a llevar bien con aquellas personas. Esperaba no descubrir que ellos estaban implicados en la conspiración.

La expresión de Laurette se tornó sombría.

–Sentí mucho la muerte de tu padre. El rey Philippe era un hombre maravilloso.

Ariane volvió a sentir una amarga tristeza y tuvo que contener de nuevo las lágrimas. Pero consiguió sonreír.

–Gracias. Ninguno de nosotros sabía que tenía problemas de corazón.

–Si podemos hacer algo por ti mientras dure tu estancia aquí…

Las palabras del rey conmovieron profundamente a Ariane.

De repente, el rostro de la reina Laurette adquirió una expresión de dolor.

–Tengo que pedirte disculpas por mi hijo. Siempre tiene alguna reunión.

–He enviado a que le busquen –añadió Giraud, dando una palmadita a Ariane–. No te preocupes, aparecerá en seguida.

–Estoy segura.

Y aunque Ariane estaba de espaldas a la sala, oyó los murmullos de los invitados. Seguramente comentaban el mal gesto del príncipe.

Mientras se dirigía hacia el centro de la sala, la sonrisa de Ariane no se borró, aunque notaba en su interior una sensación de disgusto. Era un detalle horrible por parte del príncipe eso de llegar más tarde que ella a una fiesta en su honor. No solo era un gesto arrogante, sino descaradamente falto de toda educación.

Francie, su dama de compañía, iba a su lado con el ceño fruncido, como prueba de la falta cometida contra su amiga.

–Haciéndote esto demuestra ser un bruto –dijo en voz baja.

Ariane dio un suspiro.

–Da igual, ya sabes que no tengo ningún interés en él.

Le salió sin pensar… y tenía que ser cierto. ¿Entonces por qué se sintió tan perturbada?

–Sí, pero nadie más lo sabe –le recordó Francie–. Y ahora todos murmurarán y pensarán que…

–Baja la voz –contestó Ariane, tomando una copa de champán de una bandeja y haciendo un gesto hacia el camarero que se la había ofrecido–. Sé lo que estarán pensando… y diciendo. Que soy

una mujer desesperada que echa de menos a su príncipe.

Quizá fuera esa la causa de su irritación. No le gustaba que nadie pensara que estaba desesperada.

–Además, ha sido él quien te ha invitado, ¿no? –comentó su dama, claramente enfadada.

Francie cambiaba de humor con facilidad y eso influía en Ariane, quien esbozó una sonrisa.

–Va a salir todo bien. Sí, había creído que iba a tener un recibimiento más agradable, pero creo que podré soportarlo –sonrió a un hombre mayor que pasó a su lado y le sonrió–. Quizá se haya puesto enfermo, o esté ocupado con tareas de estado.

–¿Un sábado a las ocho? La tarea más importante que tiene es estar aquí y ya lleva diez minutos de retraso.

–O sea, que crees que el príncipe es un arrogante, ¿verdad? –Ariane dio un sorbo a su copa–. Y hablando de tareas de estado… ¿qué te parece si buscamos a alguien con quien hablar de política? He venido a eso, ¿no?

Francie arrugó la nariz.

–Ya sabes lo mucho que me aburre hablar de política.

–Entonces búscate un hombre guapo con quien bailar.

–Ten cuidado –dijo la chica antes de alejarse.

–Cuidado es mi segundo nombre. Además… en cuanto les demuestre que tengo el cerebro vacío y soy inofensiva, todos los oficiales querrán impresionarme con lo mucho que ellos saben.

Etienne entró a la sala de baile usando una de las puertas laterales. Sus padres estarían muy enfadados con él, pero le había sido imposible llegar antes. Solo podía reunirse con sus hombres de confianza cuando los demás estaban ocupados.

Le habían llegado ciertos rumores de que una persona al menos dentro del equipo de confianza de su padre quería atacar St. Michel. Etienne estaba impresionado de que alguien quisiera aprovecharse de la familia Bergeron cuando todavía estaban de luto por la muerte del rey Philippe. Le resultaba algo escandaloso en pleno siglo XXI.

Reconocía que la inesperada muerte del rey había dejado al vecino país sin heredero varón, ya que las leyes de St. Michel prohibían a las mujeres acceder al trono. Era una ley arcaica, pero

todavía en vigor. Y en cualquier caso, no habría ninguna batalla. Ningún soldado de Rhineland atacaría la frontera de St. Michel. Esa batalla se libraría en las cortes internacionales. Todo aquel asunto se resolvería de una manera civilizada.

Al ver a sus padres bailando un vals, se les quedó mirando inmóvil. Su madre se estaba recuperando de una neumonía. Había estado enferma bastante tiempo y su padre tenía miedo de que no se recuperara completamente. Así que le encantaba ver que se estaban divirtiendo.

Luego se volvió hacia los invitados y la vio inmediatamente. Era una mujer espectacular.

Llevaba su cabello rubio recogido en un complicado peinado, pero unos cuantos mechones rozaban sus hombros desnudos cada vez que movía la cabeza. Su cuello era largo y de piel clara y delicada. Era de aquellos que dan ganas de rozar con la nariz para aspirar su femenino olor. Un olor que sería únicamente suyo. Ariane, su silenciosa dama, olería a días soleados y flores silvestres.

Tenía que admitir que la visita de la princesa Ariane le había dejado un poco perplejo. Él había hablado de sus intenciones con el rey Philippe, antes de su fallecimiento, y este le había contestado que estaba totalmente a favor de una boda entre ellos. También el padre de Etienne pensaba que sería un buen matrimonio. Sin embargo, la princesa Ariane no había mostrado ningún interés por él.

Así que se había vuelto a su país bastante dolido. Pero no era persona que se rindiera fácilmente y había pensado en intentar un nuevo acercamiento a la bella princesa en el futuro. Sin embargo, su madre había caído enferma y Etienne había tenido que sustituir a su padre en las tareas de estado para que este acompañara a su madre en todo momento. Luego el rey Philippe había muerto y no le había parecido apropiado llamarla y tratar de verla mientras durase el luto.

De manera que nadie se había sorprendido tanto como Etienne cuando la casa real de Bergeron le había enviado un comunicado, anunciándole la visita de la princesa Ariane a Rhineland.

Etienne cruzó la sala, pensando que seguramente la princesa estaría enfadada por su tardanza. Tendría que disculparse.

Cuando llegó a donde estaba, la conversación que mantenía

cesó.

–Por favor, princesa, perdóname –dijo, después de hacerle una reverencia y besarla en la mejilla. Notó que su piel era de seda–. Espero que me creas cuando digo que no he podido evitar llegar tarde y te pido de nuevo disculpas por mi tardanza.

Pero Etienne se había equivocado. Ariane no olía a días de sol y flores silvestres. Olía a noches estrelladas, lavadas por la lluvia.

Sus preciosos ojos lo miraron.

–¿Acabas de llegar?

Los dos hombres que estaban en el grupo se contuvieron para no decir nada ante el comentario de la princesa.

Etienne pensó que se lo merecía. Ariane tenía todo el derecho a ponerle en su sitio. Además, su sonrisa era tan maravillosa, que podía hacer que un hombre se olvidara de todo.

–Estaba teniendo una agradable conversación con los reverendos.

Eso asombró bastante a Etienne, que pensó que ellos se habrían presentado.

–¿Reverendos?

–Sí –contestó ella–. Los pastores me estaban hablando de tu maravilloso país.

–Princesa, Lord Hecht es el ministro del interior –el hombre mencionado miró a Ariane y sonrió–. Y Lord Bartelow es el viceministro de comercio –como la expresión de Ariane dio a entender que no comprendía bien, Etienne creyó oportuno darle alguna explicación más–. Estos hombres han sido nombrados por mi padre para que le ayuden a gobernar el país.

Ariane soltó una risita y miró a los dos hombres.

–Oh… y yo que pensé que estaba hablando con dos sacerdotes. He oído la palabra ministro y… bueno, pensé que…

Volvió a soltar otra maravillosa carcajada. Y aunque los hombres se unieron a ella por educación, Etienne notó que se miraban expresivamente. La princesa no parecía una persona muy inteligente.

Esa fue la primera pista para Etienne de que la princesa parecía… extraña. Su comportamiento estaba un poco… fuera de lugar. Y mientras permaneció allí, oyéndola hablar, aquella sensación fue aumentando. Tenía que admitir que aquello le tenía

bastante confundido.

En un momento dado, cuando Lord Hecht estaba explicando su programa para crear más parques naturales, la princesa tomó del brazo a una mujer que había en el grupo.

–Tiene que decirme dónde ha comprado ese vestido. La tela es preciosa.

Los tres hombres se quedaron sin habla ante el repentino giro de la conversación. Sin embargo, las mujeres parecieron bastante contentas de poder hablar de ropa.

Conforme iba pasando la noche, Etienne fue descubriendo sorprendido que la princesa hacía preguntas inteligentes a las personas que tenían un cargo político, pero cuando le contestaban hacía un comentario frívolo que la mostraba como una persona bastante poco inteligente.

Etienne no sabía qué pensar. Quizá Ariane no fuera la mujer que él había creído.

Como heredero del trono de Rhineland, Etienne había sabido ya desde muy joven que no podría elegir a su esposa por simple capricho. El rey mismo llevaba años discutiendo con sus consejeros sobre el asunto. A nadie le gustaba que los demás opinaran sobre un asunto tan personal, pero eso siempre ocurría cuando eras de sangre real. Especialmente cuando eras el heredero a la corona.

Y según sus informes, Ariane podía ser la mujer perfecta.

Era elegante, de eso no había duda. Cualquier hombre se sentiría orgulloso de tenerla a su lado, dado lo bella que era. Sí Ariane podía despertar los instintos más primitivos de cualquier hombre. De hecho, era algo que él mismo estaba experimentando solo con estar junto a ella. Además, Ariane era de la casa real de Bergeron, una familia respetada y conocida por todos. Y le habían dicho que era una mujer culta, que había estudiado en Suiza, licenciándose en ciencias políticas.

Alrededor de ellos se habían agrupado varias mujeres y él escuchó la conversación que mantenían. ¿Acababa Ariane de comparar el gobierno de una monarquía con la compra de zapatos? Desde luego, todo aquello era muy raro.

Le habían asegurado que Ariane tenía la cabeza sobre los hombros, pero si tenía que hacer caso de lo que estaba presenciando esa noche, no tendría más remedio que pensar que ella tenía la

cabeza hueca.

–¡Oh, Dios mío, qué calor hace aquí! –exclamó de repente Ariane, mirando a Etienne en espera de que este pusiera remedio.

–Si me disculpan un momento, avisaré para que abran las puertas y traeré algo de beber a la princesa –dijo Etienne, mirando primero a Ariane y luego dirigiéndose al grupo.

Las mujeres disimularon una risita y los hombres lo miraron extrañados. No era tarea de Etienne cuidar de la temperatura de la sala ni de las bebidas de los invitados. En cualquier fiesta, él habría ordenado a cualquier criado que pasara cerca que lo hiciera. Pero aquella fiesta y aquella noche era la más extraña de su vida.

Ordenó al primer criado que vio que abriera las puertas que conducían al jardín y luego buscó a algún camarero. Se detuvo en seco al ver que su madre estaba pálida y fue apresuradamente hacia ella.

–¿Estás bien, mamá? Pareces cansada.

–Me estoy divirtiendo demasiado, es solo eso –contestó la mujer, sonriendo.

–¿Dónde está papá? Debería llevarte a descansar –Etienne miró a su alrededor–. ¿Quieres que te lleve yo?

–No, no. Ve con la princesa Ariane. ¿Estás cuidando de que se divierta? ¿Le has pedido que baile contigo? –le preguntó ella, con un tono de censura.

–Sí, se lo he pedido. Y también otra media docena de hombres. Sin embargo, hasta el momento no ha querido bailar con nadie.

La madre pareció escandalizarse.

–Tiene que bailar contigo. ¿Qué dirán los demás? Ve ahora mismo y saca a bailar a esa señorita.

–Sí, mamá.

–Oh, no lo digas así. No quiero ser mandona, solo quería…

–Sé exactamente lo que quieres. Quieres que la princesa Ariane se lo pase bien aquí, y yo también.

La reina miró a los invitados que se habían agrupado en torno a Ariane.

–Probablemente esté enfadada. Si hubieras llegado a tu hora…

–Mamá, no te preocupes. Confía en que lo voy a hacer bien.

–Siempre lo haces, hijo.

Y entonces el padre de Etienne llegó y dio una palmada en la

espalda a su hijo.

–La mujer que ha venido a verte es toda una belleza. No dejes que se te escape.

–Eso espero.

O al menos, eso esperaba antes. Pero después de pasar dos horas con ella, no estaba ya tan seguro.

–Todos mis consejeros me han dicho que tenía mucha seguridad en sí misma, bastante sentido del humor y cultura…

Aquella opinión demostraba que su padre no había pasado mucho tiempo con la princesa.

–… y eso es justo lo que necesitas.

Etienne no dijo nada.

Giraud miró a su mujer.

–Y ahora, hijo, tendrás que cuidar de que todo marche bien el resto de la noche. Yo me voy a retirar con mi encantadora esposa. Está mucho mejor, pero no se ha recuperado del todo.

Etienne no dijo nada para no preocupar a sus padres, pero esperaba poder casarse algún día para formar una pareja tan deliciosa como la de sus padres.

Ese pensamiento le hizo mirar hacia la zona donde estaba la princesa Ariane. El vestido azul de seda se ceñía exquisitamente a su cuerpo, resaltando su deliciosa figura, y su cabello de color de miel brillaba bajo la luz de las numerosas lámparas.

–Es perfecta –dijo en voz baja.

«Seguridad en sí misma, bastante sentido del humor y cultura». La descripción quedó grabada en la mente de Etienne.

Algo no cuadraba allí. Toda la información que poseía acerca de ella demostraba que algo fallaba. Ariane era todas esas cosas. Estaba seguro. Y si estaba seguro de eso, entonces ella tenía que estar fingiendo.

Etienne dio un suspiro. Pero eso no tenía ningún sentido. No lo entendía.

Sin embargo, por alguna razón, parecía que la princesa quería que la gente de ese país pensara que era ingenua y… un poco tonta. Sí, eso era, estaba fingiendo. Y desde luego, lo hacía estupendamente.

Pero la pregunta era: ¿por qué lo estaba haciendo?

Capítulo 2

Para que el capitalismo siga siendo capitalismo –estaba diciendo Arvin Schmidt, el primer ministro de Rhineland–, el capital excedente nunca deberá ser utilizado para elevar el nivel de vida del pueblo llano.

¡Qué ganas tenía Ariane de contestar a eso! Le hubiera encantado decirle a ese hombre que el capitalismo era un sistema que debía velar por el bienestar de todo el mundo.

A Ariane le encantaba discutir de política, pero se mordió la lengua y permaneció en silencio, recordando las tonterías que había dicho a lo largo de la noche. Creía que había hablado con todos los invitados de la fiesta y, sin duda, debían pensar que tenía el cerebro hueco. No le gustaba fingir ser estúpida, pero estaba aprendiendo con rapidez, ya que no tenía más remedio. Necesitaba que los políticos hablaran con total libertad delante de ella. ¿Cómo si no iba a averiguar quién estaba detrás del complot contra su querido país?

–Esas son las reglas que siguen todas las formas de gobierno –dijo entonces el primer ministro.

Algo en el tono del hombre llamó su atención.

–No importa el tipo de gobierno –continuó con suavidad–, las reglas deben ser seguidas. No importa lo duras que puedan resultar para algunos ciudadanos.

¿Iría aquel comentario con segundas intenciones?, se preguntó Ariane. ¿O simplemente estaría tratando de impresionarla con sus opiniones? Notó cómo le hervía la curiosidad en las venas y dejó que se le notara en la cara para que el hombre continuara hablando. Sin embargo, alguien le tocó en el brazo en ese preciso instante.

–Perdón, princesa.

Al girarse, se encontró con Etienne. Al mirarlo a los ojos, fue la primera vez que se fijaba en su color: eran grises y estaban bordeados de unas pestañas espesas y largas que le robaron la respiración.

Ariane se había enfadado tanto con él al principio de la velada,

que se había esforzado todo el tiempo por ponerle en su lugar. Así que se había obligado a sí misma a ignorarlo en venganza por su retraso. Solo había hecho caso a los dos «reverendos» con los que había estado hablando. Estuvo a punto de soltar una carcajada al recordar qué brillante había sido al fingir que había confundido a los ministros con dos sacerdotes. Seguramente, después de aquella estupidez, tanto los dos ministros, como el príncipe debían pensar que era una completa idiota.

Pero en ese momento, toda su rabia contra el príncipe desapareció. Al verlo, se quedó sin palabras. Su lengua y su mente no le respondían. Algo extraño le estaba sucediendo…

–¿Me permites este baile?

Su mente comenzó a funcionar, pero fue incapaz de decir nada. Etienne la tomó del brazo, seguro de que ella aceptaría su invitación.

Ariane sintió un pánico atroz. ¡No, no! Hubiese querido gritar. Ya era suficiente con haberse hecho pasar por una completa estúpida para la alta sociedad de Rhineland. No quería que además descubrieran que no sabía bailar.

Y no porque no lo hubiera intentado. De hecho, se había pasado dos años dando clase con un profesor que era un esnob y que la había hecho sentirse como una torpe. Incluso Georges, su hermanastro, un hombre que nunca se daba por vencido, se había rendido finalmente a la evidencia y había desistido en su intento de enseñarla a bailar.

–¿No te das cuenta que estoy en mitad de una conversación con el primer ministro? –consiguió decir.

La respuesta le sonó brusca incluso a ella y se sintió fatal por no haber podido decirlo en un tono más suave.

En su calidad de princesa, Ariane había asistido a multitud de fiestas a sus veintitrés años y era una experta en declinar invitaciones. Su abuela, la reina Simone, queriendo ayudar a su nieta en ese asunto, la había dado muchos consejos para no salir a bailar con nadie sin herir los sentimientos del que se lo pidiera. De hecho, Ariane había salido airosa seis o siete veces aquella misma noche.

Pero el modo en que la había mirado Etienne la había desequilibrado por completo. ¿Cómo no se había dado cuenta antes

de lo hechizante que resultaba su mirada?

Pero Etienne no la soltó ante su negativa, sino que la obligó a ir hacia la pista de baile.

–Nuestro primer ministro puede pasarse horas hablando a un mono de bronce. Y estoy siguiendo, además, órdenes de la reina, que me ha dicho que debo sacarte a bailar.

La inquietud que Ariane sentía en su interior no se calmó, pero el humor que notó en la voz del príncipe la animó a seguirle el juego.

–¿Y con qué te ha amenazado?

Etienne soltó una carcajada y Ariane notó, por la expresión de su rostro, que quería mucho a su progenitora.

–No me ha dicho concretamente cuál sería mi castigo si no seguía sus instrucciones, no ha hecho falta. Ha sido mi madre durante veintinueve años y la conozco lo suficiente como para no desobedecerla.

–Así que la reina Laurette es una tirana…

Etienne soltó otra carcajada y Ariane sintió como si un rayo de sol hubiera iluminado su rostro.

–No se lo digas a nadie… pero mi madre es muy dominante conmigo. De todas maneras, me gusta complacerla. Así que ayúdame ahora, ¿vale? Solo necesito un baile cortito y mi madre se quedará tranquila.

Quizá fuera porque la madre de Ariane se había muerto cuando ella tenía diecisiete años, o quizá por la terrible relación que tenía con su actual madrastra, la celosa y posesiva Celeste, pero a Ariane le encantó enterarse de que Etienne tenía una relación tan bonita y abierta con su madre. Y el hecho de que a él no le importara que ella se enterara de lo que sentía por ella, también le encantó.

Los tacones de sus zapatos sonaron sobre el suelo de mármol de la pista, ya llena de parejas que se movían al compás de la melodía.

Ariane vaciló, pero luego decidió que sería mejor avisarle de lo que iba a suceder.

–Etienne, por favor…

Este se detuvo y la miró con curiosidad.

–Me temo que voy a dejarte en mal lugar.

Etienne soltó una breve carcajada y Ariane hubiera deseado poder poner la mano sobre su pecho y sentir la vibración de esa

risa, que intuía debía ser muy varonil. Sorprendida por sus pensamientos, abrió mucho los ojos.

–Tú nunca me dejarás en mal lugar. Es más, estoy seguro de que en este momento soy la envidia de todos los hombres de mi país.

Ella sabía que lo decía por halagarla, pero estaba demasiado nerviosa como para sonreír.

–No entiendes…

Antes de que tuviera tiempo de explicarle nada, él la hizo girarse y la agarró.

La proximidad de él le dejó a Ariane sin respiración. Pero en cuanto comenzaron a moverse, estiró el cuello para ver por dónde iban. Le entró un miedo terrible al pensar que podían chocarse con otra pareja. Y tampoco quería pisarle, ni resbalarse en el mármol. Imaginó la escena que organizarían si se caían al suelo.

Lo bueno del vals era que el que llevaba a la pareja era el que se movía. Así que mientras se mantuviera separada de Etienne, no lo pisaría, pensó. Si era ella quien ponía primero el pie, él sería quien tendría que tener cuidado de no pisarla.

Sin embargo, el baile también tenía muchos giros y la primera vez que el príncipe la atrajo hacia sí, cada uno de sus músculos se puso en tensión… y plantó el pie encima del de él.

El rostro del príncipe expresó más sorpresa que dolor. Ariane le miró con una expresión de disculpa, antes de bajar la cabeza para mirar una vez más dónde ponía los pies.

La fragilidad que vio Etienne en los ojos de Ariane le afectó de una manera increíble. Le entraron ganas de calmar su inquietud, de protegerla del miedo que Ariane sentía por los que la miraban, de sacarla de allí… de atacar esos labios perfectos y cubrirlos de besos.

Sin pensarlo, la sacó de allí y la condujo hacia la terraza que daba a los jardines. Una vez fuera, echaron a andar en silencio hacia el muro de piedra que bordeaba el recinto.

La luz de la luna bañaba las ramas de los árboles, rodeándolas de una palidez plateada. La alta temperatura, extraña para aquella época del año, había hecho florecer ya los capullos, llenando el aire de aromas. En el cielo, parecían brillar un millón de estrellas.

–Gracias.

La suavidad con que Ariane expresó su gratitud, conmovió a Etienne.

–¿Qué pasa, que no te estudiaste la lección ciento uno?

Etienne sabía que entre las familias reales era habitual recibir clases de baile, así que estaba seguro de que Ariane había entendido su comentario.

–Oh, sí que me la estudié –contestó ella–. Pero suspendí el examen de todas maneras –admitió, levantando los ojos–. Pensé que la segunda vez iba a aprobarlo…pero no conseguí pasar la última lección, en la que dábamos el foxtrot. Después de eso, el monitor, un hombre miserable y esnob, rechazó tenerme en su clase.

Etienne esbozó una amplia sonrisa, pero se dio la vuelta hasta que consiguió contener la risa. Era evidente que ella se sentía ya bastante mal sin que él se echara a reír.

–¿Cuándo ha sido la última vez que has visto a alguien bailando un foxtrot? –preguntó él con expresión seria.

–Eso es lo mismo que le dije a…

Ariane se detuvo, como si se hubiera dado cuenta de lo que se estaba divirtiendo Etienne.

–De acuerdo. Adelante, búrlate de mí.

–Oh, no. Nunca me reiría de ti.

Ariane arrugó la nariz y Etienne pensó que era el gesto más bonito que había visto en toda su vida.

–Es solo que no tengo sentido del ritmo –se quejó ella.

–Eso no es todo.

Las cejas perfectas de Ariane se elevaron ligeramente.

–También tienes miedo.

–¿Miedo? ¿Por qué dices eso? No creo que sea muy miedosa.

Etienne se apresuró a explicarse, antes de que ella se ofendiera.

–Para mí está claro que no confías en tu pareja. Tienes miedo de que te lleven al desastre. En el momento en que te des cuenta de que tu pareja hace bien su papel, tus preocupaciones desaparecerán inmediatamente. Mira, te voy a enseñar.

Ella hizo ademán de apartarse, pero él la tomó en sus brazos. Entonces Ariane se puso derecha como le habían enseñado en clase.

Y una vez estuvieron bien colocados, ella comenzó a mirar inconscientemente hacia abajo.

–Oh, no. Tienes que mirarme a los ojos. Tranquila. No pienses en los pasos. No pienses ni en tus pies, ni en los míos. Solo escucha la música. Deja que te envuelva y confía en mí.

Cuando la luz de la luna cayó sobre el rostro de Ariane, sus facciones adquirieron un tono suave. Etienne se fijó en su preciosa nariz y tuvo que hacer un gran esfuerzo para no darle un beso en la punta.

La miró entonces a los ojos… y algo extraordinario sucedió.

–Confía en mí –repitió en voz baja, dando el primer paso.

Los siguientes minutos fueron totalmente mágicos. Etienne experimentó algo que no habría sabido explicar, pero que era maravilloso. No podría decir si había sido por el aire suave de la noche, o por la música, o… por la preciosa joven que tenía delante.

Sus ojos oscuros no se apartaron de él ni un segundo y la atmósfera parecía aumentar de temperatura con cada paso que daban, con cada giro.

El vals que bailaron en la terraza fue casi perfecto. No se podía describir de otra manera.

Finalmente, la música cesó y los dos se quedaron de pie, uno en frente del otro, mirándose como hipnotizados. Ella observó el rostro de él como si lo viera por primera vez. El calor que sentía estaba segura de que debía estar traspasando su vestido, quemándole las manos a él. Pero lo cierto fue que siguieron mirándose en silencio durante lo que pareció una eternidad.

Fue un momento tan intenso, que a Etienne le parecía de lo más natural inclinarse y besar sus labios para probar la dulzura de la que estaba hecha aquella boca.

Pero una parte de su mente le obligó inmediatamente a recobrar la sensatez. Recordó las dudas que tenía sobre ella. Estaba seguro de que había estado toda la noche disimulando. Fingiendo ser lo que no era. Y no podía evitar preguntarse por qué.

Al final, la soltó para no ceder a su impulso de besarla.

Cuando la soltó, ella parpadeó dos veces. Tenía una expresión adormilada y Etienne pensó que parecía haber despertando de un trance. Él sabía exactamente lo que sentía. Entonces vio que su pecho se elevaba y descendía como si se hubiera quedado sin aire.

–No puedo creerlo –aseguró ella–. No puedo creer que he bailado contigo sin pisarte.

Su risa estaba llena a la vez de una especie de vértigo y placer y Etienne tuvo que hacer un gran esfuerzo para no tomarla en sus brazos.

–Bailar nunca será mi pasatiempo favorito, pero por lo menos ahora sé que puedo hacerlo. Con la pareja adecuada, claro está.

Su comentario hizo elevar la tensión del momento. Etienne no pudo evitar preguntarse si ella era tan consciente como él de lo que estaba ocurriendo.

–Me siento agotada –susurró bruscamente–. Espero que me perdones si me retiro.

Etienne hizo un gesto de despedida, pero ella se marchó tan rápidamente, que dudó de que lo hubiera visto siquiera.

El tono de su voz y el hecho de que huyera así, demostraba que sí, que ella también había notado la magia del momento que ambos habían compartido bajo las estrellas.

Ariane se despertó lentamente y se estiró como un gato perezoso. La luz del sol iluminaba ya la espaciosa habitación y afuera se oía el canto de los pájaros. Era un sonido amortiguado, ya que las ventanas estaban cerradas, pero audible.

Había estado soñando toda la noche con los ojos grises de Etienne, que no habían parado de mirarla con gran intensidad. El contacto de la piel de él la había quemado con su roce. Su mandíbula era tan fuerte, que la hipnotizaba y su boca tan perfecta y deseable, que ella se había obsesionada con probarla…

¡Basta!

Ariane abrió la boca y tomó aire mientras colocaba una mano sobre la base de su cuello. No quería pensar en lo que había ocurrido entre Etienne y ella la noche anterior. Y desde luego no quería soñar con él.

De acuerdo, era cierto que habían compartido unos minutos bajo el cielo nocturno. Unos minutos sorprendentes… o mejor, increíbles.

Ariane hizo lo que pudo por ignorar ese último pensamiento sobre lo que había vivido la noche anterior en la terraza con el príncipe.

Su viaje a Rhineland tenía un propósito único. Conseguir información política para el jefe de seguridad de su país, Luc Dumont, que se había mostrado más que encantado de que ella se prestara a colaborar. Así que no debía olvidar para qué estaba allí.

Debía recordar que Etienne era simplemente una excusa para su visita. Solo eso. Se negaba a que se convirtiera en algo más.

No quería perder el tiempo con ideas estúpidas. Ella y Etienne nunca serían más que lo que ya eran… conocidos.

De manera que si no lo olvidaba e intentaba concentrarse en la parte práctica del asunto, le sería mucho más fácil no caer en fantasías inútiles.

Un movimiento en la ventana llamó su atención. Era un pájaro que se había posado y no pudo evitar sonreír. El pájaro picoteó el alféizar unas cuantas veces, luego cantó unas cuentas notas y finalmente siguió picoteando.

A Ariane le resultaba muy agradable mantenerse alejada de la tensión de su casa en St. Michel. Celeste, su madrastra, nunca había sido una persona fácil de tratar. Afortunadamente, el palacio era lo suficientemente grande para poder evitar la presencia de ella. Sin embargo, desde la muerte del rey Philippe, la reina, como Celeste querían que la llamaran, se había vuelto muy arisca.

Era normal, estaba embarazada de siete meses y la tensión por la preocupación acerca del sexo del hijo que llevaba en su vientre contribuía probablemente a su mal humor.

Ariane se puso de lado y colocó bien la almohada.

El único modo en que su madrastra podría mantener cierto poder era si daba a luz a un varón, que sería el heredero al trono. Por supuesto, Celeste pretendía haberse hecho una prueba que lo demostraba, pero Ariane no era la única a la que le extrañaba que todavía no hubiera hecho público el informe médico que así lo confirmaba.

Pasó una mano por la suave sábana de algodón egipcio y dio un suspiro.

Incluso si su madrastra tuviera un varón, ese niño podía no ser el heredero al trono. Ese honor iría a parar a un hijo que había tenido Philippe con una mujer americana llamada Katie Graham.

La joven pareja se enamoró cuando Philippe tenía dieciocho años, se habían casado sin el consentimiento de sus padres y, como Katie era menor de edad por aquel entonces, los padres de Philippe les habían engañado diciéndoles que el matrimonio era nulo.

La madre de Philippe, la abuela Simone, había expresado un profundo remordimiento por aquello, cuando les había contado la

historia hacía unos días. Se lo había contado a ella y a sus dos hermanas, Lise y Marie-Claire, y les había asegurado que el rey y ella habían actuado así porque habían creído que era lo mejor para su hijo.

De manera que la joven pareja se tuvo que separar. Philippe terminó su educación como rey y la joven Katie se marchó de St. Michel destrozada… y embarazada.

Si el niño que Katie había tenido era varón… y si seguía vivo… él sería el nuevo rey de St. Michel.

Sin embargo, Simone les había dicho que creía que Philippe nunca había vuelto a tener noticias de Katie. Y nadie sabía si el hijo de ellos era un varón.

Lo que más preocupaba a Ariane era el futuro de St. Michel. Siglos antes, sus maravillosas gentes habían luchado por formar su propio reino y por el derecho a ser gobernados por la familia Bergeron. En ese momento, parecía que mantener su país intacto dependía de que encontraran a aquel bebé desaparecido, que en ese momento sería todo un hombre.

El heredero perdido de los Bergeron.

Ariane se puso la mano en la boca para contener un bostezo.

Por supuesto que el giro de los acontecimientos, esa fantástica historia desvelada por Simone, les había afectado a Ariane y sus hermanas. Pero a Ariane le debería haber dolido más descubrir que el matrimonio de su madre con su padre podía ser anulado y que Ariane y sus hermanas podían convertirse de la noche a la mañana en hijas ilegítimas. Debería temer que le quitaran el título y el hecho de perder su posición en la sociedad.

Pero Ariane no sabía qué era lo que más le importaba.

Quizá la calma que sentía se debía a que aquello solo lo sabían sus hermanas, el primer ministro, miembros muy allegados de la familia y Luc Dumont, el jefe de seguridad de palacio. Cuando el resto del mundo se enterara de que era hija ilegítima, sería cuando se derrumbaría.

¿Qué pensaría el príncipe Etienne cuando lo oyera? La pregunta quedó en su cabeza como una hoja arrastrada por el viento.

Ariane apartó la colcha y se sentó en el borde de la cama. ¿Y qué le importaba lo que él pensara? ¿Qué le importaba lo que pensara nadie?

Lo que necesitaba era un agradable té para olvidarse de todas aquellas dudas y preguntas tan desagradables.

La suite de invitados del palacio de Kroninberg era amplia y soleada. Consistía en dos dormitorios. Uno para ella y otro para su dama de compañía, conectados por una sala de estar también espaciosa. Allí se encontró a Francie, tomando una tostada con mantequilla.

–¿Qué hora es? ¿No deberíamos desayunar con los anfitriones?

–Todo el mundo está durmiendo todavía. Me lo dijo la doncella que me trajo la bandeja, así que decidí no despertarte.

Ariane se sirvió una taza de té.

–¿Cómo has dormido? –preguntó después de echarse el azúcar y sentarse en un sillón de terciopelo que había al lado de donde estaba Francie.

–Bien.

Su dama de compañía tenía el aspecto de un gato que acaba de comerse un canario.

–De acuerdo, suéltalo –le instó Ariane–. ¿Qué pasa?

–Nada.

La voz de Francie tuvo una calidad melodiosa que demostraba que había dicho justo lo contrario a la verdad.

–Es solo que te vi anoche salir con el príncipe… y mucho después llegaste corriendo y te metiste en el dormitorio directamente. Tenías la cara roja y parecía… como si hubiera ocurrido algo –hizo ademán de quitarse del regazo unas inexistentes migas–. Cuando te seguí hasta aquí, ya te habías encerrado en tu dormitorio, lo que sin duda era señal de que no querías hablar de lo que había pasado. Y eso me lleva a pensar que sí que pasó algo entre vosotros.

–Estás desvariando –Ariane dio un sorbo a su té, pero la taza le tembló ligeramente en la mano–. No pasó nada. Nada de nada.

Francie hizo un gesto con los ojos.

–Nada –repitió Ariane.

Su amiga soltó una risita.

–¿Qué decía aquel proverbio? ¿El de la princesa que protestaba demasiado? Creo que se podría aplicar a ti.

Ariane no dijo nada.

Pero Francie pareció no darse por enterada de que no quería

continuar hablando de aquello.

–¿De qué estuviste hablando con Etienne? ¿Y cómo es que te fuiste con él y dejaste la fiesta?

–¿Es que no piensas darte por vencida?

Ariane recordó los ojos grises de él y cómo ella se había sumergido en ellos. De pronto, sintió que el corazón se le aceleraba.

No sabía lo que había ocurrido en aquellos momentos. Los brazos de Etienne la envolvieron, dándole seguridad. Y ella había entrado en una especie de trance, mirándolo a los ojos. El calor de Etienne la había arropado como una manta mientras notaba vagamente que llevaba una colonia con aroma a limón y a especias. La combinación resultaba de lo más seductora.

«Confía en mí», le había pedido él.

Incluso en ese momento, el mero recuerdo de su voz vibrante y profunda le producía escalofríos.

Se había dejado atrapar por su mirada, por su olor, por sus manos, por todo en él.

Ningún hombre la había impresionado antes de aquel modo.

–Es increíblemente guapo –dijo Francie, tratando de hacerle hablar.

Pero Ariane permaneció en silencio.

–Anoche estaba impresionante –añadió.

Más silencio.

–Y los pantalones que llevaba acentuaban su bonito trasero –insistió Francie.

–¡Francie! –exclamó Ariane, derramando un poco de té.

Su amiga se echó a reír.

–Bueno, me alegro de ver que sigues viva. Como no hablabas, creía que te habías muerto.

Ariane dio un suspiro.

–Estoy viva y me encuentro bien. Y estoy de acuerdo con todo lo que has dicho. El príncipe es un hombre muy guapo y anoche estaba encantador. Y también me fijé en su trasero. ¿Estás contenta?

Francie sonrió complacida.

Entonces Ariane dejó caer los hombros y levantó la barbilla con decisión.

–Pero dime una cosa… ¿qué va a decir el fabuloso príncipe cuando se entere de que ya no soy una princesa?

La alegría se borró del rostro de Francie.

–Además, he venido aquí con una misión concreta –continuó Ariane–. He venido para ayudar a mi país y tengo que centrarme en eso.

–Sí, pero no hay ninguna ley que te prohíba divertirte un poco.

Ariane movió la cabeza con expresión de desagrado.

–Si me dejo llevar por ese tipo de diversión, podría acabar pesándonos a todos.

Capítulo 3

Etienne estaba sentado en el extremo de la gran mesa, haciendo un esfuerzo por fingir interés por la historia que le estaba contando el hombre que estaba a su lado. Pero por mucho que lo intentaba, no conseguía interesarse por la plantación de café que el hombre tenía en Kenya. De hecho, Etienne estaba a punto de quedarse dormido sobre su helado de frambuesa.

Tal vez porque las aventuras de aquel hombre databan de hacía medio siglo, o porque continuamente perdía el hilo de la historia y la repetía de nuevo. Pero Etienne hacía lo imposible por reírse en los momentos adecuados y levantar las cejas para demostrar sentirse impresionado cuando lo requería la historia.

Durante toda la cena, sin embargo, sus ojos habían viajado hacia el otro lado de la mesa, donde Ariane estaba sentada, al lado de su padre. Durante los últimos días, el palacio había sido un hervidero de actividad. Primero el baile de recibimiento a Ariane; luego, durante las tres noches siguientes, habían tenido lugar cenas con los diversos oficiales de gobierno, personalidades y amigos especiales de la familia que querían conocer a la princesa.

Etienne habría dado cualquier cosa por estar sentado al lado de Ariane, pero como ella era la invitada de honor, tenía que sentarse al lado de sus padres. Y él, como miembro de la familia real, tenía que sentarse en el otro extremo y entretener a los demás huéspedes que no tenían la suerte de sentarse al lado de la princesa.

Durante cada una de las comidas, Etienne había tenido que hacer un gran esfuerzo para concentrarse en atender a sus invitados. Y la razón era muy sencilla: Ariane.

Esa noche llevaba un vestido ceñido, sin mangas y de color anaranjado. El matiz de la brillante tela resaltaba sus ojos azules y su cuerpo bronceado. Su cabello de color de miel, suelto y liso, le bajaba por los hombros y Etienne fantaseaba con acariciar aquellos suaves mechones.

La risa de Ariane estalló por algo que su madre había dicho y

Etienne sintió como si alguien le hubiera metido brasas ardiendo en el interior de su cuerpo. Notó el calor en el vientre y apretó la mandíbula para mitigar el anhelo encendido.

Deseaba a esa mujer.

Etienne seguía sospechando que Ariane estaba fingiendo y que no era la persona de cabeza hueca que pretendía ser. Aquello era solo una farsa.

Sin embargo, tenía que admitir que no estaba del todo seguro. Si ella estaba fingiendo, desde luego era muy buena actriz. No se había salido de su papel ni un solo momento durante todos aquellos días. Una y otra vez, había hecho que los hombres de confianza de palacio se metieran en discusiones políticas para luego hacer comentarios que demostraban que era totalmente idiota.

Pero, ¿por qué elegía continuamente asuntos que ella conocía tan poco? ¿No se daba cuenta de lo estúpida que parecía? Quizá fuera realmente una mujer superficial y caprichosa.

Pero no. Etienne estaba seguro de que no era así, por mucho que la princesa quisiera que todos lo creyeran. En aquellos ojos azul oscuro había una inteligencia clara, que parecía estar deseando liberarse.

Lo que él tenía que hacer era obligarla a comportarse como era en realidad. Tenía que conseguir que cometiera un error. Y no quería hacerlo con nadie delante.

De repente, se le ocurrió un plan. La invitaría a cenar a su suite privada para hablar de política mundial. Ella parecía interesada en el asunto. Él haría algunos comentarios deliberadamente erróneos y vería cómo reaccionaba ella. Estuvo a punto de echarse a reír por la perfección de su plan. Ninguna mujer conseguiría resistirse a corregir a un hombre que estaba descaradamente equivocado.

Pero, ¿qué haría con su dama de compañía? Por educación, tendría que invitarla también a ella.

Entonces pensó en Harry, su confidente. Los dos eran muy amigos… Etienne contuvo una carcajada. Harry y él habían sido amigos en la universidad de Eton, donde habían estudiado. Y su amistad había sido precisamente lo que había llevado a Etienne a pedir al inglés que se fuera a Rhineland para convertirse en su ayudante personal.

Así que le diría a Harry que se inventara algo para distraer a

Francie y dejarle a solas con Ariane. O mejor todavía, le diría que se la llevara por ahí antes de la cena.

Etienne apenas pudo contener su alegría al darse cuenta de que su inventiva no había menguado con los años.

Cuando terminó su plan, asintió con entusiasmo a lo que decía el caballero que tenía al lado. Y cuando todos los demás se rieron, él también lo hizo. Sin embargo, su mente estaba en la noche del día siguiente… cuando pudiera quedarse a solas con Ariane.

¿Dónde estaría Francie?, pensó Ariane, caminando nerviosa por su habitación. Llevaba preparada desde hacía casi media hora.

El príncipe las había invitado a cenar con él en su suite y Ariane no podía dejar de temblar, ya que no sabía si podría seguir fingiendo durante mucho tiempo. Durante aquellos días, había estado a punto de expresar sus opiniones verdaderas varias veces durante sus conversaciones con varios políticos. Había descubierto que le desagradaba enormemente fingir que era una estúpida.

Por otro lado, hasta el momento, había hecho lo posible por mantenerse alejada de Etienne. Su baile en la terraza y lo que había pasado después la habían asustado verdaderamente. Así que no quería cenar a solas con él.

Antes de llegar a Rhineland, pensaba en Etienne como un medio para conseguir descubrir la conspiración contra su país. Pero había descubierto rápidamente que el príncipe era un hombre muy atractivo. Lo que constituía un serio peligro para su misión. Etienne provocaba en ella sentimientos a los que no se quería enfrentar en esos momentos.

Pero lo cierto era que, cuando había recibido su invitación a cenar aquella mañana, su primera reacción había sido de alivio. Estaba empezando a cansarse de todas aquellas cenas formales.

Abrió la puerta de la suite y echó un vistazo al pasillo. Primero en una dirección y luego en la otra, pero no había rastro de Francie. Entró de nuevo y cerró la puerta.

Consultó qué hora era en el precioso reloj de cuco que había en la pared. Llegar razonablemente tarde era una cosa, pero no quería ser una maleducada.

¿Qué era peor? ¿Llegar terriblemente tarde o visitar el

apartamento privado del príncipe sin su dama de compañía?

Seguramente, Etienne tendría personas a su servicio para la cena. Y desde luego, también estaría presente Harry, su ayudante personal. Así que habría personas de sobra a su alrededor que servirían de carabinas.

No porque ella necesitara carabina a su edad y a estas alturas de siglo, a pesar de lo que pensaría al respecto su conservadora abuela. Ella siempre le había dicho que una mujer nunca debía visitar la habitación de un soltero.

Finalmente, dando un suspiro de impotencia, decidió no esperar más. Se miró por última vez en el espejo, observó sus pantalones negros y su jersey verde, y decidió que aquella era la ropa más adecuada para la informal cena.

De repente, la invadió el pánico. ¡Pero si eso no era ninguna cita con un amante!, se dijo. Simplemente había aceptado una invitación a cenar. Ella cenaba todos los días, ¿verdad? Y también el príncipe. Iban simplemente a compartir una cena juntos. Eso era todo.

Como ya le había dicho a Francie, el príncipe perdería todo su interés por ella en cuanto se enterara de que ya no era ninguna princesa. Así que dejarse atrapar por el encanto del príncipe sería un verdadero error.

El pasillo que conducía a las habitaciones de Etienne tenía una alfombra naranja que amortiguó el sonido de sus pasos. Como todas las demás puertas de palacio, la de él estaba hecha de madera oscura con una pátina que solo los años podían formar.

Llamó a la puerta y, casi inmediatamente, el príncipe la abrió en persona.

–Buenas noches. Empezaba a pensar que no ibas a venir.

–Lo siento, estaba esperando a Francie, pero no ha aparecido.

Entró en la estancia y le sorprendió el diseño. Era muy masculino. Los muebles eran enormes y tapizados en piel. Dominaban los tonos grises y corinto, que iban perfectamente con la personalidad de Etienne.

–¡Pero si Francie está con Harry! Creí que lo sabías.

–No, no lo sabía –contestó, frunciendo el ceño–. Y Francie normalmente me mantiene informada de esas cosas.

–Harry me dijo que la había invitado a dar un paseo a caballo.

–Pero si le dan miedo los caballos –dijo, confundida.

–Eso es lo que me dijo Harry. Pero él la ha convencido de que la enseñará a montar.

Etienne esbozó una sonrisa y Ariane sintió que se le aflojaban las rodillas.

–Harry tiene mucho éxito con las mujeres.

Ariane parpadeó y movió la cabeza.

–Debe de tenerlo. No me imagino a Francie encima de un caballo –añadió, casi para sí.

–Espero que no te importe que no vengan a la cena. Entremos –así lo hicieron–. Siéntate mientras yo voy sirviendo los platos.

–¿Vas a servir la cena tú mismo? –preguntó ella, sorprendida.

Etienne, que estaba de espaldas a ella, asintió sin volverse.

–Da igual, ¿no te parece? Sin Francie ni Harry, pensé que podía aprovecharme para tener más… intimidad. Así que ordené que trajeran la comida y le di a la doncella la noche libre –se detuvo y la miró por encima del hombro–. ¿Qué mejor modo de conocernos?

En sus ojos grises asomó un brillo especial. Ariane no estaba segura de si se trataba de una provocación, o si era algo más serio. Pero antes de que pudiera decidirlo, él se dio la vuelta y le alcanzó la sopera.

Ariane se dio cuenta de repente de lo silenciosa que era la suite. Y estaban los dos solos.

A pesar de su nerviosismo, no podía señalar que no estaba bien que estuvieran allí los dos solos. Eso tal vez agradaría a su abuela, pero a ella la haría parecer una anticuada.

Sus ojos se posaron en los anchos hombros de Etienne y luego en los músculos que la camisa de algodón revelaba mientras servía la sopa. Ariane notó que la boca se le hacía agua y le echó la culpa al olor de la deliciosa sopa de langosta, en vez de a la imagen del cuerpo musculoso de Etienne. Justo cuando bajó la vista hasta la zona que ella y Francie habían comentado hacía poco tiempo, él se dio la vuelta.

Mientras llevaba la sopa a la mesa, Ariane evitó mirarlo y disimuló con la servilleta.

–Gracias –murmuró cuando él dejó su plato sobre la mesa.

La sopa era cremosa y debía estar exquisita, pero Ariane estaba demasiado nerviosa para apreciarla. Etienne se sentó frente a ella.

Había encendido un candelabro con tres velas y las llamas bailaban, iluminando sus ojos grises.

Conversaron un poco sobre el capón asado con salsa y las endibias a la parrilla. Etienne le habló de su infancia y de que sus padres no habían permitido que sus obligaciones como reyes les impidieran ser unos buenos padres. Cenaban juntos a menudo y asistían a las funciones del colegio, a los partidos de *cricket* y a las carreras de caballos. Y varias veces al año se tomaban unas vacaciones que disfrutaban juntos.

Ariane pensó que la infancia de Etienne parecía perfecta. Justo lo que ella quería para sus futuros hijos… en el caso de que tuviera alguno, claro. A ella le daba vergüenza hablar de su propia infancia y adolescencia. ¿Qué podía decir, que su familia no era como la de él, que sus padres se habían divorciado cuando ella cumplió tres años y que a su madre no le había importado abandonar a sus hijas? ¿Que la persona que más se había parecido a una madre era una niñera que había dejado el palacio cuando su pupila cumplió los dieciséis años? ¿Que su padre se había casado dos veces más a lo largo de los años, en un intento de tener un hijo varón que heredara el trono de St. Michel? ¿Que su actual madrastra, Celeste, no soportaba a las hijas que el rey Philippe había tenido en sus matrimonios anteriores? ¿Que la tensión en el palacio desde la muerte del rey se asemejaba a una bomba a punto de estallar?

Dio un suspiro. Definitivamente, no quería hablar a Etienne de su familia, ni del tipo de infancia que había tenido.

Tampoco se podía decir que no se hubiera sentido querida. Pese a que su padre había estado muy preocupado por tener un hijo que heredara el trono, había amado profundamente a sus hijas. Les había colmado de atenciones siempre que sus obligaciones se lo había permitido.

Por otra parte, la relación que había tenido con sus hermanas había sido muy estrecha. Y también se había llevado muy bien con Georges y Juliet, los hijos de la segunda… mejor dicho, tercera esposa de su padre. Finalmente, Jacqueline, su otra hermanastra, una muchacha de doce años, era la luz de sus ojos.

Era la cuarta esposa de su padre, Celeste, quien se había convertido en una nube negra durante aquellos días. Aquella mujer era una…

Ariane trató de alejarla de su mente. No quería pasarse la velada pensando en ese tipo de cosas.

Se limpió la boca con la servilleta y esbozó una sonrisa.

–La cena ha sido maravillosa.

–Marjorie se pondrá muy contenta cuando se lo diga. Es una gran cocinera, que ha estudiado en las mejores escuelas francesas. Lleva con nosotros muchísimos años y en la actualidad no cocina ya mucho, sino que supervisa a sus ayudantes, pero me dijo que preparó esto ella misma.

–Debe de quererte mucho.

–Y yo a ella.

Los ojos de Etienne expresaron el cariño que sentía por la anciana cocinera.

Ariane apartó la mirada y pensó de nuevo en el palacio de Bergeron. Como Celeste era quien se encargaba de tratar con los sirvientes, estos no duraban mucho. En su casa era imposible que se formaran lazos como el de Etienne con Marjorie.

–Tomemos el café en el patio –sugirió Etienne.

Rodeó la mesa y la ayudó a levantarse. Etienne era una persona extremadamente educada. Y aunque ella no esperaba menos de un noble, su comportamiento la hacía sentirse… especial. El olor de su colonia, a especias y limón, se quedó flotando en el aire y ella tuvo que esforzarse por no cerrar los ojos para disfrutar mejor de aquel aroma.

Se detuvo en la puerta mientras Etienne se acercaba a servir dos tazas de café.

–Me he dado cuenta de que no has hablado mucho de tu familia –comentó Etienne al volver con las tazas.

–Es verdad.

Ariane salió fuera y notó que el suelo de piedra estaba gastado por el tiempo. La fragancia de las lilas llenaba el aire.

–¿Tienes frío?

La pregunta de él fue muy natural y a Ariane le conmovió que se preocupara tanto por ella. Lo cierto era que antes de ir a Rhineland, pensaba que él sería un hombre aburrido y algo rígido, pero estaba descubriendo que era muy cariñoso. Y provocaba algo en ella. Algo misterioso.

–Estoy bien, gracias.

Etienne bebió su café y Ariane se quedó contemplando sus labios mientras se preguntaba a qué sabrían. La idea la sorprendió. Inmediatamente, miró a su propia taza y se alegró de no haber derramado nada.

–Me imagino que es duro para ti hablar de ella. De tu familia, quiero decir. La muerte de tu padre debe de haber sido muy dura.

Ariane notó los ojos húmedos. Echaba mucho de menos a su padre. Terriblemente. Recordaba su risa, su sonrisa cariñosa y las atenciones que les prodigaba a ella y sus hermanas cuando iba a verlas a la sala donde solían reunirse.

Había sido un hombre bueno y justo. Su país había prosperado mucho bajo su reinado y la gente le respetaba mucho. Ariane estaba muy orgullosa de él.

Sin embargo, no había sido la tristeza por la muerte de su padre lo que le había impedido hablar de su familia y de su infancia. Había sido el temor a la humillación. No quería que Etienne comparara su infancia sin madre con la de él.

–Últimamente, he estado pensando en los cambios que haré cuando me convierta en el rey de Rhineland.

–¿Cambios? –Ariane se alegró de que él cambiara de tema–. ¿Crees que el sistema político de tu padre necesita cambios? –preguntó ella, mirándolo con curiosidad.

La luz de la luna había convertido el cabello de Etienne en una masa de color avellana y su mandíbula arrojaba una sombra sobre su cuello. Ariane sintió deseos de pasar un dedo por ese cuello y sentir su calor.

La idea le resultó tan atractiva, que tuvo que sujetar con fuerza la taza para no hacerlo. Luego intentó concentrarse en la conversación. Quizá Etienne estaba a punto de darle algunas pistas relacionadas con el complot contra su país, así que debía prestar atención a sus palabras.

–Estoy pensando que es hora de aumentar los impuestos. Pero todavía no he decidido si debería implantar un impuesto de lujo –esbozó una sonrisa–… un impuesto sobre los juguetes que compran los ciudadanos más ricos, o un impuesto que afecte a la clase media.

Aquello sorprendió tanto a Ariane, que dejó la taza sobre la mesa y lo miró directamente a los ojos.

–¿Por qué? La economía de Rhineland es muy estable y lleva

siéndolo muchos años.

–No hemos aumentado los impuestos desde el reinado de mi abuelo. Así que un cambio puede ser bueno.

–Pero también puede ser malo. No puedes aumentar los impuestos sin el apoyo de todos los políticos y sin una razón de peso que explique tu decisión. No sé si te van a apoyar.

El rostro de Etienne adquirió una expresión extraña, pero antes de que Ariane pudiera entender a qué se debía, se dio la vuelta y miró hacia sus jardines.

–¿Quién fue quien dijo: «El estado es mío»?

–«Yo soy el estado» –repitió Ariane–. Fue Luis XIV quien lo dijo. Pero fue un tirano.

Etienne asintió y sonrió ligeramente. Su mirada tenía que haber alertado a Ariane, pero ella estaba demasiado preocupada por los inocentes ciudadanos de Rhineland para darse cuenta.

–¿Nunca has oído hablar del derecho divino de los reyes? –añadió Etienne.

–No creerás que los soberanos son descendientes directos de Dios, ¿verdad? –fue la respuesta de Ariane–. Esa era una doctrina muy antigua. Y si recuerdas, fue la que condujo a la revolución francesa. Nadie sensato pensaría…

Ariane se detuvo en seco al darse cuenta de que Etienne solo había estado provocándola y ella había hablado demasiado. Lo miró a los ojos y volvió a ver aquella expresión extraña… acompañada de un brillo divertido.

Esperando arreglarlo, soltó una risita.

–Me estás tomando el pelo. Debería darte vergüenza –dijo, mirándolo con una expresión mimosa.

Su mente entonces comenzó a trabajar a toda velocidad. ¿Podría salvar de algún modo la situación? ¿Qué podía decir para parecer menos erudita?

–Pero me imagino que a la mujer que elijas como esposa… a la reina, le encantará la idea de una subida de impuestos –esbozó una sonrisa–. Eso supondrá más dinero para joyas, trajes de baile y zapatos. Una reina nunca se cansa de comprar zapatos, ya lo sabes.

Ariane esperó, sin respiración, a ver si él caía en la trampa. Pero al mismo tiempo, le desagradaba la idea de que así fuera. No le gustaba nada parecer tan superficial.

Etienne dejó su taza al lado de la de ella y se aproximó. Su mirada era tan gris, como la luz de la luna. La temperatura parecía haber aumentado y la brisa se movía lentamente alrededor de ellos.

–Pues ya que has sacado el tema, hablemos de quién va a ser mi reina.

Su tono de voz hizo que Ariane se olvidara de todo.

–Estoy muy contento de estar a solas contigo al fin.

Ariane sintió cómo un escalofrío recorría su espalda.

–Y también estoy muy contento de que hayas venido a Rhineland para visitarme –añadió.

Le acarició la barbilla con el reverso de sus dedos y luego le dibujó el labio inferior con su pulgar.

Ella no podía apartar la mirada y pensó que si la besaba, su boca sabría todavía al exquisito café francés que acababan de tomar. Lo cierto era que deseaba que la besara.

¡Que el cielo la ayudara! Porque se sentía como flotando.

Pero en seguida su instinto de supervivencia se abrió paso entre la niebla que le impedía pensar de un modo correcto. Y como sabía que por mucho que rezara, ningún ángel iba a bajar a salvarla de aquella situación, se dijo que tendría que salir de ella por sus propios medios.

«Piensa, Ariane, piensa», se dijo firmemente.

Quizá lo atento que estaba siendo el príncipe con ella se debiera a una estrategia para hacerla confiarse. Quizá él fuera el jefe de la facción que quería apoderarse de St. Michel. Y de ser así, sería su enemigo.

Así que apoyando la mano en su pecho, tomó aire, y luego le apartó.

–No me encuentro bien –mintió–. De repente, me ha entrado un terrible dolor de cabeza.

La expresión de él fue una extraña mezcla de preocupación y… ¿triunfo? ¡No podía ser! Sin duda estaba demasiado excitada como para poder adivinar lo que él pensaba. Aquella velada la había sumido en la más absoluta confusión.

Lo único que se le ocurría era tratar de escapar de allí cuanto antes. Tenía que alejarse inmediatamente de aquello ojos grises, si no quería dejarse llevar por el deseo que invadía su cuerpo por completo.

Así que se dio la vuelta y se dispuso a marcharse.

–Me voy a mi habitación. Necesito tumbarme.

–Espera. Te acompañaré.

–¡No! –Ariane atravesó a toda velocidad las puerta de doble hoja–. No te molestes. Estoy bien. Solo necesito descansar un rato.

Y dicho aquello, se precipitó fuera de la habitación.

Etienne, de pie en la terraza, miraba hacia el cielo nocturno y pensaba en la princesa.

Se rió entre dientes al recordar lo bien que había funcionado su estratagema. En cuanto había mencionado que tenía planeado instaurar una monarquía autocrática en Rhineland, ella había mordido el anzuelo y había demostrado que no era tan estúpida como había estado fingiendo ser durante los días pasados.

Y luego había tratado de disimular, haciendo aquel comentario acerca de que si se subían los impuestos, la reina tendría más dinero para comprar joyas y vestidos. Es decir, que había tratado de retomar su papel de tonta.

A él no le gustaba jugar así con la gente, pero la trampa que le había tendido a Ariane estaba más que justificada. Una vez desenmascarada, estaba seguro de que se trataba de una mujer muy inteligente y que sabía mucho de política.

Pero entonces, ¿por qué demonios había querido pasar por una idiota?

Aunque todavía no sabía la respuesta, tenía que reconocer que había sentido un gran alivio al descubrir la verdad. Estaba encantado de que fuera una mujer inteligente, ya que mucho se temía que Ariane había conquistado su corazón. Y a ningún hombre le gustaría enamorarse de un idiota.

Capítulo 4

Ariane comenzó a cepillarse el pelo y, una vez se lo desenredó debidamente, empezó a hacerse dos trenzas. Francie era quien solía peinarla, pero su amiga, últimamente, parecía tener ocupaciones mucho más agradables que ser su dama de honor. Cosa que a Ariane no le importaba. De hecho, se la había llevado como dama de honor a Rhineland para que conociera a algún joven. Ella pertenecía a una familia muy respetable, de manera que no podía casarse con cualquiera.

En los últimos días, Francie pasaba bastante tiempo con Harry. Desde que la semana pasada salieron a montar a caballo, parecían haber intimado mucho. Solían ir a montar a diario y a menudo iban de excursión a las ciudades de los alrededores. Así que su dama de honor rara vez tenía tiempo para estar con ella.

Eso la había dejado sin excusas ante Etienne y cada vez le era más difícil esquivarlo. Gracias a Dios, le habían ido saliendo diferentes planes para no verlo. La semana pasada, le reina Laurette la había invitado a acompañarla a uno de los mejores hospitales de Rhineland. Otro día, el rey Giraud la había llevado a ver algunos de sus mejores viñedos. Y juntos habían catado varios vinos exquisitos.

Al parecer, el padre de Etienne estaba muy interesado por los vinos de la región y solía visitar las bodegas a menudo. Tenía incluso su propio catavinos, una pieza exquisita fabricada en plata. Ariane se lo había pasado muy bien acompañándolo y él, al parecer, también, porque a la mañana siguiente le había enviado el catavinos de regalo.

Hacía dos días, Ariane se había ido sola de compras y el día anterior había salido a montar a caballo.

Así que ya se le estaban acabando los planes. No sabía qué excusa iba a poner ese día.

De pronto, se dio cuenta de que estaba gastando más energía en rehuir a Etienne que en obtener información para el jefe de los servicios de seguridad de St. Michel. Luc se sentiría muy

decepcionado cuando se enterase de que no había averiguado nada acerca de la conspiración para invadir su país.

Hasta el momento, lo único sospechoso habían sido las palabras del primer ministro durante la fiesta y las quejas de un tal Berg Dekker, un magnate del petróleo, acerca de los impuestos que tenía que pagar a St. Michel por tener que atracar allí sus barcos.

Así que no entendía por qué estaba dándole más importancia a tratar de evitar a Etienne antes que atender sus obligaciones con su país.

Bueno, sí que lo entendía. El príncipe era un hombre guapísimo, que despertaba el deseo en ella con tan solo estar a su lado. Las dos veces que se habían quedado solos, había estado a punto de perder la razón. Al lado de él, no podía pensar adecuadamente y las dos veces había estado a punto de hacer algo totalmente impropio de su posición.

En cuanto lo veía, en lo único que podía pensar era en…

Solo de pensar en ello, el corazón comenzó a latirle a toda velocidad mientras su rostro se acaloraba. Se miró al espejo y se fijó en que una sonrisa diabólica se había dibujado en sus labios.

Debería sentirse avergonzada.

–¿Qué haces sonriendo ya desde tan temprano?

Ariane, sorprendida, reparó en la imagen de Francie reflejada en el espejo. Había estado tan abstraída en sus pensamientos, que no se había dado cuenta de que habían abierto la puerta de su habitación.

–Yo debería preguntarte a ti lo mismo –replicó Ariane–. Porque tienes las mejillas coloradas y una sonrisa en los labios que se puede ver a un kilómetro.

Era evidente que Francie estaba enamorada.

–Es que nunca he conocido un hombre como Harry –aseguró Francie en un tono enfático mientras se acercaba donde estaba sentada Ariane.

–Déjame ayudarte –dijo, quitándole el cepillo a Ariane. Luego sus ojos volvieron a nublarse–. ¡Es un hombre increíble! A su lado, me cuesta hasta respirar y pierdo por completo el habla.

Ariane se quedó de piedra al darse cuenta de que a ella le ocurría lo mismo cuando estaba con Etienne.

–Harry es tan dulce… –añadió Francie mientras la peinaba distraídamente–. Y tan sensible… ¿Es demasiado pronto para pensar

que estoy enamorada?

Ariane arqueó las cejas.

–Supongo que sí. Solo hace una semana que os conocéis.

–¡Pero vaya semana!

Con habilidad, Francie comenzó a hacerle las trenzas a Ariane, quien reparó en la mirada aturdida de su dama de honor. La misma mirada que se le quedaba a ella las dos veces que había estado a solas con Etienne. ¿Significaría aquello que se estaba enamorando del príncipe?

No, y ni siquiera debería pensar semejante tontería.

¿Cómo iba a estar enamorada de él? ¡Si apenas lo conocía! Y los enamorados son personas que lo saben todo uno del otro. Sus canciones favoritas, las comidas que cada uno prefiere, las aficiones…

–Harry me llevó anoche a dar un paseo por el jardín y me dijo que era su lugar preferido de Rhineland. Me contó que le recordaba a la zona de Inglaterra donde él se había criado. Y luego añadió que nunca se lo había pasado tan bien con nadie como conmigo.

Francie se echó a reír como una colegiala.

–Y entonces sacó una botella de champán que llevaba y me besó, Ariane –Francie dio un suspiro–. Nunca había sentido nada parecido en toda mi vida. ¡Fue tan romántico!

La mujer terminó de peinar a Ariane, visiblemente emocionada por lo que le había pasado la noche anterior.

–¿Y estás segura de que es… adecuado para ti? –preguntó Ariane, tratando de mostrarse razonable–. No querrás que tus padres lo rechacen.

A Francie le brillaron los ojos.

–Según parece, pertenece a una familia de la nobleza inglesa –dijo con orgullo.

–Pero no debe tener mucho dinero, si trabaja para Etienne.

–No importa. Mi familia tiene suficiente dinero para los dos. Además, estoy segura de que le va a encantar a mi madre. En cuanto a mi padre, seguro que le parece bien la idea de que nos emparentemos con la nobleza inglesa.

–Pero…

–No más peros, Ariane. Deberías alegrarte por mí.

Ariane se puso en pie y se volvió hacia su amiga.

–Oh, Francie, claro que me alegro por ti –exclamó, abrazándola.

Aunque tenía que reconocer que no se alegraba mucho…

Y de pronto, descubrió por qué.

Sentía envidia de la suerte de Francie.

Cuando se descubriera que no era princesa, nadie se interesaría por ella. Ni los duques, ni tan siquiera el bufón de la corte.

Y mucho menos un príncipe.

–Voy a bajar a desayunar –dijo entonces Ariane.

–Yo ya he desayunado con Harry en la ciudad –la mirada le brilló–. Y también comeremos juntos después de haber ido a ver antigüedades. A él le encantan las cosas antiguas.

Ariane sonrió, recordando lo mucho que le gustaban a su amiga los muebles antiguos.

–¡Que te diviertas! –le deseó antes de abandonar la suite.

Luego bajó la escalera, pensando en si conocería alguna vez a un hombre que tuviera los mismos gustos que ella. Un hombre al que le gustara salir al campo o correr aventuras tanto como a ella.

Entonces le vino a la mente la imagen de unos ojos grises, mirándola con gran intensidad.

¿Le gustaría a Etienne sentir el aire soplando contra su cabello? ¿Le gustaría montar en globo? ¿Le gustaría escalar montañas?

Ariane se detuvo en seco, en medio de la escalera. ¿Por qué estaba otra vez pensando en Etienne?

Debía tener mucho cuidado, se dijo. Ya que era imposible una relación entre ella y Etienne Kroninberg.

Quizá la encontrara atractiva en esos momentos e incluso podría desearla tanto como ella lo deseba a él, pero en cuanto descubriera que era hija ilegítima del rey Philippe, se olvidaría de ella de inmediato.

Etienne era el heredero a la corona de Rhineland, así que no podía casarse con cualquier mujer. Estaba obligado a elegir la esposa adecuada; a la futura reina de su país.

Etienne nunca se casaría con una mujer que no tuviera algún título importante. Así que en cuanto descubriera la verdad, se apartaría de ella.

En cuanto entró en el salón de desayunos, Ariane se dio cuenta

de que había sucedido algo grave. La estancia era estrecha y muy larga. A los lados, había unos ventanales que daban a los jardines de palacio y, a lo lejos, podía verse la campiña de Rhineland.

Durante su estancia en palacio, había averiguado que el rey Giraud solía despachar los asuntos de estado en un complejo de oficinas situado en el ala este de palacio, así que no era raro ver a algunos de sus ministros, consejeros y demás colaboradores sentados en la mesa desayunando.

Todo el mundo saludó a Ariane, pero nadie le ofreció una sonrisa. Hasta los sirvientes apartaban la mirada cuando ella pasaba a su lado.

¿Qué diablos habría pasado? ¿Habría cometido algún error? ¿Habría ofendido a la casa real de Rhineland de algún modo? Era cierto que el día anterior había estado casi todo el día fuera, pero se lo había comunicado debidamente a la reina. ¿Se le habría olvidado acudir a alguna reunión? ¿Y si no, qué otra cosa podía haber hecho para que todo el mundo se comportara así?

Con la cabeza bien alta, Ariane echó a andar hacia los reyes, que encabezaban la mesa.

–Alteza –sonrió al rey, haciendo una reverencia.

Era un gesto demasiado formal para la hora del desayuno. Pero con él deseaba demostrar que si les había ofendido en algo, había sido sin darse cuenta.

–¿Qué tal te encuentras esta mañana, querida? –le preguntó entonces la reina Laurette.

–Bien –contestó ella, fijándose en que los reyes la estaban examinando con la mirada–. Sin embargo, he notado que…

Entonces se dio la vuelta y miró hacia el salón.

–Parece que hoy todo el mundo está un poco nervioso –añadió–. ¿Ocurre algo?

El silencio que siguió a su pregunta la inquietó aún más. Y era evidente que Giraud y Laurette también estaban incómodos.

El rey bajó la mirada hacia su taza de té y, cuando volvió a mirarla, sus ojos estaban llenos de tristeza. Luego, pareció detenerse a buscar las palabras adecuadas para lo que le tenía que decir.

En ese momento todos se volvieron hacia el otro extremo del salón. El príncipe Etienne acababa de entrar y se dirigió con determinación hacia ella.

–Princesa, he estado buscándote por todas partes –aseguró él–. Los caballos ya están listos para nuestro paseo.

Ariane no había quedado con Etienne en dar ningún paseo a caballo. Así que en seguida se dio cuenta de que debía de ser una estratagema para sacarla de allí.

Seguramente que él sabía lo que ocurría y había inventado aquello para rescatarla.

La sonrisa de él contrastaba con los rostros serios de todos los presentes. Cuando la agarró con sus fuertes manos, ella sintió cómo una corriente eléctrica atravesaba su piel.

–Tendrás que cambiarte para montar –añadió Etienne.

Era evidente que quería sacarla de allí cuanto antes, pero ella no sabía muy bien qué hacer. Quizá debería quedarse para averiguar qué era lo que quería decirle el rey… Pero finalmente se volvió hacia Etienne y le sonrió, agradecida.

–Lamento haberte hecho esperar –dijo.

Él la tomó del brazo y ambos salieron juntos del salón.

–¿Se puede saber qué pasa? –le preguntó Ariane una vez estuvieron fuera.

–¿Que qué pasa?

–No disimules. No se te da bien. Además, si nadie me cuenta qué es lo que he hecho mal, no podré disculparme.

La mano de él cubrió la de ella y ella sintió que un reconfortante calor la invadía.

–No has hecho nada por lo que debas disculparte –aseguró él con voz suave.

–¿Y por qué has acudido a rescatarme?

Para entonces habían llegado a la puerta de la suite de invitados.

Etienne parecía nervioso; su semblante tenía la misma tensión que ella había visto poco antes en los rostros del rey y la reina.

–¿Qué pasa, Etienne?

Justo en ese momento, una doncella apareció por un recodo del pasillo, con ropa blanca en la mano.

–Entremos –sugirió Etienne en voz baja–. Vamos a necesitar un poco de intimidad.

–Francie probablemente esté aquí –replicó ella, yendo hacia la puerta.

Pero al entrar, vio que la habitación estaba vacía.

–Ella y Harry han vuelto a salir –añadió, volviéndose hacia él–. ¿Qué está pasando aquí?

Días después, al recordar aquel momento, pensó que por mucho tiempo que pasara, no dejaría de sentirse como una estúpida. Debería haber adivinado lo que ocurría. Debería haber sabido lo que estaba fraguándose.

–Ariane…

Etienne se acercó y Ariane se fijó en que sus ojos tenían motitas de color pizarra. Él acarició sus brazos y ella sintió como si una manta invisible la cubriera, protegiéndola.

–Tu cuñado Wilhelm Rodin vino a ver a mi padre anoche.

Ariane sintió que el corazón se le encogía.

–¿Lise? ¿Está bien mi hermana? ¿Está bien el niño? –preguntó, temblando de miedo.

–No dijo nada sobre el estado de salud de Lise. Me imagino que está bien. No hay razón para pensar lo contrario. Según me han dicho, se ha marchado a St. Michel.

–Pero, ¿por qué… ? –comenzó a preguntar, totalmente confundida.

Etienne apretó sus bonitos labios y luego dio un suspiro.

–Ariane, no hay manera de decir esto suavemente. Wilhelm ha venido a ver a mi padre para pedirle un permiso escrito y poder divorciarse de tu hermana.

–¿Cómo? Pero, ¿por qué?

Etienne se quedó de nuevo pensativo, como si le costara revelarle lo sucedido.

–Nos ha contado una historia fantástica. Le ha dicho a mi padre que el rey Philippe se casó cuando tenía dieciocho años con una americana y que tuvo un hijo con esa mujer. Nos ha dicho que en estos momentos están buscando a ese hijo, que en el caso de que sea un varón, sería el nuevo rey de St. Michel.

Los ojos grises de Etienne expresaban un inmenso dolor y Ariane tuvo que desviar la mirada. En teoría, ella no debería saberlo y tendría que comportarse como si lo oyera por primera vez. Pero, de todos modos, ¿por qué demonios iba Wilhelm a contarle todo aquello al rey Giraud, cuando era un secreto de la familia Bergeron? ¿Por qué, además, querría divorciarse, estando su mujer embarazada? No entendía nada.

Ariane sabía que aquello no podría permanecer oculto siempre, pero nunca había pensando que saliera a la luz de aquel modo.

–Wilhelm también le contó a mi padre que el matrimonio de tu padre con esa americana nunca fue anulado –Etienne la miró fijamente a los ojos–. Ariane, si todo esto es verdad, entonces el matrimonio de tu padre con tu madre no fue… legal, y eso significaría que tú y tus hermanas sois…

Etienne fue incapaz de terminar la frase.

–Hijas ilegítimas –terminó de decir ella–. Mis hermanas y yo seríamos hijas ilegítimas.

Etienne soltó un suspiro y Ariane se dio cuenta de que le quedaba algo más por decir.

–Mi padre no tiene más remedio que concederle a Wilhelm el divorcio. Wilhelm dice que el matrimonio tuvo lugar bajo circunstancias falsas. Por supuesto, que mi padre va a esperar unos días para tomar una decisión, a pesar de la insistencia de Wilhelm. Pero también deberías saber que tu cuñado fue a la prensa. Vendió la historia anoche al mejor postor y esta mañana ha aparecido un artículo en uno de esos periódicos sensacionalistas. También lo recogen otros periódicos. Incluso he oído una noticia en la BBC esta mañana. Todo el mundo está ya al corriente de lo que está sucediendo en tu familia.

Ariane nunca había imaginado que la historia del primer matrimonio de su padre saliera a la luz de aquel modo. St. Michel era una pequeña monarquía, donde había varios periódicos sensacionalistas, que siempre estaban buscando noticias jugosas sobre cualquier miembro de la familia real, pero ella no imaginaba que el resto del mundo pudiera tener el mismo interés por los asuntos de la realeza de St. Michel.

Ariane tenía pensado contarle a Etienne el problema por el que atravesaban ella y sus hermanas, pero era evidente que ya no iba a hacerle falta.

¡Pobre Lise! ¡Su hermana mayor debía estar destrozada! Y Celeste no le facilitaría las cosas, desde luego. Wilhelm Rodin era un canalla y un sinvergüenza.

Ariane se quedó muy seria, pensando en su cuñado, un hombre que siempre había sido frío y calculador. Un hombre que había utilizado su parentesco con la familia real de Rhineland para

convencer al rey Philippe de la conveniencia de una unión entre ambos países. A Ariane nunca la había gustado el matrimonio que su padre había preparado para Lise, aunque como esta nunca había expresado su desacuerdo, Ariane se había guardado sus opiniones para sí.

En cualquier caso, Lise debía de sentirse muy mal en esos momentos. Menos mal que Marie-Claire estaría con ella. Y también Juliet, Georges y la pequeña Jacqueline, que sin duda tratarían de animarla.

Pero a pesar de estar preocupada por su hermana, Ariane no podía evitar sentir cierto alivio por el hecho de saber que la verdad había salido finalmente a la luz. Debería estar terriblemente afectada por perder su título y su posición social, pero no era así. Se sentía… bueno, liberada. No tendría que seguir cumpliendo con sus deberes oficiales, ni debería cuidar permanentemente su comportamiento. Podría empezar una nueva vida a su manera. Sin obligaciones oficiales, ni límites.

Pero lo primero era lo primero, se dijo en silencio. En esos momentos, todavía tenía una misión que cumplir. Que ella hubiera dejado de ser princesa no significaba que hubiera dejado de amar a su país. Tenía un trabajo que cumplir y estaba decidida a llegar hasta el fin.

Etienne parecía confundido con su silencio.

–Te das cuenta de lo que significa, ¿verdad? Lo entiendes, ¿no?

En lugar de expresar su alivio, como le hubiera gustado hacer, sabía que tenía que disimular una vez más, comportándose frívolamente. Y tenía que hacerlo en seguida. Porque si no lo hacía, Etienne se daría cuenta de que ella le había estado engañando todo el tiempo. A ninguna princesa en su sano juicio le gustaría que le despojaran de su título.

–Oh, Etienne –se arrojó a sus brazos y apoyó la cabeza en su hombro, tratando de simular que estaba muy afligida–… ¿qué voy a hacer ahora? Lo he perdido todo. Todo. ¡Me siento tan humillada!

Ariane notó que Etienne se ponía tenso y trataba de apartarse de ella. Pero antes de dejarle ver su rostro, tenía que lograr fingir una expresión triste.

Así que se agarró a él con fuerza y rezó para que le entraran ganas de llorar.

—¡Seguro que mis amigos me abandonarán! Me dejarán de lado y seré el hazmerreír de todo el mundo.

Como ella se le agarraba, Etienne tenía que luchar contra el deseo que ella despertaba en él. Era algo que no podía parar y sabía que debería sentirse avergonzado. Ariane estaba sufriendo muchísimo y él debería consolarla… y no imaginársela desnuda.

Pero sus senos eran firmes; su vientre, liso; sus caderas, redondas y suaves; y estaba demasiado cerca de él.

Etienne cerró los ojos. El deseo que sentía dentro de sí era irreprimible y le hacía olvidarse de todo. Le robaba toda su sensatez.

Tomó aire y luchó contra la pasión que circulaba por sus venas como fuego.

La fragilidad de la voz de Ariane, su cabello suave que le rozaba el cuello como seda caliente, su cuerpo tembloroso…

La deseaba. Y, que Dios le perdonara, pero temía que no iba a poder hacer otra cosa que sucumbir a ese deseo.

Así que la separó un poco de él y agarró su rostro entre las manos mientras los ojos de Ariane se clavaban en los suyos.

Finalmente, la besó.

Capítulo 5

Los labios de Ariane eran apasionados y dulces como la miel, tal como él había imaginado que serían. Creyó oír un gemido y de repente se dio cuenta de que había sido él mismo. Ni siquiera trató de sofocarlo, dejó que saliera, profundo y seductor, porque era lo que estaba sintiendo.

Desde que aquella mujer había llegado a Rhineland, se había apoderado de todos sus pensamientos. Sus sueños también habían sido invadidos por imágenes seductoras en que él la acariciaba y besaba. En definitiva, estaba casi obsesionado con la pasión y el deseó que ella producía en él.

Sabía que ella estaba fingiendo. Lo había descubierto la noche en que habían cenado a solas y eso le había hecho sentir una gran impotencia y frustración. Pero en ese momento nada de eso importaba. Nada. Lo único que llenaba su mente era el deseo. El anhelo que palpitaba en su interior era algo tangible. Saborear ese momento era una necesidad. Y tenía que hacerlo como si fuera su única oportunidad.

El beso fue electrizante, como una sacudida. Todo su cuerpo se encendió y amenazó con consumirle. Esos eran los besos que podrían satisfacer la fantasía de cualquier hombre.

¡No!… no, ese beso era mejor que cualquier fantasía, porque no era un sueño, ni un producto de su imaginación. Era real.

Etienne pasó la lengua por el labio inferior de Ariane. Su sabor le produjo un cúmulo de sensaciones por todo el cuerpo. Como si todos sus instintos hubieran despertado de repente.

Nada podía apagar el fuego que sentía en sus entrañas. Era incapaz de luchar contra ello y sabía que lo único que podía hacer era dejarlo arder hasta que se apagara por sí solo. Hasta que quedara reducido a cenizas.

Levantó las manos y agarró el bonito rostro de Ariane. Era tan frágil, tan vulnerable…

La besó en la boca, en las mejillas, en los párpados y en la

frente. Apretó los labios contra su pelo de seda. Un ligero olor a lluvia lo invadió y eso alimentó aún más su deseo. Quería perderse dentro de ella, dejar que aquella pasión y deseo lo devoraran por completo.

Comenzó a respirar entrecortadamente y levantó la cabeza para mirar a Ariane.

La expresión de ella fue para él como un jarrón de agua fría sobre su cuerpo ardiente.

Había deseo en sus ojos de color azul oscuro, sí. Era evidente el fuego que ardía en ellos. Pero junto a ese deseo, había otras emociones. Emociones que sacudieron a Etienne en lo más profundo de su ser.

Había confusión y caos.

–Oh, Dios, Ariane… ¿qué he hecho? Perdóname, por favor –exclamó él, bajando las manos de sus hombros.

Ella trató de mirar hacia otro lado, pero él la agarró de la barbilla para que lo mirara a los ojos.

–Acabo de decirte cosas que seguramente te han destrozado y yo, en vez de consolarte, en vez de darte fuerzas, ¿qué hago? Me aprovecho de tu debilidad y me comporto como…

Etienne no dijo nada más, la culpa no le dejó seguir hablando.

Aquella mañana, cuando su padre le haya contado lo de Wilhelm y lo que estaba sucediendo en el palacio de Bergeron, en lo único que había podido pensar él había sido en lo devastadora que iba a ser aquella noticia para Ariane. Su única meta a partir de entonces había sido verla para salvarla de su dolor antes de que cualquier otra persona pudiera decirle nada. Pero cuando debería haber sido fuerte para ella… cuando debería haber sido un hombro donde ella poder apoyarse, lo único que había hecho había sido sucumbir a la atracción que sentía por ella.

Tragó saliva.

–Lo siento, Ariane. De verdad que lo siento mucho.

Hubo un silencio pesado y prolongado, que flotó en el aire y los envolvió.

–Sé lo que debes estar sintiendo.

–No, no creo que lo sepas –dijo ella, dando un suspiro.

Etienne se vio invadido por un profundo remordimiento. Claro que no sabía lo que ella sentía, se dijo. ¿Cómo iba a saberlo? A él

nunca le había sucedido nada parecido.

–Tienes razón –admitió–. Solo puedo imaginarlo. Supongo que te sentirás impresionada, sobre todo. Y con miedo, con ansiedad por saber lo que te deparará el futuro.

El bello rostro de Ariane se vio atravesado por una expresión ilegible.

–Lo que ha pasado no cambia lo que tú eres, ya lo sabes. Y te lo digo de verdad –añadió Etienne.

En ese momento, los ojos azules de Ariane se ensombrecieron con una expresión que Etienne tampoco fue capaz de descifrar.

–Sí –admitió con amargura Etienne–, algunas personas te darán la espalda. Los habrá también que les dé igual, incluso que sientan desdeño por tu dolor. Tienes que prepararte para ello. Pero tus amigos… tus verdaderos amigos, estarán contigo, Ariane. Ya lo verás.

Etienne confió en que ella entendiera lo que sus palabras implicaban. Quería que entendiera lo que sentía por ella. Quizá debería expresarle sus sentimientos más explícitamente. Tal vez debería decirle que podía contar con él, aunque fuera un poco insensato. Pero no lo hizo.

No sabría explicar si era por las dudas que tenía sobre ella, sobre su extraño comportamiento desde su llegada, o si era por su propia confusión. Porque lo cierto era que no estaba seguro si todo aquello acabaría afectando a sus intenciones hacia ella.

Colocó las manos sobre los hombros de Ariane.

–Todo saldrá bien. Eso es lo único que importa. Y ahora quiero que te pongas la ropa de montar. No te mentí cuando te dije que los mozos nos han preparado dos caballos. En cuanto mi padre me contó lo de Wilhelm, pensé que lo mejor era sacarte de allí y que no tuvieras que desayunar con toda esa gente. Te quería dar yo la noticia y mis padres también pensaron que era lo mejor. Luego envié a alguien a los establos para que prepararan los caballos y vine a buscarte, pero tú ya te habías ido. Así que corrí para alcanzarte.

Ariane parecía la imagen misma de la inocencia y eso conmovió a Etienne. Quería levantarla en brazos y protegerla de todos los males. Pero no se atrevía, no confiaba en hacer lo mejor para ella. No, cuando la pasión que sentía seguía palpitando bajo su piel.

–Y ahora, ve a cambiarte –le ordenó con suavidad, soltándola–. Todo esto parecerá menos terrible después de un paseo a caballo.

Etienne la vio darse la vuelta y alejarse. Cuando entró en su dormitorio, cerró la puerta.

A Ariane no le apetecía nada dar un paseo a caballo. Pero no le quedaba más remedio y en ese momento galopaba sobre el bello paisaje de Rhineland. Oía los cascos del caballo de Etienne, que iba a su izquierda.

Estaba muy nerviosa y se sentía aturdida.

Etienne le había dicho que imaginaba que sentiría eso. Y tenía razón. Sin embargo, se había equivocado completamente sobre la razón de sus sentimientos.

Etienne creía que su expresión de tristeza se debía a las noticias que él le había dado. También a que todo el mundo se había enterado del primer matrimonio de su padre. Un matrimonio que les privaba a ella y a sus hermanas de su título.

Pero eso no era lo que la tenía tan confundida. ¡Para nada!

La causa era aquel beso inesperado que él le había dado, que había estado a punto de hacerla desmayarse.

Y también la había aterrorizado el modo en que había reaccionado a las caricias de él. Porque lo cierto era que no había sido capaz de contener la pasión que había explotado dentro de ella como una bomba y que se había extendido por todo su ser a la velocidad de la luz.

Aquello la había llenado de angustia… De hecho, todavía estaba angustiada, porque no entendía cómo Etienne se mostraba tan cariñoso con ella cuando acababa de descubrir que era hija ilegítima y, como consecuencia, se vería desprovista de su título real. Se quedaría sin dinero, ni tierras, ni posición social… Se quedaría sin nada.

Así que no entendía su comportamiento. Ella, que llevaba semanas pensando en ello, había imaginado que él, al enterarse de que ya no era una princesa, querría romper la relación con ella. Había supuesto que la pérdida de su título, significaría la pérdida de todo lo demás. Entonces, ¿por qué la había besado? ¿Por qué se había mostrado tan amable cuando ella había anticipado que se

apartaría de ella diplomáticamente, que la informaría con palabras vagas de que entre ellos no había posibilidad de formar ningún tipo de relación?

Aquella pregunta no se le iba de la cabeza.

Pero solo podía haber una respuesta.

Por compasión.

Etienne sentía lástima de ella. Le daba pena la situación a la que tenía que enfrentarse y estaba tratando de ser amable. Había tratado de consolarla y de infundirle fuerzas. Aquel beso había sido solo eso.

Aquella conclusión atravesó su corazón como un puñal. No quería que nadie sintiera pena de ella. ¡No quería que nadie la consolara por compasión! ¡Y menos Etienne!

Pero de repente un rayo de luz penetró en su mente. Tal vez… solo tal vez, Etienne la había besado porque de verdad se sentía atraído por ella. Quizá no le importaba lo que ella pudiera ofrecerle. Quizá simplemente era un hombre que deseaba a una mujer.

Un hombre que la deseaba a ella.

Le había dicho que la pérdida del título de princesa no cambiaba lo que ella era en realidad.

«Vamos, Ariane», le dijo una pequeña voz interior. «No eres ninguna estúpida. Tienes que ser consciente que desde que has llegado te has comportado como una mujer frívola y superficial».

Era imposible que un hombre inteligente y elegante como Etienne pudiera sentirse atraído por una mujer tan confusa y perdida como ella se había mostrado. La idea era totalmente ridícula.

Entonces, ¿por qué la había besado? ¿Por qué se había comportado de un modo tan encantador con ella la noche que habían cenado a solas? Si la seducción no había sido el motivo por el que él había actuado así, y no podía haberlo sido por el modo en que ella se comportaba, ¿cuáles eran sus verdaderas intenciones?

Seguro que había algún motivo oscuro.

La pena podía haber sido el motivo que le había impulsado a besarla poco antes. Al pensarlo, de nuevo sintió que el corazón se le encogía. Pero, ¿y la noche en que habían cenado en su suite y él se había portado de un modo tan cariñoso y seductor? ¿Y todas las

veces que la había tratado tan bien antes de enterarse de que era hija ilegítima?

Estaba claro que ese hombre estaba planeando algo. No había ninguna duda.

¿Quizá supiera él desde el principio lo que sucedía en St. Michel? ¿Se habría comportado atentamente con ella solo para sonsacarle información? ¿Habría querido averiguar nuevos detalles acerca del desaparecido heredero de la familia Bergeron?

Aquellas dudas lo único que hicieron fueron confirmar sus sospechas de que Etienne estaba detrás del complot contra su país.

Pero su beso la había hecho casi desmayarse. Sus caricias la habían llenado de un deseo como el que jamás había experimentado antes. Ese hombre tenía un extraño poder sobre ella. Odiaba admitirlo, pero era cierto.

En cuanto la tocaba, ella se deshacía como si fuera de barro. En cuanto la besaba, ella estallaba en llamas.

Tendría que luchar contra los sentimientos que ese hombre provocaba en ella. Tendría que dejar a un lado sus deseos y necesidades. Quizá le pareciera su príncipe tan atractivo como el mismísimo diablo, pero tenía que recordar que quizá fuera su enemigo.

Etienne, que galopaba a su lado, la tocó en el brazo. Ella inmediatamente tiró de las riendas.

–Sooo –gritó para que el animal se detuviera.

Etienne tenía un aspecto inmejorable.

–Me doy cuenta de que estás disgustada –le dijo–, pero me gustaría que no obligaras a mis caballos a correr demasiado.

Ariane acarició el cuello del animal con cariño.

–Lo siento, no me he dado cuenta. Iba pensando…

Etienne agarró sus riendas y se miraron.

–Lo que te he dicho antes, iba en serio, Ariane. Comprendo perfectamente que estés disgustada por lo que está sucediendo, pero eso no les importará a tus verdaderos amigos –su mirada gris se intensificó–. Y espero que a mí me veas así, como a un verdadero amigo.

«Está mintiendo. Está mintiendo. Está mintiendo».

Ella no podía olvidarse de la verdad, porque no tenía nadie allí que se lo pudiera recordar. Pero al mismo tiempo, tenía que

reconocer que deseaba fervientemente creer cada una de sus mentiras.

Ariane no podía rechazar la invitación a la ópera que le habían hecho llegar Giraud y Laurette. Los reyes estaban muy orgullosos de la famosa compañía europea iba a actuar en Rhineland. Los cantantes eran buenos, pero la trama era tan aburrida, que a Ariane le costaba mantener los ojos abiertos. Y cuando las luces se encendieron, anunciando el descanso, había suspirado aliviada. El rey, la reina y su enorme grupo de invitados se dirigieron hacia la cafetería privada, donde les ofrecieron diferentes bebidas y aperitivos.

–¿Te está gustando la ópera? –le preguntó la reina Laurette con una sonrisa radiante.

–Es maravillosa.

No era mentira, decidió Ariane, observando a la reina alejarse hacia otro de sus invitados. El escenario representaba una maravillosa plaza italiana del siglo dieciocho, los trajes eran fabulosos y también se ceñían a la época. La orquesta y las voces rozaban la perfección. Lo que pasaba era que a Ariane le aburría soberanamente cualquier ópera.

Conversó relajadamente con algunas personas y tomó una copa de burbujeante champán. Finalmente, se fue hacia donde estaban Harry, Francie y Etienne.

El príncipe iba vestido con su atuendo normal de noche. Su chaqueta gris oscura resaltaba la anchura de sus hombros e invitaba a acariciarlos.

–Va a dejarla –oyó que estaba diciendo Harry–. Esa mujer merece ser abandonada a su suerte.

Ariane sabía que el ayudante personal de Etienne se refería al segundo acto de la obra.

Francie le dio un golpecito en el hombro.

–Ninguna mujer merece ser abandonada a su suerte.

–Esta sí –afirmó Etienne–. Como poco, es una madre horrible. Y quizá hasta una asesina. Lo que su marido debería hacer es abandonarla. Debería escapar mientras pueda –añadió, soltando una breve carcajada.

El sonido de su risa provocó en Ariane un escalofrío. Pero, ¿por qué le resultaría aquel hombre tan atractivo?

Había pasado casi una semana desde que se descubriera el matrimonio de su padre con la americana y, durante ese tiempo, Etienne la había tratado como si fuera una muñeca de porcelana china. Había insistido en que todo el mundo en palacio, desde los criados hasta el más alto mandatario, la tratara con el máximo respeto. Incluso se había negado a invitar a cenar una noche a alguien cercano a palacio que había insinuado que Ariane ya no merecía el trato que le estaba dando la familia Kroninberg.

Etienne había sido amable y bueno con ella, además de rabiosamente protector. Y mientras tanto, Ariane había estado en guardia, vigilándolo atentamente, por si hallaba alguna intención oculta en su comportamiento.

Sí, era muy bueno jugando al gato y al ratón. Mucho mejor que ella, tenía que admitirlo. Y la farsa entre ellos, él tratándola como un cariñoso guardián y ella haciéndose pasar por una mujer sin la menor inteligencia, la estaba poniendo tan nerviosa, que cualquier día acabaría por estallar. Lo único que podía hacer era descubrir cuanto antes alguna pista sobre el complot contra St. Michel y volver a su país.

Había otra razón por la que ella quería volver a casa. Una razón que no tenía nada que ver con la política.

Cada vez que Etienne ganaba una batalla, por muy pequeña que fuera, y no importaba que intuyera que él tenía alguna razón oculta, se daba cuenta de que su corazón se ablandaba un poco más. Luchaba continuamente por contener sus sentimientos y el deseo que la consumía por dentro. Luchaba con todas sus fuerzas. Pero era una batalla que temía perder. Si no se escapaba de ese hombre pronto, iba a salir malherida.

Cuando Francie la vio, le hizo una señal para que se uniera a ellos.

–Ariane, danos tu opinión. ¿Merece Cassandra ser abandonada por su marido?

Etienne se giró y la miró de una forma que hizo que Ariane se ruborizase.

–Desde luego, parece que Cassandra nunca ganaría el premio a la mejor madre del año. Pero tenéis que admitir que criar a seis

hijos tiene que ser un trabajo agotador. Además, su padre murió en circunstancias extrañas. Sin embargo, solo una persona que está loca comete un asesinato sin motivo. Y si queréis saber mi opinión, Cassandra no está loca. Si mató a su padre, fue por una causa. Y si es una asesina, pensad en los remordimientos que eso le acarreará. Y los remordimientos pueden ser una carga tan pesada que… –Ariane se encogió de hombros–… bueno, tendrá que hacer algo para aligerar esa carga. Incluso si eso le resulta extraño a todos los demás.

Francie y Harry se echaron a reír, mientras Etienne la miraba con intensidad.

–Es una observación muy inteligente. No se me había ocurrido interpretarlo así.

El corazón de Ariane comenzó a palpitar a toda velocidad mientras Etienne seguía mirándola de un modo extraño. Se había dado cuenta de que ella había hablado demasiado y no precisamente como una tonta.

Ariane se echó a reír alegremente y trató de arreglarlo.

–O quizá en el fondo nuestra Cassandra sea una niña caprichosa. Quizá mató a su padre porque él se negó a darle todos sus caprichos y trata de asesinar a todos los hombres porque… bueno, porque simplemente decidió que odiaba a los hombres.

–Eso es horrible –exclamó Francie, encogiéndose–. Confío en que sea inocente.

–Tú eres la inocente, si crees eso –añadió Harry.

Los cuatro se echaron a reír entonces, pero a Ariane no se le pasó por alto el brillo de los ojos de Etienne mientras la observaba. Afortunadamente, las luces parpadearon entonces, en señal de que el segundo acto iba a comenzar. Todo el mundo se dirigió a sus asientos.

–Ahora descubriremos lo que le pasa a Cassandra –le dijo Francie a Harry, dejando su copa de champán en una mesa cercana.

Ariane no pudo evitar una sonrisa al ver que, antes de entrar en el palco, Francie y Harry se detenían un momento y, después de hacer un comentario en voz baja, se echaban a reír.

–Parecen felices –le comentó Ariane a Etienne.

–Harry parece haberse enamorado locamente de Francie… y pensar que fui yo quien les preparó la primera cita.

Ariane lo miró sin entender.

–La noche que te invité a cenar en mi suite, le pedí a Harry que se llevara a Francie –le explicó Etienne con un brillo especial en la mirada.

Ariane abrió mucho los ojos.

Etienne se echó a reír y levantó las manos en un gesto de disculpa.

–¿Qué puedo decir? Quería estar a solas contigo.

Ariane notó que la sangre le comenzaba a correr a una alarmante velocidad y, antes de que se le ocurriera una respuesta apropiada, la expresión de él adquirió un aire malicioso. Luego miró a su alrededor, donde apenas había nadie.

–Escucha, ¿te importaría demasiado si nos perdemos el final de la ópera?

–No. No me importaría nada –contestó ella, pero en seguida se arrepintió de haber contestado tan rápidamente–. ¿Por qué? ¿Estás enfermo? ¿Necesitas volver a casa?

–No, estoy bien. Eres tú quien me preocupa.

–¿Yo?

Etienne esbozó una sonrisa tan maravillosa, que Ariane sintió que se le aflojaban las rodillas.

–Sí, tú –afirmó–, a mitad del primer acto parecías nerviosa, como si no aguantaras seguir sentada allí por más tiempo. Y si seguimos viendo la ópera, creo que empezarás a roncar en cualquier momento.

–¡Yo no ronco, Etienne Kroninberg!

Pero la expresión del rostro de Etienne hizo desaparecer rápidamente su indignación.

–Hummm… me parece que tú tampoco has estado muy atento a la función. Te has pasado todo el rato mirándome.

–Es verdad –admitió él. Entonces la agarró de la mano–. Vamos, salgamos de aquí.

Ariane se sintió como una niña cuando los dos bajaron corriendo la escalera, agarrados de la mano, y salieron a la calle.

Entraron en un restaurante ricamente decorado con motivos en madera tallada. Las paredes, las sillas, el suelo y las mesas estaban cubiertas de una deliciosa pátina que reflejaba la luz proveniente de las lámparas del techo y los candelabros. Como la clientela habitual

eran las personas que asistían a la ópera, estaba casi vacío y así estaría hasta que la función terminara.

Cuando la camarera los condujo a una mesa al fondo del comedor, Etienne murmuró algo a la mujer que Ariane no entendió. Esta miró a Etienne con expresión interrogante.

–Le he pedido algo especial. Es una sorpresa. Espero que no te importe.

–Claro que no –contestó ella, haciendo todo lo posible por contener su alegría.

Le encantaba que él quisiera darle una sorpresa y también tenía que admitir que sentía curiosidad.

Se sentaron y ella quiso expresarle su gratitud.

–No es que no me guste la ópera –le explicó, mirándose las manos, entrelazadas sobre el mantel–. Soy consciente de que los actores y cantantes hacían su trabajo a la perfección. También sé que hacen falta muchas personas y mucho trabajo para hacer una función de esa magnitud, pero, es que… –se encogió de hombros y levantó la mirada–… tengo que admitir que no me gusta la ópera.

Etienne apoyó los codos en la mesa y la cabeza en una mano.

–Es la cosa más aburrida que se ha inventado, ¿a que sí?

Ariane abrió mucho los ojos.

–¿Tú también lo crees?

Él asintió.

–Es un espectáculo tedioso.

La camarera llegó en ese momento con dos tazas de café humeante. Además, colocó delante de Ariane un recipiente con algo de color crema en su interior.

–¡Natillas!

Inmediatamente se arrepintió de su reacción. Parecía una niña delante de una tienda de caramelos.

–Es mi postre favorito –admitió, un poco avergonzada.

Etienne se la quedó mirando encantado.

–Bien, si te tienes que perder la ópera, que sea por una buena razón, ¿no?

Ella ya se había colocado la servilleta en el regazo y estaba agarrando la cuchara, cuando las palabras de Etienne, y sobre todo su tono, la hicieron detenerse. Sus miradas se encontraron y entonces Ariane se dio cuenta a qué se refería.

–¡Así que te enteraste! –exclamó, ruborizándose. Porque la expresión de él dejó claro que no estaba equivocada–. Oh, Etienne, lo siento mucho. Debes de pensar que soy horrible. Viniste a mi país hace varios meses y, cuando me invitaste a ir contigo a la ópera, me porté fatal. No quería que te enteraras de que me había marchado en medio de la función, de verdad. Y por eso regresé antes de que terminara.

–Ya lo sé, y te lo agradezco mucho –comentó él con una carcajada breve.

Por supuesto, hablaban de cuando él había ido a St. Michel, antes de la muerte de su padre. Ariane, que se aburría mortalmente en la ópera, le había sugerido a Francie que salieran un rato en mitad de la representación. Así que fueron a tomar algo y Ariane pidió unas natillas.

–Pero, ¿cómo te enteraste? –preguntó, metiéndose una cucharada en la boca y cerrando los ojos para saborearlo mejor.

–Habías invitado a muchos amigos y durante el descanso no te vi. Pero Harry, por casualidad, os vio salir. Os siguió y, como buen ayudante, me informó de todo lo que hicisteis.

–Debes de creer que soy una mujer horrible. Y es cierto –gimoteó, pero luego no pudo contener un gesto de placer–. Mmm, ¡qué buenas están!

Etienne soltó una carcajada mientras se echaba una cucharada de nata en su café y lo movía lentamente. Ariane se rió también, pero dejó la cuchara como para dar énfasis a lo que iba a decir.

–De verdad que lo siento, Etienne. Pero es que…

–Es que las natillas son tu postre favorito. Y no te gusta la ópera –dijo él en un tono de voz comprensivo.

Ella dio un suspiro.

–Exacto.

Ambos se echaron a reír y Ariane tomó su cuchara y la hundió en el postre con verdadera felicidad.

Etienne la observó, evidentemente complacido. Ariane no podía evitar recordar el placer que aquella boca le había dado no hacía mucho tiempo. Su beso había sido excitante, estimulante y cautivador.

Entonces pensó en Francie y Harry. En la relación que se estaba formando entre ellos, sin presiones de ningún tipo. ¿Sería ella capaz

de encontrar una felicidad así después de haber perdido su título de princesa? ¿Qué hombre la querría? Desde luego, ninguno con la posición social de quien estaba sentado enfrente de ella.

Etienne notó que ella había dejado de comer.

–¿Qué pasa?

–Nada, nada –aseguró ella–. Las natillas están deliciosas. Gracias por pedirlas.

–¿Qué te pasa, Ariane? –insistió.

Pero ella nunca se atrevería a admitir la razón por la que sentía esa repentina melancolía.

En lugar de ello, dio un suspiro.

–Quiero darte las gracias por algo más.

Etienne la miró intrigado.

–Quiero darte las gracias por el modo en que me has estado tratando toda la semana. No tenías por qué hacerlo. Todo el mundo piensa que deberías enviarme de vuelta a St. Michel.

Etienne estiró una mano y la puso sobre la de ella.

–Ariane, no puedes permitir que ese pequeño problema te deprima.

–¿Pequeño problema? –repitió ella, que estuvo a punto de soltar una carcajada.

–Lo digo de verdad –continuó él con firmeza–. Escucha, no sabéis nada de la mujer con la que tu padre se casó a los dieciocho años. Si hubiera muerto antes de que tus padres se casaran, entonces tú seguirías siendo princesa, ¿no es verdad? Sé que es un poco difícil, pero…

–No se me había ocurrido.

–Y en St. Michel no va a pasar nada. Encontrarán al heredero, y si tu hermanastro es varón, entonces le llevarán a tu país para que sea el sucesor de tu padre.

–¿Y si es una mujer?

Etienne se llevó la taza a los labios y dio un sorbo. Luego la dejó sobre el platillo.

–Entonces, siempre estará el hijo de Celeste.

Ariane hizo un gesto negativo con la cabeza.

–Sí, mi madrastra afirma que se ha hecho pruebas y que es un hijo.

–¿Lo ves?

–Pero Celeste es mala –añadió, haciendo todo lo posible por frenar la amargura que Celeste le provocaba–. Es una mujer capaz de mentir sin ningún remordimiento. Y hasta ahora se ha negado a enseñar los resultados de las pruebas. Ni siquiera al ministro del interior.

–Bueno, pero no podrá seguir mintiendo cuando el niño nazca, ¿no te parece?

Ariane no dijo nada. Pero sabía que Celeste era capaz de cualquier cosa.

–Me parece que es mejor que cambiemos de tema –sugirió Etienne–. Y ya que me has dejado claro que no te gusta la ópera, ¿qué otra cosa te gusta?

–Me gusta montar a caballo.

Etienne arqueó las cejas.

–Cada vez que montas, destrozas a mis caballos.

–Me gustan las actividades físicas. Cualquier cosa que suponga una aventura, que sea excitante –se quedó pensativa–. Como por ejemplo, el esquí acuático.

–Temía que dijeras algo así.

–Sin embargo, no lo he practicado nunca –admitió–. Todavía.

Etienne permaneció en silencio unos momentos y luego movió la cabeza.

–También me gusta hacer excursiones –añadió ella–. Especialmente a sitios que no conozco.

–Creo que eso me gusta más.

Ariane terminó sus natillas y se limpió los labios con la servilleta.

–Sin embargo, es difícil divertirte cuando los de seguridad te vigilan continuamente. Sé que su trabajo es protegerme, pero sería estupendo poder escapar de ellos. Aunque solo fuera por un momento.

Lo dijo sin pensar. Era algo que ella y sus hermanas repetían con frecuencia: su deseo de verse libres de sus guardaespaldas, o de los periodistas que siempre iban buscando la noticia. Con tanta gente vigilándolas, era casi imposible hacer nada sin que se enterara todo el mundo, incluida su madre.

Etienne, mientras tanto, no dejaba de pensar. Finalmente, se inclinó hacia ella, mirándola con una expresión traviesa.

–¿Qué te parece si nos corremos tú y yo una aventura esta noche? –le propuso, levantando una ceja.

Capítulo 6

Aquella noche había aprendido una cosa, decidió Etienne, quitándose la chaqueta y tirándola sobre la cama. Ariane era una mujer diferente a todas las que había conocido.

Sí, ya lo había sospechado. Cuando había ido a St. Michel, hacía seis meses, y desde que Ariane estaba en Rhineland. La idea incluso había penetrado en las imágenes de sus sueños, aumentando su erotismo y su atracción hacia Ariane. Sin embargo, cuando había visto la felicidad que llenaba sus ojos al escuchar su proposición de irse a mitad de ópera aquella noche había sido como si se le hubiera encendido dentro una luz poderosa y palpitante.

La expresión maliciosa que había transformado la boca de Ariane cuando habían salido juntos, de la mano, había hecho que él se prometiera a sí mismo convertirse en una persona tan rebelde y espontánea como ella. Ariane era como una brisa de aire fresco. Y estar con ella le llenaba de vigor.

También había disfrutado viendo la reacción de ella al enterarse que él sabía que se había escapado de la ópera durante su estancia en St. Michel. Etienne había aceptado sus disculpas e incluso se había sentido conmovido. Sabía que ella no había querido herirle, y mucho menos avergonzarle. Sencillamente, su alegría natural, su frescura y su amor por las natillas le habían impedido permanecer hasta el final de la función a la que él la había llevado.

Un hombre no podía guardar rencor por algo así, ¿verdad?

Soltó una carcajada breve mientras se quitaba el traje y se ponía unos vaqueros viejos, un jersey y unas botas de cuero. Luego metió apresuradamente otra muda en la mochila, junto con un peine y un cepillo de dientes. No estaba seguro de dónde iba a llevar a Ariane, ni de cuándo volverían. Así que decidió prepararse, por si acaso, y le dijo a ella que hiciera lo mismo.

Sintiéndose como un colegial excitado que se escapaba de casa, se puso la mochila al hombro, cerró la puerta de su suite y fue en busca de Ariane.

Solo tuvo que dar un pequeño golpe para que Ariane abriera la puerta.

–Ya estoy –dijo ella.

Sus ojos brillaban de un modo especial y él tuvo que hacer un gran esfuerzo para no decirle que estaba muy guapa. Sin embargo, sabía que era mejor que se concentrara en poder salir de allí sin ser vistos por los guardias de seguridad de palacio. Si no se iban en ese momento, no podría aguantar el deseo que le consumía por dentro.

Pero de repente, se preguntó qué estaba haciendo. Cuando él había ido a St. Michel y había mostrado interés por Ariane, pensaba que era una princesa y que si se casaba con ella, sería una unión que beneficiaría a Rhineland. Sin embargo, aunque Ariane había nacido y se había educado como una aristócrata, en esos momentos había perdido su posición. Así que debería alejarse de ella, en vez de proponerle que se fueran de excursión.

Ariane agarró su mochila de tela, pero al ver la expresión de Etienne, se puso seria.

–¿Estás bien?

–Sí, estoy bien. Vamos –dijo, agarrándola de la mano y conduciéndola hacia el vestíbulo.

Rieron como niños y hablaron de todos los tópicos imaginables mientras se dirigían hacia el parque más grande de Rhineland. Etienne le contó algunas de las travesuras que había hecho con Harry, cuando habían estudiado en Eton. Y ella le contó a su vez las travesuras que había cometido con sus hermanas cuando eran pequeñas. Le contó que había ido a la escuela en Suiza y que allí había echado mucho de menos a su familia.

Etienne sabía, por un curso de psicología que había hecho en la universidad, que los hermanos medianos eran normalmente callados, introvertidos y muy trabajadores. Era sabido que tenían que esforzarse mucho para ganarse el cariño de los padres, ya que estos normalmente se volcaban con los mayores o con los más pequeños. Sin embargo, no parecía que Ariane se atuviera a ese modelo. Ella era una persona segura, extrovertida y no le daba miedo asumir riesgos. Y a Etienne le atraían mucho esas cualidades.

–Justo después de que Helene, mi madrastra, muriera, mis hermanas y yo nos escapamos un día a la bodega con mi hermanastro Georges y mi hermanastra Juliet. Y cuando nos

encontraron, estábamos un poco mareados.

Era ya de noche y la risa de Ariane estalló agradablemente dentro del coche. Luego Etienne la oyó dar un suspiro.

–Georges tenía dieciocho años y mi hermana Lise también era mayor –volvió a echarse a reír–. Y yo también, la verdad. Pero todos habíamos estado muy tristes. Mi padre se había quedado desolado ante la muerte de Helene y del niño que llevaba en su vientre, que había nacido muerto.

Etienne notó que Ariane lo estaba mirando mientras él conducía.

–Me imagino que tratábamos de escapar de toda aquella tristeza. Nos reímos como locos cuando el ama de llaves nos descubrió.

–¿Y tu padre qué opinó del método que utilizaste para… escaparos de la tristeza?

Ariane sonrió abiertamente.

–Oh, solo abrimos dos botellas, así que no bebimos mucho –soltó una risita maliciosa–. Aunque las venas del cuello de mi padre se hincharon cuando descubrió que las dos botellas eran las más especiales de la bodega.

–¿Se enfadó mucho?

Ariane se quedó callada un rato y luego sacudió la cabeza. Fue entonces cuando se dio cuenta de que para ella debía haber sido una experiencia muy intensa.

–Sí, pero al final nos perdonó a todos. Teníamos un arma secreta.

Etienne permaneció en silencio.

–Y ese arma era Marie-Claire, la favorita de mi padre –le explicó Ariane–. Aquella no fue ni la primera ni la última vez, que nos sacaba de un apuro.

Él, que había sido el único hijo de un matrimonio estable, no podía ni siquiera imaginarse lo que era criarse dentro de una familia llena de hermanastros, madrastras y niñeras.

–¿Y eso no te ha molestado nunca? –preguntó él–. Quiero decir, lo de que tu hermana fuese la favorita de tu padre.

–Me gustaría decirte que no –dijo ella después de dar un suspiro–. Pero me imagino que a cualquier niña le gustaría ser la favorita de su padre.

La voz de Ariane estaba tan cargada de emoción, que él no pudo evitar conmoverse. Y entonces se juró en silencio que si alguna vez

tenía hijos, se encargaría de que ninguno se sintiera menos querido que los otros. Querría a todos sus hijos por igual.

–Pero en cualquier caso, el hecho de que ella fuera la favorita de mi padre, no afectó en absoluto a mi relación con mi hermana –aclaró Ariane–. Por suerte, desde el principio me di cuenta de que no era por su culpa. Y como, además, Marie-Claire nos sacó de muchos líos, le hemos estado siempre muy agradecidas –de pronto, se puso tensa–. Pero también he aprendido una cosa de todo esto.

Etienne se metió en el aparcamiento y apagó el motor. En medio de la oscuridad, rogó por que el relato de ella fuera hacia un tema que a él le intrigaba especialmente.

Y afortunadamente, así fue.

–Pero en cualquier caso, lo que he aprendido es que el amor no debe ser como un pastel, donde pueda haber porciones más grandes que las otras. Nadie merece que le quieran más que a los demás.

–Estoy totalmente de acuerdo –aseguró él, asombrado por la empatía que existía entre ambos.

También se fijó en que había cierta tristeza en su voz, como si aquella conversación le hubiera hecho recordar aquellos momentos de su niñez en que el hecho de no ser la favorita de su padre le había hecho sufrir.

A Etienne le entraron ganas de abrazarla y consolarla. Le hubiera gustado poder convencerla de que ella merecía ser amada tanto como Marie-Claire. Pero en lugar de ello, lo que hizo fue decirle con palabras lo que opinaba.

–Ningún padre debería querer más a un hijo que a los demás.

Se quedaron en silencio durante un largo rato, envueltos por un ambiente cargado, que anunciaba tormenta. En un momento dado, cuando la situación estaba empezando a amenazar con volverse incómoda, ella fijó la mirada en lo que se veía detrás del parabrisas.

–¿Dónde estamos? –le preguntó.

–En el parque Byron. El nombre se lo puso mi ta–ta–ta–tatarabuela –fijándose en lo oscuro que estaba el camino que llevaba al parque, Etienne se preguntó si habría sido una buena idea llevarla allí–. Hacía mucho tiempo que no venía, pero cuando era un muchacho, me encantaba acampar aquí.

Se quedó mirando pensativamente la oscuridad que los rodeaba.

–Me gustaba mucho el campo y recuerdo que este lugar era

impresionante por la noche. Aunque ahora estoy empezando a dudar si ha sido una buena idea venir. Quizá deberíamos esperar a que amaneciera…

–¿Estás bromeando? –preguntó ella, saliendo del coche–. Hay luna llena.

Pero él seguía mostrándose algo remiso.

–Me encanta escalar –insistió ella–, y nunca lo había hecho de noche. Así que será una experiencia nueva. ¡Vamos!

–Pero, ¿y qué pasará si… ?

–Nada de peros –le interrumpió ella–. No corremos ningún peligro. Estamos en Europa, ¿recuerdas? Así que el animal más peligroso que nos podemos encontrar es una ardilla hambrienta.

Él soltó una carcajada.

–Más bien estaba pensando en el peligro de tropezarnos con la raíz de algún árbol y rompernos un brazo o una pierna.

Pero ella no hizo ningún caso de los miedos de él y, agarrando su mochila del asiento de atrás, se la puso en la espalda. Luego echó a andar hacia el camino.

Etienne no pudo hacer otra cosa que seguirla y en seguida se dio cuenta de que Ariane estaba en lo cierto. La luna llena iluminaba lo suficiente como para ver por dónde iban. De todos modos, decidió agarrarla de la mano. Por supuesto, solo por razones de seguridad.

–Ariane, me has hablado de tu madrastra, de tus hermanos y de tu padre, pero no me has contado nada de tu madre. ¿Cómo la recuerdas?

Ella tardó en contestar.

–Bueno, apenas te puedo contar nada. Mis padres se divorciaron cuando yo tenía tres años. Al parecer, después de tenerme a mí y a mis tres hermanas, ella no quería tener más hijos, mientras que mi padre quería que le diera un varón. Así que decidieron separarse. Él siempre aseguró que no les había quedado otro remedio.

Ella se soltó de él y se llevó la mano a la correa de la mochila. Etienne se dio cuenta de lo tensa que se había puesto de repente.

–A mi madre le encantaba la vida en sociedad y creo que consideró que ocho años de matrimonio eran más que suficiente –dijo ella, mirando hacia abajo, aparentemente para fijarse en dónde pisaba–. Así que estaba ansiosa por abandonar St. Michel –añadió.

Ariane hizo una pausa y dio un suspiro sonoro.

–Y como no le importaba dejar atrás su familia, comenzó a viajar continuamente. Se iba a esquiar a Aspen, a jugar a Montecarlo, a pescar a la Riviera, a tomar el sol a las islas Fiji… No se perdía ningún acontecimiento deportivo importante y también le gustaba ir a los sanfermines en España.

Ariane cada vez parecía más triste.

–Así que su ritmo de vida no le dejaba mucho tiempo para ver a sus hijas. Lise, Marie-Claire y yo nos quedamos bajo la custodia de nuestro padre y fuimos criadas por niñeras contratadas. A nuestra madre apenas la veíamos dos veces al año. Pero…

Ariane no terminó la frase y Etienne estaba empezando a arrepentirse de haber sacado aquel tema de conversación.

–Murió hace ya muchos años –continuó hablando al fin–. Tuvo un accidente cuando estaba haciendo submarinismo.

Etienne se daba cuenta de que ella no solo había tenido que enfrentarse a no ser la favorita de su padre, sino que además había tenido que criarse sin madre. Sin duda, debía haberse sentido muy sola y era increíble que aquella infancia tan dura no hubiera afectado a su personalidad.

Aquella mujer despertaba de tal modo en él el instinto de protección, que no pudo contenerse y volvió a tomarla de la mano.

Cuando ella le sonrió tristemente, él sintió que el corazón iba a explotarle.

–Helene, la segunda esposa de mi padre… –pero Ariane no terminó la frase, como si algún pensamiento hubiera asaltado de pronto su mente.

–Bueno, más bien debería decir la tercera esposa. Todavía no me hago a la idea –aclaró, sacudiendo la cabeza–. En cualquier caso, Helene trató de ser una buena madre para mis hermanas y para mí. De todas las mujeres de mi padre, Helene es la única a la que he querido sinceramente.

Ariane se paró a recordar.

–Helene se había quedado viuda al morirse su marido, que era amigo de mi padre. Y desde el principio se esforzó por complacer a mi padre y darle un hijo varón cuanto antes. De algún modo, era como si hubieran llegado a un acuerdo. Helene necesitaba un padre para Georges y Juliet, y mi padre quería un heredero.

–O sea, que fue un matrimonio de conveniencia –murmuró

Etienne.

Ariane asintió.

–Bueno, ya sabes que en nuestro mundo, ese tipo de relaciones es bastante habitual –aclaró él.

Y para hacer honor a la verdad, cuando él había viajado a St. Michel por primera vez, había sido para arreglar un matrimonio con Ariane en ese sentido. Había querido casarse con ella porque la unión de ambas familias podría ser beneficioso para sus respectivos países. Y Philippe, el padre de Ariane, se había mostrado bastante receptivo a aquella idea.

Sin embargo, después de haber conocido a Ariane, no había podido seguir adelante con el plan. Le había gustado desde el primer día y había decidido que la relación que tuviera con ella estuviera al margen de los intereses de Estado. Por otra parte, había presentido que ella no era el tipo de mujer que aceptara un matrimonio de conveniencia.

Así que había planeado volver a visitar St. Michel más adelante para tratar de conocerla más profunda y sinceramente. Sin embargo, antes de que él hubiera podido hacerlo, Ariane se había presentado inesperadamente en Rhineland. Al principio, se había mostrado encantado, pensando que quizá su interés por ella se había visto correspondido. Pero cuando la princesa empezó a comportarse de manera extraña, decidió que su visita seguramente se debía a otros motivos.

–En cualquier caso –continuó hablando Ariane–, a mi me da igual los motivos por los que se casaron Helene y mi padre. Aún ahora, sigo teniendo mucho cariño a esa mujer. Porque además fue ella quien dio a luz a Jacqueline.

–¿Tu hermana pequeña?

Ariane asintió.

–Etienne, el nacimiento de Jacqueline fue como un rayo de sol que alumbrara la casa. Tienes que conocerla. Es un muchacha maravillosa. Tiene mucha energía.

–¿Como tú? –dijo él, sonriendo.

–Eso yo no puedo decirlo –aseguró ella, algo más animada–. Lo único que sé es que estamos muy unidas. Jacqueline es la razón principal por la que aún sigo viviendo en palacio. De hecho, después de la muerte de mi padre, estuve a punto de irme a alguna

de nuestras casas en el campo o la ciudad.

Ariane se quedó en silencio un instante.

–Pero luego decidí que no podía dejar sola a Jacqueline con Celeste. La pobre tiene solo doce años y necesita que alguien cuide de ella. Por eso la llamo a menudo. Afortunadamente, tiene a la abuela y a Marie-Claire, que me han prometido que cuidarán de ella.

Ariane levantó la vista hacia el cielo, como si estuviera rezando.

–Espero que Celeste no le haga ningún daño –susurró.

Etienne le apretó la mano cariñosamente.

–Estoy seguro de que no le pasará nada –le aseguró–. Y ahora, vamos a divertirnos, que es para lo que hemos venido, ¿recuerdas?

–Es cierto –respondió ella, sacudiendo la cabeza como si estuviera tratando de sacudirse los malos pensamientos. De pronto, se quedó muy quieta–. Escucha. ¿Qué es eso? –pero antes de que él pudiera contestar, la cara de ella se iluminó de felicidad–. Es una catarata. ¡Vamos!

Y sin soltar la mano de él, echó a correr.

Aquella catarata era el motivo por el que él la había llevado allí. El rumor del agua cayendo, en medio de la noche, era una de los mejores recuerdos de su infancia y quería compartirlo con ella.

–Oh, Etienne –exclamó al ver la catarata–, el agua parece plata fundida. Es una maravilla.

Aquella caída de agua era verdaderamente maravillosa, pero nada comparado con el rostro de Ariane, que se había quedado evidentemente impresionada. Y en aquel momento, al ver su reacción, él decidió que quería compartir toda su vida con ella.

–Un poeta de mi país describió en un poema las cataratas como luz de luna que cae –comentó él.

–¡Qué descripción tan perfecta!

–El río proviene de las montañas y el agua es cristalina.

Ella se volvió hacia él con los ojos brillantes, debido a la excitación.

–¡Qué pena que no sea verano! El agua debe estar helada. Si no, me gustaría bañarme ahora mismo.

Él no dijo nada, pero pensó que si pudiera ser, volvería con ella en verano.

–¿Podemos subir a lo más alto? –preguntó Ariane.

–Por supuesto –contestó él, encantado de poder complacerla.

Pero ella ya había empezado a subir y él tuvo que acelerar el paso para seguirla.

Poco después, ambos estaban sentados en la hierba, exhaustos tras la subida. Mientras él contemplaba el perfil de ella, se le ocurrió que le encantaría dejarla exhausta de otros muchos modos. Como por ejemplo, besando sus labios carnosos. Luego la desnudaría para dejar al descubierto su sensual cuerpo… y le haría el amor.

–¿En qué estás pensando? –le preguntó entonces ella, bebiendo un trago de la botella de agua que habían llevado.

Etienne se dio cuenta de que se había sonrojado y dio gracias de que ella estuviera más pendiente de la catarata que de él. Luego trató de quitarse de la mente aquellas eróticas imágenes.

–En nada –contestó al fin–. Solo estaba recobrando el aliento. Me ha sido difícil seguir tu ritmo.

Ella sonrió y luego dio un bostezo.

–Ya es tarde –comentó él–. Deberíamos volver al coche.

–Espera a que descansemos aquí un poco –le pidió ella, tumbándose y apoyando la cabeza sobre el regazo de él–. ¿Te parece bien?

–Claro.

Etienne se apoyó en el árbol que tenía detrás y contempló a Ariane. Se fijó en su respiración rítmica y en cómo le brillaba el rubio cabello, bajo la luz de la luna.

Sintió cómo un intenso deseo se despertaba en su interior.

Aquella noche, había aprendido muchas cosas respecto a Ariane. Ella le había contado su difícil infancia entre madrastras y hermanastros. Pero eso no había influido en su carácter, ya que era una mujer llena de energía. También había averiguado lo mucho que quería a sus hermanas y a su hermanastro.

Y que le aburría mortalmente la ópera.

Por otra parte, había descubierto que estaba igual de guapa con un traje de noche de seda y con zapatos de tacón, que con unos vaqueros y unas botas de montar.

Y también había descubierto algunas cosas de sí mismo. En primer lugar, lo mucho que le gustaba Ariane. Y no solo le gustaba, deseaba a aquella mujer con toda su alma.

Sí, se estaba enamorando de ella irremediablemente, pensó, cerrando los ojos y suspirando.

Sin embargo, había un problema que los separaba. Sabía que sus padres querían que se casara con una princesa y no con una mujer sin título, ni fortuna, como había resultado ser Ariane.

Así que no sabía qué hacía en mitad de la noche en el parque Byron, sentado en la hierba junto a aquella mujer.

¿Habría perdido el juicio o tan solo era que le habían robado el corazón?

Capítulo 7

Ariane abrió los ojos y respiró hondo. El aroma que emanaba de Etienne era como una sábana que la envolvía agradablemente. Y su pecho, una almohada maravillosa que latía contra su oído. Contuvo un suspiro y esbozó una sonrisa. Le encantaba estar a su lado.

Cuando poco tiempo después abrió los ojos, se quedó muy sorprendida. Pensaba que se había quedado dormida unos minutos, ¡Pero estaba empezando a amanecer!

Ariane cayó entonces en la cuenta de que nunca había dormido antes al raso. Ni tampoco se había despertado nunca en los brazos de un hombre.

Se sentó y estiró sus entumecidos músculos, disfrutando de una sensación de paz desconocida hasta entonces. ¿Sería por haber dormido al descubierto o por haberlo hecho en los brazos de Etienne? Aunque si era sincera, tenía que admitir que sabía perfectamente cuál era la respuesta.

Poco a poco, fue despertando a la realidad.

Mientras contemplaba al deslumbrante príncipe, Ariane se dio cuenta de que él poseía un espíritu tan aventurero como el de ella. No había dudado en dejar de lado sus obligaciones en palacio para llevarla allí. Y ella había disfrutado enormemente su excursión. Se lo había pasado muy bien escuchando el relato de Etienne sobre su pasado y le había gustado contarle a él el suyo. Había sido una noche maravillosa.

Sin embargo, aquello no cambiaba nada. Él seguía siendo el príncipe heredero de Rhineland y nunca podría casarse con una mujer que no tuviera un determinada posición y una reputación impecable.

Así que ella no encajaba en aquel perfil.

Observó lo relajada que estaba su expresión mientras dormía y la barba incipiente, que despertó el deseo en ella. De pronto, sintió unas ganas enormes de meter las manos bajo su jersey y acariciar su pecho cubierto de vello.

Por otra parte, después de haberlo conocido mejor, estaba segura de que era totalmente incapaz de querer invadir su país. Tenía un carácter fuerte, pero no era un hombre sin escrúpulos.

La brisa fresca del amanecer le hizo frotarse los antebrazos. Poco después, fue hacia la catarata y buscó un lugar donde poder lavarse. Se lavó la cara y seguidamente se cepilló los dientes.

Cuando volvió donde estaba Etienne, descubrió que este se había ido y se había llevado su mochila. Pero antes de que tuviera tiempo para preocuparse siquiera, apareció de entre los árboles, sonriendo.

Por su manera de latirle el corazón solo con verlo, estaba claro que sus sentimientos por aquel hombre estaban empezando a volverse más profundos de lo que deberían.

–Buenos días –le saludó él–. Estaba lavándome un poco después de haber… hecho ciertas necesidades.

–Pues yo estaba pensando ahora mismo en hacer lo mismo, pero… –Ariane echó un vistazo a su alrededor, algo preocupada.

–No te preocupes –dijo él, riéndose entre dientes–. Hay unos servicios a unas veinte yardas, bajando por el camino. De hecho, es de allí de donde vengo yo ahora –dijo, señalándole la dirección a seguir.

–Gracias –dijo ella, dirigiéndose hacia donde él le había indicado.

Poco después, regresó.

–No tenía previsto que pasáramos la noche al raso –comentó él–. ¿Qué tal has dormido?

–Bien, aunque me he quedado algo entumecida.

–¿No has tenido frío?

Ariane sacudió la cabeza, callándose que se había despertado abrazada a él.

–Y tú, ¿has dormido bien? –preguntó ella, sin mirarlo a los ojos.

–Bueno, no habría estado mal tener una colchoneta –dijo, mirando hacia el horizonte mientras estiraba sus músculos–. Pero el camino de vuelta hacia el coche seguro que nos desentumece, ¿no crees?

Ella asintió y se dio cuenta de que también él era consciente de la tensión que los envolvía. Estaba claro que Etienne estaba haciendo todo lo posible para evitar mencionar que habían pasado la noche juntos. Aunque no había ocurrido nada, lo de dormir uno

en los brazos del otro era algo indudablemente muy íntimo.

–Estoy hambriento –comentó entonces ella, contenta de romper el silencio.

–Entonces lo primero que haremos será desayunar.

Ella arrugó la nariz.

–Estamos muy lejos de palacio. Quizá deberíamos volver cuanto antes. Si no estás allí a la hora del desayuno, todo el mundo se alarmará.

–Nada de eso –aseguró él, tratando de tranquilizarla–. No sé si te has dado cuenta de que ya soy mayorcito. Así que puedo hacer lo que quiera.

Ella no parecía nada convencida.

–Una cosa es que ya no seas un crío y otra, no ir a dormir a palacio sin haber avisado a tus padres.

–Muy bien, pues entonces llamaré a casa tan pronto como encontremos un teléfono. ¿Te parece bien?

Ella sonrió y él le agarró la mano como si fuera la cosa más natural.

Por un momento, a Ariane le entraron ganas de olvidarse que él era un príncipe y ella un mujer que había perdido su título, y con ello toda posibilidad de tener una relación con Etienne.

Sí, estaría bien poder olvidar la realidad.

El pequeño café junto a la carretera, especialmente construido para el turismo, una de las principales fuentes de ingresos de Rhineland, estaba lleno de gente a pesar de la temprana hora. Pero a pesar de ello, Etienne y Ariane consiguieron una mesa junto a la ventana. Debido a la ropa que llevaban, pudieron disfrutar del café, sin que nadie los reconociera.

–O sea –le dijo Ariane en un momento dado–, ¿que a tus padres no les importará que hayamos dormido fuera?

Él asintió.

–No pasa nada. A papá no le gustó que nos marcháramos anoche antes de que terminara la ópera, pero le ha gustado que le llamara ahora. Así que ha sido una buena idea que me animaras a telefonear.

Ella lo miró por encima de la taza de café.

–¿De verdad que no les importa que pases el día conmigo?

–Claro que no –aseguró él–. Papá me ha pedido que me asegure de que te lo pasas bien, ya que sabe que últimamente has tenido muchos problemas.

Ella soltó un suspiro.

–¿Qué pasa, Ariane? ¿Qué es lo que te preocupa?

–Nada –susurró ella, mirando hacia la ventana.

Luego se volvió hacia él y le sonrió.

–Esto es muy bonito.

Él sabía que se refería a la pintoresca ciudad, en cuyas afueras estaba el café.

–Sí que lo es –asintió él. Luego se la quedó mirando–. ¿Sabes? Estoy pensando que estás empezando a darme envidia.

–¿Por qué?

–Por la nueva vida que vas a llevar. Nada de protocolo, ni de deberes como princesa, nada de reglas…

Ella se le quedó mirando fijamente.

–¡Lo que daría por estar en tu lugar!

Etienne pensó en la ironía de la situación. Había planeado aquella excursión para que Ariane se abriera a él. Pero en esos momentos, en vez de estar tratando de averiguar cuáles eran sus verdaderos sentimientos hacia él, lo que estaba haciendo era confesarle sus deseos más íntimos.

Ella movió la cabeza de un modo que a él le pareció increíblemente sexy.

–No te creo. Es verdad que a veces está bien eso de no tener reglas, pero no me creo que hables en serio cuando dices que te gustaría convertirte de repente en hijo ilegítimo –se humedeció los labios y luego siguió hablando con voz grave–. Puede que haya ganado cierta libertad, pero te aseguro que me ha afectado mucho el enterarme de lo que hizo mi padre.

Etienne sabía que Ariane era una mujer muy fuerte, pero aun así, en cuanto mostraba el más leve signo de vulnerabilidad, a él le entraban ganas de abrazarla y protegerla.

Cuando le agarró una mano, notó que la tenía caliente y su piel era como de seda.

–Como ya te he dicho antes –aseguró él, mirándola a los ojos para que viera que estaba siendo sincero–, el que hayan cambiado

las circunstancias de tu nacimiento no cambia en absoluto lo que de verdad eres.

Ella tragó saliva y miró a Etienne con una expresión angustiosa en los ojos.

–Pero sí que va a cambiar mi vida y la de mis hermanas. Mira lo que le ha pasado a Lise. Wilhelm la ha abandonado estando embarazada. Y encima me contó ayer Marie-Claire que nuestra maravillosa madrastra no le deja a Lise volver a vivir en palacio.

–No puede hacer algo así.

–¿Ah, no? Me parece que no conoces a Celeste –dijo Ariane, moviendo la cabeza–. Esa mujer nos ve como si fuéramos sus competidoras. Siempre ha sido así. Tanto por el afecto de mi padre, como por la atención de la opinión pública, como por cualquier otra cosa.

Etienne se fijó en la mezcla de emociones que asomaba a los ojos de ella. Y no podía hacer más que seguir escuchándola.

–Por otra parte, existen serias dudas sobre el hijo que está esperando Celeste –continuó diciendo ella–. No se sabe a ciencia cierta quién es el padre.

¡Santo cielo!, exclamó Etienne para sí. Nunca hubiera sospechado que la familia real de St. Michel estuviera envuelta en aquellos asuntos tan turbios.

–¿Crees que tu madrastra sería capaz de hacer algo así?

–Claro que es capaz –aseguró ella con un hilo de voz.

Etienne volvió a sentir ganas de protegerla.

–Pero espero que no se salga con la suya –añadió Ariane–. Ojalá el resultado de la prueba del ADN la delate. Porque estoy segura de que el gobierno la obligará a que demuestre que ese niño es hijo de Philippe.

–Es lo normal, si hay dudas sobre la paternidad del niño.

Ella asintió.

En ese momento, llegó la camarera con su desayuno. Etienne sonrió al ver el entusiasmo con que Ariane agarraba su tenedor. Tenía que admitir que disfrutaba viendo el gusto con que ella se disponía a comer. Nunca le habían gustado las mujeres excesivamente delgadas y Ariane, sin estar gorda, tenía las curvas suficientes para que le gustara a él. Era como un melocotón maduro listo para comer.

Cerró los ojos durante un momento y se imaginó mordiendo una fruta jugosa. Un gran deseo lo invadió y, al abrir los ojos, no pudo evitar fijarse en los bien formados senos de Ariane. Luego levantó la mirada y la posó en sus labios, labios que él había besado y que por tanto sabía lo dulces que eran.

Aquella mujer inquietaba a Etienne de un modo que no lo había hecho ninguna otra.

–¿Pasa algo? –preguntó ella.

–No –mintió él.

Etienne agarró los cubiertos y trató de concentrarse en su desayuno. A continuación respiró hondo, intentando calmarse. Una vez más, estaba sorprendido de la capacidad que tenía aquella mujer para despertar su libido. Pero su deseo no se limitaba a lo físico, sino que también deseaba penetrar en su cabeza y averiguar todo sobre ella. Quería saber lo que le ponía triste y lo que le ponía alegre, quería que no quedase nada de ella oculto para él.

Y en ese sentido, decidió hacerle una pregunta.

–¿Qué opinas de la ley que rige en tu país por la que solo pueden gobernar los varones?

De pronto, los ojos de ella se nublaron, como si desconfiara de él. Pero luego recobró la normalidad y se encogió de hombros mientras terminaba de masticar lo que tenía en la boca.

–Por supuesto, pienso que es una ley trasnochada y que discrimina a todas las mujeres de St. Michel y no solo a las de la familia Bergeron. Así que si pudiera, cambiaría dicha ley –aseguró. Luego volvió a encogerse de hombros–. Pero como no es así…

Aunque aparentemente había mostrado cierta indiferencia, él se daba cuenta de que, en el fondo, le dolía profundamente que los políticos de su país pensaran que las mujeres no eran capaces de gobernar St. Michel.

–Pues yo opino que alguien debería cambiar esa estúpida ley –aseguró entonces él–. Además, ¿es que no se dan cuenta vuestros políticos de que podría tener un efecto devastador para St. Michel?

Etienne apretó los labios, ya que no quería discutir con ella los problemas de su patria. Durante el tiempo que había durado la estancia de ella en Rhineland, sus espías no habían dejado de informarle de todas las novedades en el gabinete de su padre. Estos le habían informado de los rumores que corrían acerca de la

anexión de St. Michel, pero nadie sabía quiénes eran los promotores de dicha idea.

De nuevo, le pareció que los ojos azules de ella lo miraban suspicazmente. Pero él no sabía exactamente lo que podía haberla puesto a la defensiva. Al fin y al cabo, solo había comentado que aquella ley le parecía estúpida.

–Incluso si mi padre no se hubiera casado con esa mujer y si no existiera esa ley –comentó ella con la mirada clavada en su plato–, yo tampoco sería la futura reina. Porque como ya sabes, tengo una hermana mayor –soltó un suspiro melodramático–. Ya ves que seré siempre una pobre desgraciada –bromeó.

Él rió entre dientes, alegrándose de que ella hubiera recuperado su buen humor.

–No creo que seas precisamente una pobre desgraciada –aseguró él, sonriendo.

Ariane nunca se había sentido tan confusa. Etienne tan pronto parecía un caballero dispuesto a protegerla de cualquier ofensa, como empezaba a hablar del peligro que corría St. Michel.

¿Habría sido un simple comentario o habría alguna segunda intención en él? No quería ni siquiera pensar en la posibilidad de que Etienne estuviera detrás de la trama contra su país. Aunque tampoco quería negarse a aceptar la verdad.

Cuando acabaron de desayunar, subieron al coche y se dirigieron hacia el lago más grande de Rhineland. Una vez allí, Etienne alquiló una barca a un anciano que estaba pescando en el embarcadero. Dieron una vuelta por el lago, cuyas aguas eran de un azul cristalino. En un momento dado, Ariane levantó el rostro hacia el sol y pensó en lo maravilloso que sería no sospechar del príncipe.

De pronto, se dio cuenta de que Etienne había dejado de remar. Abrió los ojos y lo observó. Entonces sintió cómo el deseo se encendía de nuevo en ella. ¿Cómo podía ser un hombre tan maravilloso? ¿Cómo podía atraerla de aquel modo?

En ese momento, le habría encantado sincerarse con él. Le habría gustado poder preguntarle directamente si estaba pensando en invadir St. Michel. Y también le habría gustado decirle que ella había ido a Rhineland para averiguar quiénes estaban detrás del

complot contra su país.

Pero sabía que no podía hacerlo.

–Bueno, pues ahora que estamos en medio de ninguna parte –dijo él, sonriendo–, puedo confesarte algo que me está rondando la cabeza desde hace tiempo.

Ariane arqueó las cejas, sorprendida.

–Quiero aprovechar la ocasión para decirte que te he desenmascarado –aseguró él–. Desde que nos marchamos anoche de la ópera, no has dicho ni una sola tontería. Todos tus comentarios han sido inteligentes y acertados. Así que tu comportamiento no ha tenido nada que ver con el que vienes teniendo en palacio.

La sonrisa de él era totalmente cautivadora y, a pesar del pánico que le había entrado al haber sido descubierta, no pudo evitar sentirse seducida por él.

–Ya solo me queda averiguar por qué lo has hecho –comentó, acercándose a ella.

Ariane se dio cuenta de que no podía pensar con claridad estando él tan cerca. Además, antes de que pudiera decir nada, Etienne le sujetó el rostro entre sus cálidas manos.

Un deseo incontenible estalló entonces dentro de ella y un campo magnético invisible parecía empujarla hacia Etienne. Miró su boca. Se moría de ganas por besar sus labios carnosos. Quería sentir la barba incipiente de él contra sus mejillas. Deseaba acariciarle su fuerte cabello.

Cuando finalmente Etienne la besó, lo hizo con tal suavidad, que despertó un deseo aún mayor en ella.

Luego susurró su nombre mientras sus narices se tocaban como si ambos quisieran respirar el mismo aire. Aquello le pareció muy sensual a Ariane.

Cuanto él volvió a besarla, una gran pasión la agitó de pies a cabeza y sintió ganas de abandonarse, pero algo la hizo dudar.

Así que tragando saliva, se obligó a abrir los ojos y, cuando vio el rostro del guapo príncipe, se dio cuenta de que nunca olvidaría aquel momento. Cuando fuera una anciana recordaría aquel viaje a Rhineland y sus aventuras con el príncipe Etienne y sonreiría.

Pero en esos momentos tenía que pensar en su país. Debía recordar a quién debía su lealtad.

Porque Etienne podía ser perfectamente el enemigo de su

pueblo, se dijo, separándose de él.

–No puedo –dijo–. No puedo seguir con esto.

Etienne frunció el ceño y ella se dio cuenta de que su rechazo le había hecho mucho daño.

–Tus padres se han portado maravillosamente conmigo desde que se enteraron de… –no pudo terminar la frase, pero sabía que él la había entendido–. Pero ellos nunca aprobarán esto. Los dos sabemos que tienes que encontrar una esposa adecuada. Una mujer que al casarte con ella tu país se vea beneficiado –Ariane sintió un nudo en la garganta–. Y los dos sabemos que yo no soy esa mujer.

Capítulo 8

Ariane miró distraídamente, a través de la ventana del coche, las colinas cubiertas de lavanda y tomillo. El silencio sepulcral que reinaba entre Etienne y ella se había vuelto tan insoportable que poco antes había encendido la radio.

No podía dejar de recriminarse lo que le había sucedido durante aquellas últimas dieciocho horas. Había bajado la guardia ante Etienne y, desde que se habían marchado de la ópera, se le había olvidado seguir fingiendo que era tonta.

Sería muy cómodo pensar que había sido porque se había distraído. Pero a Ariane nunca le había gustado mentirse a sí misma y tenía que admitir que desde el principio no le había gustado en absoluto que Etienne pensara que tenía la cabeza vacía. Quizá por eso se había delatado.

Y lo peor era que él parecía dispuesto a averiguar por qué había representado aquella farsa. Ella no quería, bajo ningún concepto que él se enterara de que lo había estado utilizando para espiar al gobierno de su país.

Por otra parte, no solo se había delatado al dejar claro que era una mujer inteligente, sino que además le había dicho que sabía que no era una mujer adecuada para él. Y eso le dejaba sin excusa para alargar su estancia en Rhineland. Y más después de que todo el mundo estuviese enterado de que pronto se vería desposeída de su título de princesa.

Así que no iba a tener más remedio que regresar a St. Michel sin apenas haber obtenido ninguna información. Luc Dumont, el jefe de seguridad de su país, se iba a llevar una gran decepción cuando se enterara de que no había averiguado quién estaba detrás del complot para invadir St. Michel.

Pero incluso con todos aquello tumultuosos pensamientos en la cabeza, no pudo evitar quedarse mirando de nuevo a Etienne. Debería estar penado que un hombre fuera tan atractivo.

Una vez más, la asaltaron sensaciones contradictorias.

Ningún otro hombre había tenido el efecto que tenía el príncipe en ella. Era como si cada vez que lo mirase, encendiera una llama en ella.

Por un lado, no se arrepentía de haber pasado aquellas semanas junto a él. Pero por otro, estaba contenta de poder volver a su casa. La tranquilizaba el hecho de saber que pronto aquel juego se terminaría.

A nadie le gustaba tener que jugar con los sentimientos de los demás, así que definitivamente se alegraba de que su trabajo como espía llegara a su fin.

De pronto, el noticiario que estaban dando en la radio llamó su atención.

–... todavía no podemos estar seguros de si el príncipe Etienne salió a dar un paseo voluntariamente con la ex–princesa de St. Michel o si Ariane de Bergeron lo ha secuestrado. El portavoz de la casa real ha asegurado que el rey Giraud dará una rueda de prensa tan pronto como Luc Dumont, el jefe de los servicios de seguridad de St. Michel, llegue esta tarde al palacio de Kroninberg. Por otra parte, el portavoz de la casa real también ha confirmado los rumores de que la reina Laurette había sufrido un ataque. Pero negó que se debiera a la noticia de la desaparición de su hijo. El médico de la casa real está ahora mismo en palacio. Desde aquí, esto es todo para las noticias de la BBC...

Etienne apagó la radio.

–Lo siento mucho, Etienne –le susurró Ariane–. Tu madre...

–Seguro que no es verdad –dijo, cortándola–. Debe ser una exageración de los periodistas. He hablado con mi padre esta mañana, así que él sabe que estoy bien y habrá informado a los servicios de seguridad de tu país.

–Pero han dicho que la reina ha sufrido un ataque –insistió ella.

–Sí, ya lo he oído.

Ella sabía que el tono brusco de él se debía a la impresión que le había producido la noticia.

–Lamentaría mucho el haber causado algún daño a tu familia –dijo ella, sacudiendo la cabeza.

–Si a mi madre le ha pasado algo es a causa de su mala salud –aseguró él–. Te aseguro que tú no tendrías nada que ver.

Ella recordó entonces que él le había contado que la reina

Laurette había tenido una pulmonía antes de que llegara ella a Rhineland.

Pero por alguna causa, la aseveración de Etienne no alivió el peso que sentía sobre sus hombros. Sabía los muchos problemas que su visita había causado a la familia real. Primero, porque la noticia del primer matrimonio de su padre había estallado estando ella allí. Eso fue aprovechado por los medios de comunicación de Rhineland, que destacaron que una princesa ilegítima estaba intentando atrapar en sus redes al príncipe Etienne. Y luego la noticia que acababan de dar sobre el falso secuestro.

Su visita a Rhineland solo había causado disgustos a Etienne y a su familia.

Ariane había anticipado la confusión que habría en palacio a su llegada, pero se había quedado corta.

En el salón de recepciones, varios diplomáticos de Rhineland y St. Michel estaban chillándose los unos a los otros mientras agitaban los brazos expresivamente. Los criados no paraban de entrar y salir, llevándoles mensajes a los embajadores y también sirviéndoles refrescos.

En un extremo del salón, había varios electricistas habilitando una mesa de operaciones con ordenadores, una grabadora y dos teléfonos.

Al rey y a la reina no se les veían, sin embargo, por ninguna parte, cosa que preocupó aún más a Ariane. Y al girarse hacia Etienne, vio que él había pensado lo mismo que ella.

–Espero que no te importe que te deje sola un momento mientras voy a hablar con mi padre –le dijo.

–Claro.

La formalidad con la que se despidieron dejó a Ariane todavía más hundida.

Una vez se marchó él, ella se fijó en que Luc Dumont la estaba mirando con sus expresivos ojos azules. Y no parecía muy contento con ella.

–¿Qué está pasando aquí? –preguntó ella cuando él se acercó–. ¿De verdad pensaban que había secuestrado al príncipe? Ya sé que tengo fama de haber hecho algunas locuras en mi vida, Luc, pero…

–dijo ella, sonriendo.

Pero el hombre seguía muy serio.

–Ya sabes que tenemos que estar preparados para cualquier situación. El rey nos contó que había hablado con su hijo esta mañana, pero eso fue hace varias horas y no teníamos ningún medio de saber dónde estabais. ¿Qué habría pasado si os hubierais encontrado con… ?

–¿Con algún loco? Sí, ya sé que me has advertido cientos de veces del peligro que corro en mi posición, pero, ¿no te ha dicho nadie que te tomas tu trabajo demasiado en serio?

–Sí –contestó el hombre, ya más relajado y esforzándose por no sonreír–. tú.

Una vez el enfado de él se hubo aplacado un poco, ella pensó que quizá se libraría de tener que excusarse por haber pasado la noche fuera de palacio sin haber avisado a nadie.

–¿Me creerías si te dijera que fue Etienne quien lo propuso?

La expresión de Luc dejó claro que nadie iba a creerla, debido a su fama.

Las voces de los diplomáticos seguían mientras tanto subiendo de tono.

–No presentaremos ninguna disculpa hasta que Ariane de Bergeron regrese sana y salva y se demuestre que ha sido la causante de esto –se oyó decir a un diplomático de St. Michel.

Ariane dio un suspiro, consciente de que todo el mundo pensaba que había sido ella la culpable.

–Caballeros.

Aunque Luc apenas levantó la voz, Ariane vio cómo todo el mundo en la sala se volvía hacia él.

–Como pueden ver, Ariane y el príncipe han regresado sanos y salvos.

Sin embargo, estaba claro que aquellos hombres no iban a dar por zanjada la discusión tan fácilmente.

–No veo al príncipe Etienne por ninguna parte –dijo uno de los diplomáticos de Rhineland.

–¿Dónde está? ¿Qué ha hecho esa mujer con él? –preguntó otro–. Debería ser detenida ahora mismo.

–Etienne está bien –aseguró ella–. Luc nos ha visto llegar a los dos juntos y también los criados –dijo, señalándolos–. En estos

momentos, ha ido a ver al rey y a la reina.

Los diplomáticos solo se tranquilizaron después de que Luc y dos de los criados aseguraran que lo que estaba diciendo era verdad.

Un silencio tenso cayó entonces sobre la sala. Silencio que rompió Luc, ordenando a sus hombres que desmontaran la mesa de operaciones.

–¿Te importaría acompañarme? –le dijo a continuación a Ariane–. Me gustaría discutir un asunto contigo –luego se volvió hacia los dignatarios–. No tardaremos mucho.

Luc la guió hasta la biblioteca.

–¿Cómo se te ocurrió hacer algo así, Ariane? –le reprendió en un tono educado–. Irte así sin…

–Pero si no ha pasado nada –explicó ella–. No teníais por qué haber venido a rescatarme.

Luc soltó un suspiro para expresar su frustración.

–Una cosa es dormir fuera de palacio sin avisar al servicio de seguridad en St. Michel y otra muy distinta hacerlo en un país extranjero. Y más estando en una misión especial que te he encomendado yo –añadió, bajando la voz–. Así que no te ha de extrañar que viniera corriendo en cuanto…

–Ya te he dicho antes que fue a Etienne a quien se le ocurrió que nos fuéramos –le interrumpió ella. Luego dio un suspiro–. Me doy cuenta de que cometí una tontería al hacerle caso y marcharme con él, pero es que sus padres me llevaron a la ópera.

Hizo una mueca de desesperación.

–A la ópera, Luc –continuó diciendo–. Así que cuando Etienne me propuso que nos escapáramos, no pude decir que no.

Ariane pensó que quizá aquello le convenciera y, de hecho, pareció funcionar, porque finalmente el hombre sacudió la cabeza en silencio.

–¿Qué le ha pasado a la reina Laurette, Luc? –le preguntó a continuación.

–No nos han dicho apenas nada –Luc se agarró la barbilla con un gesto de preocupación–. Por lo que parece, se ha puesto enferma, pero el médico no ha confirmado si se trata de una recaída respecto a la pulmonía que tuvo o si ha sido algo de corazón. Pero si se tratara de algo serio, supongo que la habrían llevado al hospital.

Ariane tuvo que admitir que él tenía razón, pero a pesar de ello,

seguía preocupada por la reina. Así que cerrando los ojos, susurró una plegaria por la salud de la madre de Etienne.

–Tienes que volver a casa cuanto antes –le dijo Luc, cuando ella abrió los ojos.

–Estoy lista para partir –contestó ella.

–Entonces lo arreglaré todo para que te despidas oficialmente de la familia real.

–No creo que sea necesario –comentó ella.

–Pero el protocolo…

–Luc, yo ya no tengo que seguir ese protocolo.

Luc la miró en silencio.

–Etienne y su padre querrán estar al lado de la reina Laurette –añadió ella, suspirando–. Así que no creo que debamos molestarlos en estos momentos.

Ariane notó la garganta seca. En realidad, el motivo por el que no quería despedirse de ellos era porque no quería enfrentarse de nuevo a Etienne. Todo lo que tenía que decirle, se lo había dicho ya junto al lago.

–En cuanto llegue a casa, les mandaré unas notas de agradecimiento –y luego decidió cambiar de tema para evitar que él tratara de averiguar por qué no se quería despedir personalmente–. Por cierto, ¿qué tal está mi familia? ¿Qué tal Marie-Claire? ¿Y Jacqueline? ¿Ha vuelto Lise a palacio? Ya sé que Wilhelm la ha abandonado y que ha pedido el divorcio al rey…

–Con calma –dijo Luc, sentándose en una butaca e instándola a que se sentara junto a él–. Iremos por partes. Marie-Claire y Jacqueline están bien. Y también tu abuela. Ninguna de ellas ha tenido ningún problema con Celeste, ya que tratan de mantenerse alejadas de ella.

Luc hizo una pausa y apretó la mandíbula.

–Esa mujer cada vez está peor –añadió–. Se enfada por todo.

–¿Ha enseñado ya los resultados de la prueba del ADN?

–No, pero esos resultados ya no son tan importantes.

–¿Por qué? ¿Has averiguado algo acerca del hijo perdido de mi padre?

–Sí –contestó Luc–. Sabemos que Katie Graham, la primera esposa del rey Philippe, tuvo un niño.

–Es fantástico, Luc –dijo ella, muy contenta–. Eso quiere decir

que…

–Rhineland no podrá anexionarse St. Michel.

Ariane sintió un gran alivio.

–Bueno –añadió Luc–, pero eso será en el caso de que pueda encontrar al hijo de Philippe. Y también estamos suponiendo que él quiera hacerse cargo del país –el hombre se rió entre dientes–. Claro que no puedo imaginarme a nadie rechazando ese puesto de trabajo. ¿No te parece?

Ella asintió, muy contenta.

–Katie Graham murió en un accidente de coche –le explicó Luc.

A Ariane ni siquiera le dio tiempo a albergar la esperanza de ver su título restituido.

–Pero eso fue después de que tu padre se casara con Johanna. Así que el matrimonio de tu padre fue ilegal. Lo siento mucho, Ariane. Sin embargo, su matrimonio con Helene sí sería legal, por lo que Jacqueline vería restituido su título.

Ariane se alegró de corazón al escuchar que su hermanastra había recuperado su título.

–Y por supuesto, eso también valida el matrimonio de Philippe con Celeste –añadió él en un tono serio–. Lo que justifica el que reclame que el hijo que va a dar a luz es el legítimo heredero a la corona. Pero solo si no podemos encontrar al hijo de Katie Graham.

Luc hizo una pausa.

–Así que lo prioritario es encontrar a tu hermanastro, que debería tener ahora treinta y dos años –el hombre se quedó pensativo– Ojalá pueda encontrarlo.

–Seguro que lo encuentras –le animó ella–. ¿Y has descubierto algo más?

–Según parece, antes de morir, Katie Graham se casó con un americano que se llama Ellsworth Johnson. Ya le he entregado a nuestro primer ministro los documentos que demuestran estos hechos.

Ariane sabía que Rene Davoine, el primer ministro, era un hombre en quien podían confiar. Él trataría de encontrar al heredero desaparecido a pesar de la oposición de Celeste.

–Y supongo que ya ha quedado demostrado que Sebastian LeMarc no es hijo de Philippe.

–Así es.

–Ya me parecía a mí una historia de lo más estrafalaria –Ariane sacudió la cabeza–. Era muy extraño que Katie Graham se hubiera marchado a Tejas sin su hijo y que se lo hubiera quedado Claudette. Ya sé que a veces la realidad supera a la ficción, pero eso era demasiado.

Luc se encogió de hombros.

–Pero en cualquier caso, teníamos que demostrar que todo había sido una invención de Claudette.

–Pobre Sebastian –dijo Ariane, dando un suspiro–. Me imagino lo que sintió cuando su madre le contó todo aquello.

–Sí, lo ha pasado muy mal, pero gracias a Dios, ese asunto ya está arreglado. Y en ese sentido, tengo muy buenas noticias, que harán que desees llegar cuanto antes a St. Michel.

Ariane lo miró expectante.

–Marie-Claire y Sebastian van a casarse en breve –aseguró el hombre.

–¿Es una broma? Mi hermana no me comentó nada cuando hablé con ella por teléfono –dijo, enfadándose con Marie-Claire.

Ya se vengaría de ella, pensó. Pero en seguida se le pasó el enfado.

–¡Así que vamos a tener una boda! La abuela debe haberse puesto muy contenta.

Pero entonces se acordó de su hermana mayor y se puso seria.

–¿Y Lise? ¿Qué tal está?

–Está bien. Se ha instalado cerca de palacio y se encuentra perfectamente –dijo Luc, pero luego se quedó muy serio.

–¿Qué sucede? –preguntó Ariane, muy asustada.

–Nada. Solo que Celeste está cada vez más desequilibrada y nadie sabe qué es capaz de hacer –sacudió la cabeza–. No quería que Lise volviera a instalarse en palacio.

–Ya me lo había contado Marie-Claire –le explicó Ariane–. Pero estando embarazada y después de que Wilhelm la haya abandonado, Lise necesita estar junto a su familia. ¿Cómo puede Celeste negarse a que vuelva a palacio? Esa mujer es una bruja.

Luc dio un suspiro.

–No te preocupes. Lise está viviendo en una pequeña casita de madera dentro del recinto de palacio. Allí estará a salvo.

–Pobrecilla –comentó Ariane, pensando en el comportamiento

de su madrastra con su hermana–. Celeste, si pudiera, se desharía de todas nosotras.

–Me temo que tienes razón.

Entonces Ariane le preguntó por Georges y Juliet, sus otros hermanastros.

–Georges está bien. Está tratando de controlar la situación. En cuanto a Juliet…

Ariane se fijó en la expresión que tomaba la mirada de Luc. Sin duda, Juliet le atraía de un modo especial.

–… también está bien –terminó de decir, sonriendo.

Ambos se quedaron unos instantes en silencio.

–¿Y tú? –le preguntó entonces Luc–. ¿Qué has averiguado? ¿Sabes ya quién está detrás del complot contra nuestro país?

Ella arrugó el ceño.

–Desde mi llegada, me esforcé por demostrarle a todo el mundo que era una estúpida. Pensé que así me contarían cosas que se habrían callado de otro modo. Pero lo único que he oído son ciertos rumores.

Ariane se quedó en silencio.

–Lo más destacable fueron unos comentarios sospechosos que hizo Schmidt, el primer ministro. También escuché cómo un tal Berg Dekker se quejaba del dinero que tenía que pagar a nuestro país por usar sus muelles. Ya sé que no es mucho, pero…

Ariane dio un suspiro.

–Por otra parte, he intimado bastante con el príncipe Etienne durante mi estancia aquí. Es un hombre formidable y estoy segura de que será un gran rey. Pero no puedo imaginármelo tomando posesión de St. Michel. Él es demasiado…

–Espera un momento –dijo él, mirándola suspicazmente–. ¡No me digas que te has enamorado del príncipe!

Al darse cuenta de que él la había descubierto, sintió cómo se le formaba un nudo en la garganta. De repente, le costaba respirar y sus ojos se inundaron de lágrimas.

Ya sabía que aquel comportamiento era totalmente indebido. Una princesa nunca debería echarse a llorar en público.

Pero, ¿qué importaba eso ya? Al fin y al cabo, ella había dejado de ser una princesa. Sin embargo, sabía que debería controlarse, porque no quería incomodar a Luc.

El jefe de seguridad se acercó a ella y apoyó una mano en su hombro, tratando de consolarla. Entonces Ariane se dio cuenta de que Luc sería un buen marido para la mujer con la que decidiera casarse.

–Todo se arreglará, Ariane –le dijo–. Aunque ahora las cosas no te vayan bien, eso cambiará en el futuro. La vida da muchas vueltas y ya verás como esta mala racha pasará para ti y tus hermanas.

–No me cuentes historias, Luc –una lágrima rodó por su mejilla–. Mis hermanas y yo hemos sido desposeídas de nuestro título y eso no tiene remedio. Ya nadie querrá casarse con nosotras. Fíjate en Lise. Su marido la ha abandonado sin dudarlo nada más enterarse de la noticia.

–Sí, pero Marie-Claire ha encontrado un hombre que la quiere, aunque no sea una princesa. Y a ti te ocurrirá lo mismo. Ya lo verás.

Pero ella solo quería a un hombre. A Etienne. Y una vez se había visto desposeída de su título, ya nunca podrían casarse. Jamás.

Sintió que una tristeza enorme llenaba su pecho y pensó que sin no salía rápidamente de aquella habitación, se echaría a llorar como una niña. Y eso no sería justo para Luc.

Así que se obligó a ponerse en pie.

–Voy a buscar a Francie para que empecemos a hacer las maletas. Quiero volver a casa cuanto antes, Luc.

Capítulo 9

Ha sido una boda preciosa, ¿no te parece? –preguntó Francie, inclinándose hacia el espejo mientras se empolvaba la frente y la barbilla.

–Sí –asintió Ariane–. Marie-Claire estaba guapísima con el traje de novia de la abuela.

Lise, en su boda con Wilhelm, ya había llevado el traje de novia de Simone. Y Marie-Claire se lo había puesto también para casarse con Sebastian. Ariane se puso triste al pensar que ella sería la única que no podría ponerse aquel vestido.

Luego se volvió hacia Jacqueline.

–Y tú estabas radiante.

La muchacha de doce años arrugó la nariz.

–Le dije a Marie-Claire que ya era suficientemente mayor como para ser su dama de honor –dejó escapar un suspiro de resignación–. Pero no me ha querido hacer caso.

Ariane le sonrió cariñosamente. Jacqueline llevaba quejándose de lo mismo desde hacía dos semanas.

–No te quejes tanto –le dijo Francie a la pequeña.

–Pero si no me quejo –protestó Jacqueline.

–Sí que te estás quejando –intervino Ariane, dando un beso a su hermanastra en la frente.

Desde afuera, les llegó el sonido de gente que se estaba riendo. Ariane estaba contenta de que la algarabía que reinaba en palacio tapase sus tumultuosos sentimientos.

Desde que había vuelto de Rhineland, no había pasado un solo momento en el que hubiera podido dejar de pensar en Etienne. Y eso que había tratado de mantenerse ocupada. A menudo, había ido a visitar a su hermana Lise a la casita de madera para ofrecerle consuelo. También había colaborado en los preparativos de la boda. Había asistido a los numerosos ensayos, había ayudado a los novios a escoger la música y había acompañado a Marie-Claire a comprar su ajuar.

Pero había hecho todas aquellas actividades como una autómata.

Como no quería que sus hermanas se preocuparan por ella, se había esforzado por disimular su estado de ánimo. Por otra parte, como Marie-Claire estaba muy enamorada y había tenido que preocuparse de todos los preparativos para la boda, no se había dado cuenta de su sufrimiento. En cuanto a Lise, estando embarazada y después de que su marido la abandonara, tenía ya suficientes preocupaciones como para descubrir lo desesperada que estaba su hermana.

La única persona en palacio que no se había volcado en los preparativos de la boda había sido Celeste, que cada día estaba de peor humor. El resto se habían esforzado para que Marie-Claire fuera lo más feliz posible.

Pero a pesar de lo mucho que se alegraba por su hermana, Ariane había tenido que disimular su apatía. Incluso en la ceremonia, había tenido que fingir que estaba tan alegre como la ocasión requería.

Hasta que lo vio.

Sí, Etienne había asistido a la ceremonia.

Cuando sus ojos se habían encontrado, ella había estado a punto de caerse al suelo.

Había abandonado Rhineland completamente consciente de que se dejaba el corazón. Pero solo al verlo de nuevo en la iglesia, se había dado cuenta de lo profundo de su amor por él.

Afortunadamente, había conseguido llegar hasta el altar, pero luego no se había enterado de nada de lo que había dicho el sacerdote.

–Pero tengo que reconocer que has sido una dama de honor estupenda –le dijo Jacqueline, sacándola de su ensimismamiento.

–Gracias, cariño.

Al volver a recordar el modo de mirarla de Etienne en la iglesia, se le ocurrió que quizá él hubiera tratado de comunicarle algo.

«No seas tonta», le dijo una voz interior.

En ese momento, se abrió la puerta y Simone entró en la sala.

–¿Es una fiesta privada o puedo unirme a vosotras?

–¡Abuela! –Jacqueline corrió a abrazar a la anciana–. Estoy deseando ponerme yo también tu vestido.

–Serás una novia preciosa –aseguró Simone, sonriendo a su nieta–. Pero me temo que todavía tendrás que esperar un poco. En cualquier caso, te has portado muy bien en la boda. Te felicito.

–Gracias –respondió Jacqueline.

Ariane torció el gesto al darse cuenta de que Jacqueline no le decía nada a la abuela sobre su deseo de haber sido la dama de honor. Era evidente que su hermanastra sabía que Simone la reprendería por quejarse.

Un noble nunca debía quejarse a los demás.

–Francie, ¿te importaría acompañar a Jacqueline a la fiesta? –Simone se volvió hacia Jacqueline–. Creo que ya han sacado el postre.

Los ojos de la pequeña se iluminaron y en seguida salió de la sala, acompañada de Francie.

Ariane sacó un peine de su bolso y comenzó a cepillarse el pelo.

–Marie-Claire está muy guapa, ¿verdad?

–Sí que lo está –afirmó Simone–. Y tú también. Siempre te ha favorecido el color morado. Hace que tu piel brille de un modo especial.

Ariane sonrió, agradeciendo el piropo.

Su abuela había sido siempre un gran apoyo para ella, en medio de su caótica familia. Simone era una mujer muy cariñosa, a pesar del autocontrol que debía mostrar ante los demás, debido a su posición.

–Aunque me preguntó si… –añadió Simone con una nota de humor en su voz–… ese brillo no se deberá a alguna otra razón.

Ariane se puso tensa al escuchar aquello y esperó en silencio a que su abuela siguiera hablando.

–Porque hay un guapo príncipe en la fiesta que está buscando a alguien –la mujer sonrió–. ¿No podrías ser tú la persona a la que está buscando?

Ariane pensó que el corazón iba a salírsele del pecho.

–¿Etienne me está buscando?

–¿Es que hay algún otro príncipe del que te hayas enamorado?

Ella se quedó mirando asombrada a su abuela.

–Pero… ¿cómo te has enterado?

–Cariño, creo que es normal que a mis setenta y cinco años sea capaz de darme cuenta de esas cosas.

Ariane se preguntó si habría sido tan evidente su reacción cuando lo había visto en la iglesia.

–Y tengo que decir que tú no eres la única que está enamorada –añadió Simone, soltando una suave carcajada.

Ariane aguardó sin respirar a que su abuela continuara hablando.

–Por lo que pude ver, ese hombre está tan enamorado de ti, como tú de él.

De repente, el corazón de Ariane se llenó de esperanza, pero en seguida se recordó cuál era la situación real.

–Abuela, incluso si fuera cierto que él siente algo por mí –dijo Ariane–, lo nuestro no tendría ningún futuro. Él es el príncipe heredero de Rhineland mientras que yo soy solo…

–Una joven cariñosa, buena e inteligente –aseguró Simone–. Por no mencionar lo guapa que eres.

Ariane se quedó sin saber qué responder. Le encantaba que su abuela la defendiera de aquel modo, aunque eso no cambiaba la realidad.

Como si hubiera leído los pensamientos de su nieta, Simone la miró con el ceño fruncido.

–Tesoro, no subestimes el poder del amor, que puede mover montañas. Mira si no a Marie-Claire y Sebastian –la mujer se quedó en silencio con la mirada perdida durante unos instantes–. No sabes cuánto me alegro de que se hayan casado por amor.

Ariane sabía que el matrimonio de Simone y Antoine de Bergeron, su abuelo, había sido de conveniencia.

–Y eso que yo no puedo quejarme –añadió Simone–. Antoine y yo acabamos queriéndonos con el tiempo. Pero al comienzo las cosas no fueron sencillas.

Ariane sintió el agradable calor de las manos de su abuela sobre sus hombros.

–Tú, sin embargo, no pareces muy convencida de la fuerza del amor.

Ariane sintió que la emoción le atenazaba la garganta.

–De acuerdo, lo que siento por Etienne es muy poderoso, pero me siento tan culpable por haberle engañado…

Simone se quedó mirando a su nieta con cariño, esperando a que ella siguiera hablando.

–Al principio, cuando él vino a St. Michel y mostró interés por mí, yo le juzgué mal. Como papá estaba convencido de que si me casaba con él, sería un buen matrimonio para lo intereses del país, yo me puse a la defensiva y pensé que Etienne nunca podría llegar a gustarme.

Ariane se detuvo y dio un suspiro.

–Estaba segura de que era un hombre aburrido y convencional, muy lejos del tipo de persona que a mí podía interesarme. Pero lo que yo tomé en él como arrogancia, no era tal, abuela. Lo que sucede es que él es muy consciente de las responsabilidades que conlleva su posición.

Volvió a callarse durante unos instantes.

–Y luego volví a equivocarme al pensar que podía estar detrás del complot en contra de St. Michel. Sin embargo, ahora estoy convencida de que no es así. Él es incapaz de hacer algo tan despiadado.

Su abuela le acarició la mejilla.

–Confía en tu corazón. Haz caso de lo que te diga.

Los ojos de Ariane se llenaron de lágrimas.

–Pero es que mi corazón me está pidiendo que vaya en busca de Etienne ahora mismo y que le diga lo que siento por él. Y estoy segura de que él me rechazará.

–Ya vuelves a subestimarte –le recriminó Simone cariñosamente, moviendo la cabeza.

Y entonces la esperanza renació dentro de ella.

–¿De verdad crees que debería ir a buscarle? ¿No pensará que soy demasiado atrevida?

–Los tiempos han cambiado. Actualmente, las mujeres pueden ser todo lo atrevidas que quieran.

Ariane se sentía cada vez mejor.

«Al fin y al cabo, no tienes nada que perder», se dijo a sí misma.

Pero aquello no era del todo cierto. En realidad, tenía mucho que perder.

«¿El qué?», insistió la voz interior.

Bueno, si le confesaba a Etienne sus sentimientos, él podía rechazarla, amparándose en sus obligaciones como príncipe heredero de su país. Pero, ¿y si no fuera así? ¿Y si él la tomase entre sus brazos y le dijera que él también la quería?

No podía negarse que entre ambos existía una fuerte atracción.

Por otra parte, si no le confesaba lo que sentía por él, se pasaría el resto de su vida preguntándose qué le habría contestado Etienne.

Así que decidió que tenía que decírselo.

Se volvió hacia su abuela y le sonrió.

–Quiero que sepas que te quiero mucho y te agradeceré siempre que me hayas animado a…

–Estás perdiendo el tiempo. Ve ahora mismo en busca de ese hombre.

Después de darle un apretón cariñoso en la mano a su abuela, Ariane salió corriendo.

Al recorrer rápidamente con la mirada la sala donde se estaba celebrando el convite, no vio a su príncipe por ninguna parte. Así que se empezó a fijar en todos los invitados uno por uno. Tenía que encontrarlo. No era posible que se hubiera marchado sin hablar con ella, pensó.

De pronto, vio juntos a Luc y Juliet en un rincón. Al verla acercarse, ambos se separaron. ¿Era posible que hubiera una expresión culpable en sus rostros? De todos modos, en esos momentos, no tenía tiempo de pensar en aquel asunto.

–¿Habéis visto al príncipe Etienne? –les preguntó.

–Hace un momento, me ha preguntado por ti –le contestó Juliet.

–Yo lo he visto salir al jardín –comentó Luc, que nunca perdía detalle.

Claro, el jardín. ¿Cómo no habría pensado que podía estar allí en vez de dejarse llevar por la desesperación, pensando que se había marchado sin decirle nada?

–Gracias –les dijo a Juliet y Luc.

Luego se encaminó a toda velocidad hacia el arco de piedra que conducía al jardín.

Mientras caminaba por el sendero de piedra, notó el olor a pino y a jacinto que llenaba el aire. El sol se estaba poniendo en esos momentos, incendiando el horizonte.

En cuanto lo vio, le llamó y él se volvió.

El aire se llenó de pronto de la tensión que siempre los envolvía. Mientras ambos se observaban en silencio, a ella le pareció que

llevaba meses sin verlo.

«Díselo», le gritó su cerebro. «Dile lo que sientes por él».

Pero no pudo hacer otra cosa que quedarse mirándolo mientras temblaba de felicidad y de miedo.

Después de respirar hondo, decidió tomárselo con calma. Los momentos que se avecinaba iban a ser definitivos para su futuro, así que lo mejor sería escoger las palabras más adecuadas.

–¿Qué tal está tu madre? –le preguntó con timidez.

Él sonrió agradecido.

–Está mucho mejor –contestó–. Mi padre y ella lamentan mucho no haber podido asistir a la boda de tu hermana. Pero el médico ha ordenado reposo a mi madre.

–Lo entiendo. Y tú has sido muy amable al venir en su lugar.

–No me lo habría perdido por nada en el mundo –dijo, mirándola intensamente con sus ojos grises–. Siento mucho que tuviéramos que separarnos sin despedirnos como es debido, aunque eso sí, agradecí mucho la carta que me escribiste –se metió la mano debajo de la chaqueta y sacó un sobre–. De hecho, creo que la he leído unas mil veces.

Ariane notó que el corazón comenzaba a latirle a toda velocidad. Él había conservado su carta y la había leído repetidas veces…

Pero tampoco quería hacerse demasiadas ilusiones.

–He estado muy ocupada desde mi regreso.

–Ya lo supongo –aseguró él–. Imagino que habrás tenido que ayudar a tu hermana con los preparativos de la boda –hizo una pausa–. Ha sido una boda fantástica.

Ambos se quedaron en silencio unos instantes.

–Yo también he estado muy ocupado –comentó él.

–¿Ah, sí?

Etienne asintió.

–Como mi madre está enferma y mi padre está mucho con ella, he tenido que sustituirlo en algunos compromisos.

Cuando él volvió a sonreírle, ella pensó que se le iba a parar el corazón. ¿Cómo podía ser tan atractivo?

–Por otra parte, tuve que hacer yo todos los preparativos del viaje –añadió Etienne.

–¿Es que Harry ha abandonado su puesto?

Él asintió.

–Al parecer va a pedirle a tu dama de compañía que se case con él. Se puso en contacto con el padre de Francie para pedirle su mano y él no solo se ha mostrado encantado por su futura unión, sino que además le ha ofrecido un puesto de trabajo.

Ariane dejó escapar un suspiro conmovedor.

–Oh, no comprendo cómo Francie no me lo ha contado todavía. Nunca ha sido capaz de guardar un secreto.

–No te lo ha contado porque no lo sabe todavía.

–Pues entonces haré como que no lo sé –aseguró Ariane, contenta de que a su amiga le fueran las cosas así de bien–. No me gustaría estropearle la sorpresa.

«No subestimes el poder del amor, que puede mover montañas».

Las palabras de su abuela le llegaron como una fuente de agua clara.

«Confía en tu corazón. Haz caso de lo que te diga».

Pero todavía el miedo al rechazo la paralizaba. Aunque, de repente, recordó todas las muestras de cariño de Etienne. Había hecho todo lo posible por evitarle humillaciones después de que Wilhelm hiciera público el escándalo de la familia Bergeron. Así, durante las semanas siguientes, Etienne había insistido en que se la tratara con todo respeto. También recordó cómo la había sacado de la aburridísima función de ópera y la había llevado al parque Byron. Era un hombre muy bondadoso y ella lo amaba con todo su ser.

Tragó saliva y trató de encontrar valor.

–Quiero decirte algo.

Etienne la miró con curiosidad y Ariane creyó notar cierto nerviosismo en su atractivo rostro.

Pero en ese momento, unos pasos se acercaron hacia ellos. Se giraron y vieron se trataba de Celeste.

Debido al embarazo de ocho meses, su vientre se abultaba bajo la tela amarilla del vestido. Ariane le habría querido decir a su madrastra que el color amarillo no les sentaba bien a las rubias, que las hacía muy pálidas, pero Celeste había estado tan nerviosa en los últimos meses, que sabía que se lo habría tomado a mal.

Mientras Ariane y sus hermanas habían estado ayudando a Marie-Claire a preparar la boda, Celeste se había mantenido al margen. Se había negado a dedicarse a algo tan frívolo. Además,

como Celeste había ido diciendo a todo el mundo que las tres hijas de Johanna van Rhys no eran ya princesas, no había necesidad de celebrar una boda por todo lo alto.

Pero el resto de la familia no estaba de acuerdo. Marie-Claire había vivido y se había educado como una princesa, pensaba Ariane, así que se merecía una boda como era debido.

Celeste los miró con los ojos entornados.

–Caramba… ¿a quién tenemos aquí? –musitó, como un gato rencoroso, mirando a Ariane de arriba a abajo–. No me digas que la hermana mediana piensa que se va a llevar a un príncipe.

Capítulo 10

Ariane sintió que se le aflojaban las rodillas y que la cabeza comenzaba a darle vueltas. Luego oyó un gemido y en seguida se dio cuenta, sorprendida, de que el sonido había salido de su garganta.

–¿Crees de verdad que le vas a gustar? Él lo tiene todo: tierras, dinero, posición social… Algún día incluso será rey. Pero tú… no le puedes ofrecer nada. No tienes nada. No eres nada.

Cada frase fue como una bofetada. Y no se podía describir con la palabra mortificación, porque lo que había sentido había sido mucho peor. Su madrastra no la habría herido menos si la hubiera atravesado con una espada. ¿Cómo podía humillarla de aquella manera delante de Etienne? De todos modos, la pregunta era, ¿por qué hacía eso? ¿Por qué?

Ella y su madrastra nunca habían tenido una relación muy estrecha, pero Celeste tampoco la había tenido con ninguna de las hijas o hijastras de Philippe, el difunto rey. Ella nunca perdía el tiempo con nada ni con nadie del que no pudiera aprovecharse y los celos no ayudaban a mejorar las cosas. Siempre había estado resentida por el amor que el rey Philippe sentía hacia sus hijas y había tenido envidia de cada muestra de cariño que les daba.

Sin embargo, el comportamiento de aquella noche le parecía muy extraño. Aunque era una mujer que no dudaba en vengarse, si se sentía herida, normalmente no trataba tan mal a nadie si esa persona no la había hecho nada.

No entendía que Celeste la atacara de ese modo sin haber sido provocada. No lo entendía.

De repente, Ariane se dio cuenta de que algo caliente tiraba de ella. Algo sólido y fuerte. Confusa todavía, miró hacia arriba y vio que Etienne estaba a su lado y le había pasado un brazo por detrás de los hombros.

–Con todo el respeto, alteza…

Lo dijo en un tono educado, indicando que trataba con todo

respeto a la reina de St. Michel.

–… pero la condición de realeza es mucho más que una condición de nacimiento.

Ariane alzó un poco más la barbilla para poder ver mejor a Etienne, que estaba con la mirada clavada en Celeste. Tenía el rostro tenso y sus cejas oscuras estaban muy juntas, expresando la rabia que sentía por dentro.

–Realeza es sinónimo de dignidad –continuó–, de bondad y de nobleza. Cualidades íntimamente ligadas a la aristocracia.

Hizo una pausa y miró brevemente a Ariane.

–Así que la realeza no es algo externo.

Su tono calmado no podía disimular la rabia que había en sus palabras y lo enfatizó, mirando el collar de perlas y los anillos de diamantes que Celeste llevaba.

Ariane nunca había visto los ojos de Etienne con una expresión tan fría.

–La realeza no se puede adquirir a través del matrimonio.

Celeste se quedó muy pálida y no pudo evitar un grito sofocado. Ariane estaba segura de que su madrastra iba a caer de rodillas allí mismo.

Las palabras de Etienne no podían haberla herido más. Era evidente que él conocía su pasado, la vida que había llevado antes de casarse con el rey Philippe.

Celeste había sido una mujer de pueblo. No pertenecía a una familia noble, ni rica. Había sido simplemente una mujer de clase media a la que el rey había elegido porque había sabido utilizar sus encantos y le había convencido de que ella le daría el heredero que St. Michel tanto necesitaba.

Celeste recuperó su compostura. Tenía las mejillas completamente coloradas por la ira.

–Ya veo que debería haberme guardado mi opinión –le contestó a Etienne–. Porque ya veo que Ariane es justo lo que te mereces –se pasó la mano por el vientre–. Pero os voy a demostrar lo real que puedo llegar a ser. Voy a perdonar tus desagradables comentarios y a revelarte la verdad, Etienne.

Miró a Ariane fijamente a los ojos.

–Pensabas que no lo sabía. Pensabas que tus mentiras y tu condición de espía eran un secreto. Pues tienes que aprender que

cada acto tiene sus consecuencias, querida niña. Y ahora vas a tener que enfrentarte a los tuyos.

Ariane se quedó helada. Al parecer, su madrastra sabía que ella había ido a Rhineland para averiguar quién estaba detrás del complot contra su país.

Quería decirle que se detuviera. No quería que Etienne se enterara de aquello por ella. Había planeado decírselo ella misma después de confesarle lo que sentía por él.

Celeste se volvió de nuevo hacia Etienne.

–Quizá pensaste que Ariane había ido a tu país para devolverte el interés que habías mostrado tú unos meses antes de que mi pobre marido muriera. Pero te diré que estás muy equivocado.

Ariane estaba tan nerviosa, que apenas podía respirar. Por lo que Celeste estaba a punto de decir. Por la mirada de Etienne.

–Ariane fue a tu país como espía de nuestra policía secreta. Nos llegó la noticia de que algunas personas en Rhineland querían anexionarse St. Michel. La misión de Ariane era averiguar quién estaba detrás del complot. Y tú, príncipe Etienne, eras el primer sospechoso.

Ariane dio un grito sofocado que atrajo la atención de Etienne, cuyos ojos fríos se desviaron de Celeste para mirarla directamente a ella.

–Eso no es verdad –protestó Ariane–. No había ninguna lista de sospechosos y sigue sin haberla. ¿Por qué estás haciendo esto, Celeste?

La mirada de su madrastra era fría y contenida.

–¿Qué te puedo decir? Yo soy quien soy. Y además, me han sentado mal los camarones de la cena. Estoy enfadada y gruñona. Y por alguna extraña razón, me siento como si no estuviera bien que me quedara sin hacer nada mientras el príncipe heredero de Rhineland se enamora de ti.

Una vez dicho aquello, Celeste se volvió y se dirigió de nuevo a la fiesta.

Lo más curioso fue que no se sintió herida, pensó Ariane. Quizá porque ya le daba igual todo.

Pero notó que Etienne la miraba y ella lo miró a su vez.

–¿Es eso cierto?

Era una pregunta muy breve. Solo tres palabras. Y aun así,

Ariane sabía que la respuesta iba a arruinar su relación con él.

Quería decirle muchas cosas. Deseaba explicarle todo. No podía contestar a la pregunta que él le había formulado sin más. Si lo hacía, él no la perdonaría nunca. Etienne se sentiría terriblemente herido y no querría escuchar lo más importante que tenía que decirle.

Sus sentimientos hacia él.

–Etienne, hace un rato, yo…

–Lo único que quiero es que me digas si es verdad –la interrumpió él–. ¿Fuiste a Rhineland en condición de espía?

Esa pregunta solo tenía una respuesta y Ariane, después de una breve vacilación, lo admitió en voz baja.

–Sí.

–¡Así que me utilizaste!

Aunque no era ninguna pregunta, Ariane se sintió obligada a asentir con la cabeza.

–Pero Celeste ha mentido cuando dijo que tú estabas en la lista de sospechosos. Cuando hice el viaje, no había ninguna lista.

–¿De verdad crees que eso importa?

–No –contestó tristemente ella.

Ariane, con el corazón a punto de estallarle, sintió el dolor que había en los ojos de Etienne y también sintió que se transformaba en una profunda angustia.

–Tengo que irme –afirmó Etienne en un tono frío–. Debo ir a Washington como sustituto de mi padre. Mi madre está todavía muy débil y él no quiere ir. Pero antes de marcharme, quería despedirme de ti. He sido un tonto.

Etienne se levantó y se alejó a grandes pasos antes de que ella pudiera decir nada.

–¡Etienne! Por favor, espera.

Ariane pensó que él no iba a detenerse, pero cuando vio que lo hacía y que la miraba a los ojos, se puso todavía más nerviosa.

–Sé que todo está perdido y comprendería que no quisieras volver a verme jamás.

Pasó un segundo. Luego otro.

Ariane quería desesperadamente contarle todo, desnudar su alma, pero el miedo que la invadía era demasiado fuerte.

Aunque en ese momento, se dio cuenta de que ya no había nada

que perder.

–Quiero que sepas… –hizo una pausa y se humedeció los labios– … que cuando volví a St. Michel, dejé mi corazón en Rhineland, contigo.

La emoción humedeció sus ojos y, un instante después, era incapaz de ver con claridad.

–Sé que lo que he hecho es imperdonable –añadió–. Nunca debería haber usado tu amistad para lo que hice, pero estábamos desesperados, Etienne. Mi país estaba en peligro y sé que tú habrías hecho lo mismo si hubieras estado en mi lugar. Sé que no es una disculpa, pero siento un gran amor por mi país.

Los ojos grises de él no se ablandaron.

–No esperaba enamorarme de ti, Etienne. Nunca pensé que serías tan… bueno conmigo. Especialmente cuando te enteraste de que había dejado de ser princesa –se quedó callada unos instantes, pensando en cómo continuar–. De hecho, llegué a preguntarme por qué eras tan bueno y tan respetuoso conmigo. Incluso llegué a pensar que era porque tú también estabas ocultando algo. Me preguntaba… no podía evitar preguntarme, Etienne… si había algún motivo oculto para que trataras de permanecer tan cerca del trono de St. Michel.

–¿Así que sospechabas de mí?

Aquellas palabras fueron para Ariane como un cuchillo.

–¿Qué otra cosa podía pensar? Pero en seguida me di cuenta de que eras una persona demasiado buena para intentar anexionarte un país con el que habíais mantenido siempre una estrecha relación de amistad.

Notó que el rostro de Etienne expresaba tensión y a continuación alivio. Y luego de nuevo tensión. Los segundos pasaban y Ariane creía que no iba a poder soportar por más tiempo la angustia.

–Ahora entiendo por qué te comportabas como una tonta –dijo Etienne–. Pensaste que tu aspecto de ingenua te haría parecer… inofensiva y así podrías sacar información a los políticos de mi país –dijo, apartando los ojos llenos de ira–. Tengo que irme, Ariane. Tengo que irme ahora mismo.

Ariane entonces permitió que brotaran sus lágrimas.

–Me perdonas, ¿verdad? Quiero decir, que puedo vivir con el

hecho de que no nos casemos. Porque imagino que de todos modos no habría salido bien. Nadie en Rhineland habría estado a favor de una unión así. Ni tus padres, ni tu gobierno. Tú tienes que casarte con una mujer que…

No terminó la frase, no hacía falta. No tenía fuerzas para enumerar todas las cosas que había perdido al verse privado del título de princesa.

–Pero, Etienne, no podría soportar que no me perdonaras.

Etienne se quedó en silencio unos segundos. Finalmente, alzó la vista y la miró a los ojos.

–Tengo que irme. Mi avión me está esperando.

–Por supuesto –contestó ella con el corazón hecho pedazos–. Tienes un país al que representar. Lo entiendo perfectamente.

–Estoy abrumado, Ariane. Yo… yo…

Pero Etienne se negó a hacer ninguna declaración más. Eso podría hacer que su determinación de marcharse se tambaleara. Ariane lo vio en sus ojos llenos de dolor.

Entonces Etienne se aclaró la garganta.

–Estaré fuera unos días. Te llamaré cuando vuelva de Estados Unidos.

La soledad que Ariane sintió al oír sus pasos sobre el sendero de piedra fue algo que jamás podría olvidar.

–Claro –contestó.

La suave brisa se llevó sus palabras, pero no la desesperación que llenaba su alma.

–Seguro que sí.

Pasaron los minutos, las horas y los días como si algo extraño hubiera sucedido y ese algo ralentizara el tiempo. Ariane, en esos momento, estaba volviendo a palacio después de haber pasado la tarde con su hermana mayor, Lise.

A pesar de la tristeza que invadía su corazón desde que Etienne se había marchado, aquella tarde había intentado mostrarse alegre con Lise por todos los medios. Su hermana, en su condición de embarazada y divorciada, se enfrentaba a su futuro y al de su hijo con una gran ansiedad.

Ariane había intentado resaltarle que también había cosas

buenas en su situación. Al fin y al cabo, se había librado de Wilhelm, un hombre al que nunca había amado, pero con el que se había casado por razones políticas para complacer a su padre. Sin embargo, Lise no parecía contentarse con ello. Y en realidad, Ariane la entendía. Lise estaba sola, como Ariane, pero además su hermana pronto tendría un bebé al que cuidar. Así que no le resultaba extraño que estuviera llena de miedos.

Por lo menos, pensaba Ariane, Lise tenía algo en que ocupar su tiempo. Su hermana era una experta en objetos de arte y joyas, y se pasaba el día catalogando objetos de arte y orfebrería pertenecientes a la familia Bergeron. De hecho, Lise le había pedido que se fuera pronto porque quería ocuparse de estudiar un cuadro antiguo, colgado en una de las galerías de palacio.

De manera que Ariane, en esos momentos, caminaba por los prados que separaban la casa de Lise de palacio, pensando en qué podría ocuparse durante lo que quedaba de tarde. La brisa mecía las ramas de los árboles y el sol parpadeaba en las hojas, dándoles una calidad metálica.

Sin darse cuenta, se sintió transportada a cuando había estado con Etienne en el parque Byron. Habían dormido juntos y el cuerpo de él la había protegido del frío de la noche. La intimidad experimentada la había unido a Etienne de un modo muy especial y la había hecho soñar con la idea de estar para siempre juntos.

Intentando apartar aquella idea de su mente, se agachó y agarró una ramita.

Etienne había salido de su vida para siempre y lo único que podía hacer ella era resignarse.

Se preguntó de nuevo qué podía hacer durante lo que restaba de día. Odiaba tener tanto tiempo libre. Normalmente, se iría a dar un paseo a caballo, o a hacer alguna excursión por las cuevas de St. Michel, o a montar en bici hasta quedar agotada. Pero ninguna de aquellas actividades le atraían en ese momento.

Marie-Claire estaba en un crucero por las islas griegas con Sebastian. Hasta Francie la había abandonado. Su dama de compañía había ido a Londres con Harry para conocer a la familia de este. Francie iba a ocuparse todo aquel año de su boda para que fuera espectacular.

Dejándose llevar por la fantasía, Ariane decidió que a ella le

gustaría casarse en la pequeña parroquia de St. Michel.

Pero luego se dijo que nunca se casaría. Y todo por su culpa.

Tiró la ramita al suelo y apartó la idea de su mente. No quería seguir pensando en el matrimonio.

Estuvo a punto de soltar un gemido.

Subió la colina y tuvo que entornar los ojos para protegerse del sol. Entonces vio una figura que corría hacia ella. Al ver que era Jacqueline, esbozó una sonrisa. Sabía que su pequeña hermanastra siempre conseguía alegrarla.

–¿Qué pasa? –preguntó Ariane, cuando la pequeña estuvo lo suficientemente cerca.

–¡Es para ti! –gritó Jacqueline–. Hay, hay…

–No corras tanto –dijo Ariane, riéndose–. Te va a dar un síncope, hermanita.

–Pero hay un hombre en casa, esperándote. Y te ha traído esto.

Ariane agarró el plato de cerámica que su hermana le ofrecía.

–¡Natillas!

Se puso tan nerviosa por lo que aquello significaba, que tiró el recipiente al suelo y corrió hacia la casa con todas sus fuerzas.

–Pero, ¿y qué pasa con las natillas? –le gritó Jacqueline, corriendo tras ella.

–Ya las tomaré después. ¡Vamos, Jackie, corre!

Cuando llegaron al palacio, Ariane tenía el cabello revuelto y la nariz cubierta de gotitas de sudor. Pero no le importaba. Solo quería encontrarse con el visitante.

Entonces vio a su abuela, que llegaba al vestíbulo.

–Iba a salir a buscarte –cuando Simone vio su aspecto, hizo un expresivo gesto con los ojos–. ¡Estás hecha un desastre! –exclamó, acariciando la cabeza de su nieta con cariño–. Tienes una visita.

–Abuela, me ha traído mi postre favorito.

Simone esbozó una sonrisa.

–Oh, te ha traído más de uno.

El corazón de Ariane palpitaba a toda velocidad. Etienne estaba allí. ¡Y no era un sueño!

–Venga, no le hagas esperar –le dijo Simone, arreglando el pelo y la ropa de su nieta para darle un aspecto más presentable.

Cuando Jacqueline hizo ademán de seguir a su hermanastra hacia la sala, Simone la agarró de la mano.

–Tú te vienes conmigo, jovencita. Tú también estás hecha un desastre. Tienes que lavarte la cara y peinarte.

–Pero Ariane está tan mal como yo y…

–No importa, es lo suficientemente mayor como para cuidar de sí misma.

Jacqueline soltó un gemido.

–¿Por qué siempre me pierdo lo mejor?

La abuela se llevó a la niña a la planta de arriba, mientras Ariane se quedaba un momento en la entrada, arreglándose el pelo con las manos. Lo tenía muy revuelto, así que solo se lo colocó detrás de las orejas. A continuación, entró en la sala donde su amor la estaba esperando.

Etienne estaba mirando por la ventana y se notaba su agitación por cómo abría y cerraba los puños, apoyados contra su espalda.

¡Pero estaba muy guapo! Etienne Kroninberg sería capaz de enamorar a cualquier mujer que se le acercara. Desde luego, ella se convertía en un flan cada vez que lo veía.

Ariane quería que él se diera cuenta de que había llegado, pero sin decirle nada. Así que se pasó la mano por la falda, cambió el peso de una pierna a otra y esperó. Etienne, de repente, se dio la vuelta y la miró con sus ojos grises.

Pareció devorarla con la mirada y Ariane sintió que se le encogía el estómago.

¿Podía estar ella equivocándose respecto a lo que podía significar aquella visita, su regalo y aquella mirada? Pero, ¿qué opinarían sus padres?, se preguntó. ¿Y qué pasaría con su deber como príncipe de casarse con alguien de sangre real?

–Hola, Ariane.

Su voz hizo que se le erizara el vello de la nuca.

–Hola.

De repente, se sintió como una colegiala que se citaba por primera vez con un muchacho. Se vio invadida por una intensa timidez y tuvo que hacer un gran esfuerzo para permanecer allí, delante de él.

–Te he traído un regalo.

Ariane miró hacia donde él señalaba y no pudo evitar un grito al ver las bandejas cargadas de recipientes con natillas que cubrían no una mesa, ni dos, sino tres.

Soltó una carcajada.

–Voy a ponerme como una vaca.

–Es un chantaje.

Ariane lo miró con expresión confusa.

–¿Un chantaje?

–Para que me perdones por marcharme de la boda de Marie-Claire sin… querer hablar más contigo y aclarar nuestra relación.

Ariane recordó brevemente aquella noche en que él la había dejado sola, pensando que todos sus sueños y esperanzas habían muerto.

–Oh, Etienne, no tengo palabras para decirte lo mucho que siento haberte hecho daño.

Etienne la miró con ojos llenos de amor y asintió sin decir nada, aceptando sus disculpas.

Ariane sintió un gran alivio. Se contentaba con que él hubiera ido allí a decirle que la perdonaba por el modo en que lo había utilizado.

–No debería haber ido a Rhineland…

–No digas eso, Ariane –su tono de voz era delicado y lleno de comprensión–. Tenías razón cuando dijiste que yo habría hecho lo mismo si mi país hubiera estado amenazado como lo estaba el tuyo –hizo una pausa y tomó aire–. Por otra parte, yo también tengo que confesarte algo.

Ariane no pudo evitar ponerse seria de repente. ¿Qué tendría que decirle él?

–Yo he sabido todo el tiempo que existía un complot para que mi país se anexionara St. Michel y también lo sabía mi padre.

Ariane no pudo contener su sorpresa.

–No sabemos quién está detrás del complot –se apresuró a decir–, pero desde el momento de la muerte de tu padre, hemos oído rumores de que hay un grupo dentro de nuestro gobierno que planea invadir St. Michel –su expresión adquirió un matiz doloroso–. Estoy seguro de que sabes por qué: el puerto de St. Michel, el acceso al río… y con ello al mar del Norte.

Ariane asintió. Comprendía perfectamente por qué a Rhineland le interesaba anexionarse St. Michel.

–He estado trabajando con los hombres de confianza dentro del equipo de seguridad. Mi padre y yo teníamos la esperanza de

descubrir…
–Ojalá lo hubiera sabido –le interrumpió ella.
–No quería preocuparte. Y mi padre pensó que si salía a la luz la noticia de la conspiración, la relación entre nuestros países podía verse deteriorada. Por otra parte, queríamos ser prudentes, ya que estábamos seguros de que los responsables forman parte de nuestro gobierno.
–Entonces, ¿no habéis descubierto todavía quiénes son?
–No. Mucha gente habla de ello, pero hasta ahora no sabemos nada concreto.
Ariane le confesó sus sospechas sobre el primer ministro de Rhineland y un hombre llamado Berg Dekker. Y de repente, su rostro se iluminó.
–Pero quizá solo sean rumores –añadió ella–. Tal vez…
No terminó la frase cuando vio que el rostro de él se ensombrecía.
–Creo que sí que hay un complot en marcha y me he comprometido a desenmascarar a los responsables. Están tramando algo contra St. Michel y eso me parece escandaloso. Te aseguro que los culpables serán castigados.
–Deberías hablar con, Luc Dumont, nuestro jefe de seguridad. Quizá él te pueda ayudar a encontrarlos y a mí también me gustaría ayudarte.
–Desde luego, has demostrado ser una excelente espía.
Ariane no pudo evitar sonrojarse.
–Nuestros gobiernos podían trabajar juntos –añadió Etienne–. Quiero que esos fanáticos sean encarcelados lo antes posible.
Ariane se quedó mirando fascinada a Etienne. Sentía por él un amor que parecía capaz de hacer estallar su corazón.
–¿Por qué? –preguntó en voz muy baja–. ¿Por qué sientes ese deseo de proteger St. Michel?
–Porque motivos éticos –contestó Etienne después de pensar la respuesta unos instantes. Pero luego se acercó a ella y le agarró las manos–. Aunque eso no sea todo.
La condujo hacia un sofá cercano y la hizo sentarse. Luego se sentó él también muy cerca.
Estaba a punto de ocurrir algo extraordinario. Ariane lo notaba en el aire. Sintió que la invadía la esperanza, pero entonces la

realidad hizo acto de presencia.

–Oh, Etienne... –dijo, emocionada, soltándose.

Ella sabía que el destino estaba siendo tan cruel con ella, que le estaba haciendo concebir ciertas esperanzas, pero estaba segura de que aquello no podía ser verdad.

Hizo un esfuerzo por mirar a Etienne a los ojos.

–No puedo dejar que hagas esto. No tengo nada que ofrecerte, Etienne. Absolutamente nada.

Se miraron durante unos minutos que resultaron eternos.

–Cuando vine hace unos meses –comenzó a explicarle Etienne–, lo hice para intentar casarme con una princesa. Esa boda uniría nuestras familias y nuestros países. Llegué aquí con la única idea de cumplir ese deber.

Etienne le agarró de nuevo las manos y se las acarició con delicadeza.

–Así que nuestra primera cita se debió a mis obligaciones como futuro rey, pero entonces me robaste el corazón. Aquella noche en la ópera me enamoré de ti.

–Pero si me porté fatal contigo...

Etienne esbozó una sonrisa seductora.

–Lo sé. Y eso es lo que me gustó. El que tú te fueras... que no pudieras evitar escaparte de algo que te parecía aburrido. Eso me hizo ver que eras la mujer que yo quería. Supe entonces que nunca me aburriría contigo y decidí que tenía que conseguirte fuera como fuera.

Ariane no sabía qué decir. No podía creer lo que estaba oyendo. No sabía por qué, pero no le parecía real.

–¿Y qué van a decir tus padres? –preguntó, tragando saliva–. Tu padre se pondrá furioso...

–Calla... Mis padres serán felices si yo soy feliz –se humedeció los labios–. ¿Sabes? El casarme con una de las hijas del rey de St. Michel fue idea mía. Pensé que era lo mejor para mi país. Mis fueron mis padres quienes me lo pidieron. Ellos se casaron por amor y el destino los ayudó.

Hizo una pausa.

–Cuando apareciste en Rhineland, fingiendo ser una persona tonta y frívola, me propuse descubrir lo que estabas tramando. Cuando me enteré...

Hizo una pausa, buscando las palabras precisas.

–... cuando se hizo público lo del primer matrimonio de tu padre, sentí que tenía que protegerte. Y aunque sabía que la situación había cambiado, yo quería seguir estando cerca de ti. Cuando nos escapamos aquel día y descubrí que eras tan inteligente como sospechaba que eras... no me importó por qué estabas fingiendo. Lo único que quería era seguir estando a tu lado.

Su mirada se hizo más intensa.

–Te amo, Ariane. Por favor, di que quieres casarte conmigo.

Justo entonces, Jacqueline salió desde donde evidentemente había estado escuchándolo todo.

–¡Una boda! ¡Una boda! Vamos a tener otra boda. Por favor, Ariane, déjame que sea tu madrina. Ya soy suficientemente mayor. ¿A que sí?

–¡Jacqueline! –la llamó la reina Simone, que entró en ese momento en la sala–. Tu hermana ni siquiera ha tenido tiempo de contestar a Etienne.

Ariane vio que los ojos de su abuela brillaban de felicidad, así que no tuvo el valor de decirle a la anciana que ella también había estado escuchando fuera, igual que Jacqueline.

–¿De verdad quieres unirte a esta familia de locos? –le preguntó a Etienne con una sonrisa en los labios.

Como respuesta, Etienne se puso de rodillas.

–Sí, quiero.

Ariane sintió que su corazón rebosaba amor por aquel hombre.

–Entonces, ¿cómo puedo decir que no?

Epílogo

Ariane estaba vestida con sus mejores galas en la entrada de la antigua iglesia de piedra. El traje de su abuela le quedaba perfecto. Se había recogido y adornado el cabello con varias horquillas de diamantes que brillaban bajo el fino velo.

El amor de su vida la estaba esperando frente al altar. Etienne estaba muy guapo con su chaqueta de color corinto y sus pantalones negros. Parecía contento y muy nervioso, como si pensara que Ariane pudiera cambiar de opinión de repente y olvidarse de sus votos de amor y fidelidad.

Ariane sonrió porque sabía que había más posibilidades de que Rhineland desapareciera de repente, que de que ella cambiara de opinión y decidiera no convertirse en su esposa.

Ariane había oído que el día en que una mujer estaba más nerviosa era cuando se prometía a un hombre. Pero ella no sentía inquietud, solo una enorme felicidad por el amor y la esperanza que invadían su corazón. Quería correr hacia el altar, gritar a todos que amaba a Etienne y arrojarse en sus brazos. Pero sabía que a su abuela, la reina Simone, le horrorizaría ese comportamiento.

Los habitantes de St. Michel y de Rhineland se habían escandalizado al enterarse de que ella y sus hermanas habían sido despojadas de sus títulos, pero Ariane no había sufrido demasiado. De hecho, estaba encantada con la libertad que aquello le había supuesto… durante muy poco tiempo.

Porque al casarse con Etienne, el príncipe heredero de Rhineland, Ariane volvería a ser una princesa oficial, con todas las responsabilidades y restricciones que eso conllevaba. Cosa que tampoco le molestaba, dado la alegría que llenaba su corazón.

Los acordes del viejo órgano llenaron el recinto de la pequeña capilla… la única iglesia en toda Rhineland que pudo acomodarse a la rapidez con la que querían celebrar la boda. Georges se giró hacia ella en ese instante y le ofreció su brazo.

–¿Estás preparada? –le preguntó en voz baja–. Tu novio está

esperando.

En ese momento, se dio cuenta de la tensión que parecía emanar de los invitados.

Ariane ofreció a Georges una amplia sonrisa y lo agarró del brazo.

–Estoy más que preparada. Te diré más, cuento contigo para no hacer la tontería de salir corriendo ahora mismo y abrazarme a Etienne.

Georges soltó una carcajada breve y la miró a los ojos.

–Eso no sería muy femenino, ¿no crees?

Ariane hizo un gesto negativo con la cabeza y miró al hombre con quien iba a pasar el resto de su vida. Sus ojos grises la hipnotizaban de un modo irresistible y la atraían como un imán.

Así que se agarró con fuerza al brazo que le ofrecía su hermanastro e hizo un esfuerzo para caminar con lentitud. Estaba decidida a comportarse de acuerdo a su posición. Ya tendría tiempo de comportarse de acuerdo a los dictados de su corazón.

¡Qué suerte tenía!, pensó con el corazón a punto de salírsele del pecho.

Ariane pensó que nunca iba a liberarse de los metros y metros de seda italiana y gasa francesa. Eran cientos de pequeños botones los que había que desabrochar. Etienne los iba quitando uno a uno con paciencia y dulzura, y de vez en cuando, daba un beso apasionado a Ariane, haciéndola temblar de deseo.

La ropa de Etienne estaba ya desperdigada por toda la habitación. Los pantalones sobre el respaldo de la silla, la chaqueta en el suelo, mientras los zapatos… bueno, cualquiera podía adivinar dónde estaban sus zapatos.

Finalmente, la pareja de recién casados se liberó de toda su ropa y quedaron envueltos únicamente por las sábanas de satén de su cama de luna de miel.

–¡Dios! –susurró Etienne contra el cabello de Ariane–. No sabes desde cuándo llevo deseando esto.

Ariane se echó a reír.

–No sé de qué te quejas –dijo ella, besándolo en los labios–. Yo he tenido que esperar dos semanas enteras mientras hacía los

preparativos de la boda.

–Y has hecho un excelente trabajo –contestó él, sonriendo.

Ariane puso un brazo por encima de la cabeza, apoyada en la almohada.

–Ha sido una boda preciosa, ¿verdad? Jacqueline estaba guapísima y ha sido una madrina estupenda. También Marie-Claire, Lise y Juliet estaban radiantes. Y a Georges no le ha importado acompañarme al altar, a pesar de que había tenido que hacer lo mismo hace dos semanas, en la boda de Marie-Claire. Hasta Celeste se ha portado bien.

–Casi –replicó Etienne, haciendo una mueca.

Ariane acarició el rostro de su marido.

–Has hecho muy feliz a mi abuela.

–¿Sí?

–Te has casado conmigo por amor –explicó–. Es muy importante para ella ver que sus nietas se casan por amor y no por deber –una seductora risa salió de su garganta–. Y tampoco le ha molestado el que hayas prometido tener siempre natillas en casa. Le ha encantado enterarse de lo bien que me cuidas.

Etienne bajó la cabeza y besó uno de sus senos.

–¿Podemos dejar de hablar de tu familia? No me he casado con ellos, me he casado contigo. Y estoy ansioso por hacerte mi esposa… con todo lo que eso significa.

–Mmm –Ariane se fue cambiando de posición hasta ponerse debajo de él–. Me parece una buena idea.

Ariane se sentía dichosa.

Todas las cosas que había pensado que había perdido para siempre, se las había devuelto su príncipe. Etienne, su media naranja, había hecho realidad todos sus sueños.

Y ella lo amaría siempre.